WILLIAM R. HARBOUR

EL PENSAMIENTO CONSERVADOR

Traducción:
Juan Carlos Gorlier / Bibiana Tonnelier



GRUPO EDITOR LATINOAMERICANO
Colección TEMAS

Colección TEMAS

CT - 13/3 - 1ª edición - 3.000 ejemplares

ISBN 950-9432-40-7

Título del original en inglés:

THE FOUNDATIONS OF CONSERVATIVE THOUGHT.
An Anglo-American Tradition in Perspective.

University of Notre Dame, 1982.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición y armado: Linotipia San Martín. Impresión interior: Del Carril Impresores. Impresión de tapa: Imprenta de los Buenos Ayres S.A. Películas de tapa: Fotocromos Rodel. Encuadernación: Proa S.R.L. Se utilizó para el interior papel OESPE de 80 gs. y para la tapa cartulina grano fino de 240 gs. provistos por Copagra S.A.

Este libro está dedicado a
mis abuelos,
Bill y Hazel Barragar,
en reconocimiento al
amor y a los cuidados
que brindaron a su familia.

Reconocimientos

Desearía agradecer a las siguientes personas que leyeron el manuscrito y me acercaron valiosas críticas durante su redacción. Se trata de Tim Tilton, Norm Furniss, Alan Ritter, Frank Thompson, Bill McKane, Russell Kirk, y varios revisores anónimos. Deseo asimismo agradecer a John Ehmann por creer en este proyecto y ayudar a consumarlo. Por último, mi reconocimiento a Pearl Agee por haber tipeado el manuscrito y mi más sincero aprecio al equipo de la *Lancaster Library* y del *Longwood College* por la colaboración que me brindaron.

Introducción

Pretendemos en esta obra expresar y clarificar los principios básicos y la estructura del pensamiento conservador. Tanto los estudiosos conservadores como los no-conservadores han dejado muchas preguntas sin responder en lo que se refiere a la naturaleza y las premisas de dicho pensamiento. Con demasiada frecuencia se define al conservadorismo exclusivamente como adherente al *status quo* y como opositor a los cambios fundamentales de un sistema social. Esta visión vincula al conservadorismo con las formas básicas de cualquier sistema social sin tener en cuenta sus contenidos. Incluso, hay ciertos conservadores que estimulan dicha visión, como es el caso de Michael Oakeshott, e intentan definir al conservadorismo a partir del sentimiento en favor de lo que es. Pero esta visión, que tiene en cuenta sólo un aspecto del pensamiento conservador, lleva a muchas confusiones y deja una cantidad de cosas sin respuesta.

Pretender que el conservadorismo se basa simplemente en la preservación de un *status quo* dado llevaría al absurdo, planteando la perpleja situación de que diferentes individuos que desean preservar instituciones comunistas, liberales, conservadoras y semifascistas en sus respectivos países, deberían quedar rotulados como conservadores. Esta burda categorización no sólo ignora las diferencias fundamentales entre dichos individuos sino que pierde de vista todo un cuerpo de literatura política que versa sobre los principios básicos del pensamiento conservador. Asimismo, el enfoque en cuestión dificulta comprender aquellos casos en los que los conservadores reclaman cambios en las políticas y las prácticas liberales existentes. Conceptualizar al conservadorismo en términos de preservación del *status quo*

impide discernir el real sentido del desafío planteado al liberalismo americano a partir de la elección de Ronald Reagan para la presidencia, en 1980.

La argumentación en favor de la preservación del orden social y la estabilidad tiene un papel importante en el pensamiento conservador, pero, justamente, uno de los propósitos de este estudio es demostrar que tal argumentación sólo tiene sentido si la sociedad actual merece ser preservada. La veneración del orden y la estabilidad dentro de la sociedad es superficial si no puede mostrarse el valor y el propósito del orden, si no puede darse una sustancia a la clase de orden que debe mantenerse. El conservadorismo, si está llamado a ser algo más que la mera adhesión a un *status quo* dado, debe tener algunas premisas básicas por las cuales puedan juzgarse diferentes sociedades. Intentaremos exponer la naturaleza de esas premisas.

Asimismo, esta investigación tratará de identificar y explicar la orientación filosófica básica del conservadorismo. Para clarificar las creencias conservadoras básicas, enfatizaremos la tradición anglo-americana del pensamiento conservador. No se ignorarán las contribuciones de los pensadores continentales, pero prestaremos fundamentalmente atención al pensamiento conservador en los Estados Unidos e Inglaterra. Esta decisión se sustenta en que el examen de los principios conservadores básicos avanzará mejor, así lo creemos, si se concentra en la tradición anglo-americana, más moderada, y opuesta en ese sentido a ciertas escuelas de pensamiento conservador de Francia y Alemania que con frecuencia degeneran en formas diversas de reaccionarismo, irracionalismo y fascismo. El pensamiento conservador subraya considerablemente las nociones de equilibrio y moderación, y evita los extremos. Los escritos conservadores en Inglaterra y Estados Unidos tuvieron la ventaja histórica de plantear sus ideas en un medio social y político más estable. Como consecuencia de esa ventaja no se vieron forzados a elegir entre extremos y a sobrevalorar algunas ideas en detrimento de otros principios conservadores básicos. Basta comparar y contrastar el pensamiento de Edmund Burke, representante del conservadorismo inglés, con el de Joseph de Maistre, representante del conservadorismo francés. Por ejemplo, ambos adoptan una postura crítica frente al racionalismo iluminista y desean defender la fe religiosa y resaltar los aspectos no-racionales de la existencia humana. Ambos critican muchos cambios acontecidos en la civilización

occidental. Los dos desean defender la autoridad del Estado. Pero de Maistre va mucho más allá que Burke en el énfasis unilateral de estas ideas y termina comprometiéndose con el reduccionismo teológico, el irracionalismo, el reaccionarismo, el culto al Estado que separa su pensamiento de la corriente central del pensamiento conservador.

Los conservadores continentales, a raíz de enfrentar situaciones políticas más inestables y formas más radicales de revolución y de conflictos de clase, desenvolvieron formulaciones muy extremas de los principios conservadores básicos. Las importantes intuiciones de conservadores continentales como de Maistre acerca de ciertos contenidos, como el valor de la autoridad, se logran a expensas de otras cuestiones cruciales para el conservadorismo, como puede ser la cuestión de la libertad. Consideramos en tal sentido que concentrando la atención en la tradición anglo-americana del pensamiento conservador se logra una comprensión más amplia y equilibrada.

Nuestro trabajo no es una antología, donde podría encontrarse una selección de trabajos pertenecientes a diversos conservadores y donde quedaría abierta la decisión acerca de los principios más importantes. En lugar de ello, intentamos aquí explicar cuáles son las creencias básicas del pensamiento conservador. Pero no puede verse cómo evaluar la cultura y las instituciones políticas de las diferentes sociedades si antes no se ha comprendido la orientación filosófica básica que subyace en el pensamiento conservador.

Asimismo, para comprender adecuadamente dicho pensamiento es necesario explorar los problemas y obstáculos que debe afrontar. Estas dificultades son considerables y pueden clasificarse en dos grupos. Primero, están las tensiones internas creadas por ambigüedades cruciales internas al pensamiento conservador y por diferencias temáticas que, fácilmente, provocan conflictos. El pensamiento conservador es muy diverso y contiene muchas disputas agrias en su propio interior. Segundo, están los desafíos externos planteados por la oposición filosófica, cultural y política que el pensamiento conservador encuentra en la sociedad moderna. Todo estudio serio acerca del pensamiento conservador debe considerar ambos grupos de problemas.

Acaso el primer interrogante que podría formularse a alguien que escribe o habla acerca del pensamiento conser-

vador está referido a la posibilidad de una simple definición. ¿Qué es el conservadorismo?, ¿qué representa? Desgraciadamente, no hay respuestas simples para estos interrogantes. La naturaleza y complejidad del pensamiento conservador son tales que desafían todo análisis o definición simple. Este estudio, en gran medida, intenta explorar la esencia del conservadorismo. Sin embargo, sería injusto exigir que el lector recorra todo el libro antes de poder tener alguna idea de lo que significa el término "conservadorismo". En consecuencia, es conveniente brindar un esbozo general, inevitablemente vago, acerca de lo que designamos como "conservadorismo".

Se suministran los siguienes puntos, no como una definición definitiva del "conservadorismo", sino como tosco esquema de las creencias más importantes que pueden encontrarse en el pensamiento conservador:

1. El conservadorismo comienza con una visión peculiar del universo y del puesto del hombre en él. Generalmente, los conservadores aceptan lo que puede designarse como el principio cosmológico del pensamiento conservador. Según él, Dios está en el centro de todas las cosas; Dios es el fundamento divino de toda existencia. Dios, y no el hombre, es la medida de todas las cosas.

2. Se considera a la naturaleza humana como una parte fija del ordenamiento cosmológico de las cosas. El conservador sostiene que la consideración de la naturaleza humana es importante para pensar sobre la política y que una teoría política válida debe basarse en una consideración adecuada de dicha naturaleza. En lo que hace a esa consideración, el conservador subraya los defectos humanos y su estatuto subordinado en la cadena de los seres. En contraste con los atributos asignados a Dios, el conservador percibe al hombre en términos de sus imperfecciones. Cree que la naturaleza moral humana está trágicamente afectada y que el mayor pecado del hombre es su orgullo. En contraste con la razón perfecta de Dios, el conservador sostiene que la razón del hombre está seriamente limitada cuando tiene que abordar los problemas humanos más importantes.

3. Estrechamente unida a la concepción conservadora de la naturaleza humana como una parte fija en el orden de las cosas, está la creencia en una suerte de ordenamiento moral absoluto del universo. Esto conduce a lo que podría-

mos denominar el humanismo teocéntrico; se trata de una teoría moral general que considera a la persona desde la perspectiva espiritual. Esta teoría, que constituye el corazón del sistema de valores conservador, está comprometida con el desarrollo espiritual de la persona y el cultivo de la virtud.

4. Desde el punto de vista de la teoría política lo más importante es observar, con respecto a la visión conservadora acerca de la naturaleza humana, que ésta pone límites a la importancia y alcance de la política, a lo que el gobierno puede hacer con la condición humana. Esta visión, con su énfasis en la imperfectibilidad del hombre y en los límites de la razón humana, determina uno de los rasgos más salientes del pensamiento político conservador. Se trata de la visión extremadamente antiutópica acerca de lo posible y de lo imposible en política. El conservador duda sobre la capacidad del hombre para reorganizar la sociedad de acuerdo a las diversas visiones acerca de lo que debe ser.

5. Asociada muy de cerca con el antiutopismo conservador está la tendencia pragmática que determina su modo de pensar la política. Al evaluar diferentes propuestas políticas, el conservador subraya considerablemente las implicaciones prácticas y las circunstancias históricas y empíricas que debe afrontar el que toma las decisiones. La creencia conservadora en las limitaciones de la razón humana, en la incapacidad del hombre para reorganizar la sociedad de acuerdo a visiones utópicas, conducen al conservador a rechazar la revolución como estrategia para producir una gran recreación del hombre y la sociedad. Con todo, los conservadores favorecen las reformas progresivas cuando deben realizarse cambios en una sociedad.

6. Sin embargo, mientras señala las limitaciones de la razón humana cuando se trata de cuestiones políticas, el conservador plantea considerables exigencias a la misma cuando se trata de cuestiones filosóficas. Defiende la filosofía clásica y la tradición del pensamiento judeo-cristiano frente a los ataques del racionalismo y el positivismo. La afinidad entre el pensamiento conservador y esas tradiciones de pensamiento más antiguas, no sólo se explica por la importancia que tienen para el conservadorismo las concepciones metafísicas y religiosas, sino también por su teoría moral general (que se apoya en la creencia en una suerte de ley natural). No es precisamente una exigencia menor

afirmar, como lo hacen los conservadores, que la razón humana puede llegar a conocer algo del ordenamiento moral absoluto del universo.

7. La creencia en que la existencia del hombre y la sociedad está fundada en Dios conduce al conservador a afirmar que el reconocimiento de esa verdad dentro de la vida del individuo y de la sociedad es esencial para el adecuado ordenamiento de ambos. El principio cosmológico del pensamiento conservador lleva así a la máxima sociológica fundamental del conservadorismo. Esta máxima plantea a la religión como un requerimiento esencial de la buena sociedad, considera al hombre como un ser religioso que debe adoptar cierta orientación religiosa en su vida si se desea que la misma se encuentre adecuadamente ordenada y que la sociedad sea estable, moralmente sana, y libre.

8. La importancia conferida al orden en la sociedad obliga al conservador a comprometerse con la cuestión política referida al problema de quién debe gobernar. El conservador debe mostrar cómo organizar la vida política de la sociedad para proteger sus valores básicos. Hay una fuerte orientación elitista en la respuesta conservadora a la mencionada cuestión, que es de larga data. Generalmente, los conservadores afirman que sólo los individuos más calificados, pertenecientes a una aristocracia natural, deben conducir una sociedad. Pero tal liderazgo debe tener en cuenta a la gente. Al tratar la política democrática moderna, los conservadores argumentan que deben emplearse las estructuras constitucionales para limitar el poder de los líderes y para limitar los peligros que las mayorías irracionales plantean a la sociedad. Y a pesar de que se oponen al activismo judicial, sostienen que el imperio de la ley y el poder judicial independiente son medios útiles para limitar lo que según ellos son los excesos y peligros de la política democrática moderna.

9. Por último, los conservadores desarrollan una teoría que, en lo que hace a la estructura social, favorece el localismo, las relaciones sociales en pequeña escala, y la descentralización de las instituciones políticas. En la veneración conservadora a la idea de comunidad puede encontrarse el acento localista. Pero mayor aún que la veneración antes mencionada es la importancia conferida a las relaciones sociales en pequeña escala que permiten el correcto ordenamiento y el desarrollo de la vida espiritual. Consideran

que la veneración a la familia es el vínculo social más decisivo. Asimismo, la defensa conservadora de las estructuras políticas descentralizadas incluye no sólo el resguardo de los gobiernos locales sino también una considerable aprehensión hacia la centralización política y administrativa que ha caracterizado el desarrollo de los Estados-naciones modernos.

Estos puntos no se proponen como parte de una definición dogmática. Cualquier análisis del pensamiento conservador que intente forzarlo a entrar en una camisa de fuerza ideológica perdería de vista el decidido molde antiideológico del pensamiento conservador. El que pretenda estudiar este pensamiento se encontrará con un significativo problema metodológico. En aras de la claridad se debe proveer un esbozo sobre el tema, que reclama un análisis sistemático. Pero el conservadorismo es generalmente crítico de las construcciones filosóficas sistemáticas. El análisis podría sugerir, sin pretenderlo expresamente, una característica sistemática que falta en el tema considerado en sí mismo. En tal sentido, hay que aclarar que la lista anterior no constituye una representación ideológica. Muchos conservadores adherirían a ella, y algunos exceptuarían ciertos principios. Pueden coincidir con respecto a la jerarquía apropiada que deben tener los valores, pero estar en desacuerdo en lo referido a las aplicaciones prácticas de sus principios. No es indispensable adherir a todas las ideas para ser considerado conservador. Con todo, tomadas en conjunto, las mismas constituyen el sentido central del pensamiento conservador; precisamente, el presente trabajo busca explicar por qué es así.

Nuestro examen del pensamiento conservador se dividirá en seis capítulos y una conclusión. El capítulo primero tratará la orientación religiosa de dicho pensamiento. Si se comienza el estudio del conservadorismo por un examen de sus posiciones políticas, se desvirtúa un elemento que muchos conservadores consideran más importante que esas posiciones: las actitudes y suposiciones religiosas subyacentes. Tal enfoque violentaría el espíritu del pensamiento conservador y forzaría al análisis a entrar en un molde extraño a ese espíritu. Tal análisis obstaculizaría entonces la comprensión de las razones que llevan a los conservadores a adoptar ciertas posiciones políticas. La orientación religiosa del pensamiento conservador influye considerable-

mente a su visión de la naturaleza humana, del puesto del hombre en el universo, de la razón humana, y de la eficacia limitada que tiene la política y el gobierno cuando trata los mayores problemas del hombre. El papel de la religión en el pensamiento conservador plantea considerables interrogantes acerca de la relación entre fe, revelación y razón que caracterizan las afirmaciones conservadoras acerca de la razón humana. Las premisas religiosas brindan un perfil fundamental a valores que son centrales para el pensamiento político conservador.

El capítulo segundo trata la concepción conservadora de la naturaleza humana. El tema de la naturaleza humana cae, lógicamente, entre la discusión de la orientación religiosa y un análisis de la razón humana. Dicha concepción tiene una deuda considerable con ciertas creencias religiosas tradicionales, y muchas afirmaciones conservadoras acerca de la razón humana están fundadas en su visión de la naturaleza humana. Asimismo, no puede comprenderse la teoría política conservadora antes de examinar su concepción acerca de esa naturaleza.

El capítulo tercero contiene un análisis de la concepción de la razón humana. Se tratarán en él ciertas perspectivas básicas y problemas propios de la epistemología, o teoría del conocimiento, conservadora. En más de un sentido, comprender esas referencias a la epistemología conservadora será esencial para captar la posición global del pensamiento conservador en el mundo moderno, y reconocer los problemas que deben enfrentar los conservadores en un medio intelectual dominado por distintas teorías epistemológicas.

El capítulo cuarto examinará la teoría moral conservadora y su conceptualización de la libertad humana. Es necesario explorar dicha teoría —su estructura básica, su orientación y su justificación— para alcanzar a comprender el núcleo del pensamiento conservador. Además de tratar las exigencias básicas de la teoría moral conservadora, este capítulo examina ciertos problemas y críticas fundamentales que debe afrontar esa teoría. La visión conservadora de la libertad humana debe pues examinarse en el marco más global de su teoría moral general. Veremos aquí algunas de las principales divisiones que existen entre los diferentes pensadores conservadores.

El capítulo quinto considerará la discusión conservadora relacionada con las fuentes del orden y el desorden

en la vida del individuo y de la sociedad. Luego de ver, en el capítulo cuarto, los valores más caros al conservadorismo, este capítulo examina el modo en que debería organizarse la sociedad para brindar la mejor protección a esos valores. En este capítulo se podrán explorar las posturas acerca de la cultura, la tradición, la revolución, la reforma, el liderazgo político, la política democrática, la alienación, la comunidad y la propiedad, tal como pueden rastrearse en la teoría política conservadora.

El capítulo sexto estudia la relación entre la razón teórica y la razón práctica, dentro del pensamiento conservador. Se trata de una cuestión importante para el conservadorismo; la adecuada relación entre ambas es uno de los temas más importantes del pensamiento conservador; y los problemas que debe afrontar el conservadorismo moderno para concretar sus propias demandas constituyen precisamente una de las debilidades del mismo en el mundo contemporáneo.

En la conclusión se explorará la relación entre conservadorismo y modernidad. Ensayaremos aquí un último intento destinado a clarificar el sentido del conservadorismo en base a su crítica a la modernidad. También se encontrará una síntesis final de los problemas y dificultades que afronta el conservadorismo y una discusión acerca de lo que puede, en definitiva, ofrecerle al hombre moderno.

1. La orientación religiosa del conservadorismo

Comenzaremos nuestro estudio de la naturaleza del conservadorismo viendo el papel que juegan en él ciertas creencias y actitudes religiosas. Ignorar la importancia de la religión en el pensamiento conservador, o abordar el tema en una segunda instancia, sería violar el espíritu del conservadorismo e imprimir al análisis un sello extraño.

Primera parte: Tres principios básicos de la orientación religiosa del conservadorismo

La esencia de la orientación religiosa del conservadorismo reside en la aceptación, de parte de la mayoría de los conservadores, del principio cosmológico, del humanismo teocéntrico y de su principal máxima sociológica. Estas tres determinan considerablemente el presente estudio sobre el pensamiento conservador. Las mismas se encuentran en la base de prácticamente todo lo que opinan los conservadores acerca de la naturaleza humana, del alcance y funciones de la razón humana, de los valores morales, de la libertad del hombre y de las fuentes del orden y el desorden en la sociedad.

El conservadorismo descansa sobre un principio cosmológico, una visión del universo y del puesto del hombre en él que es muy distinta de la percepción del universo sostenida por tantos liberales y radicalizados. En general, los

conservadores parten de lo que podría llamarse una visión teocéntrica del universo, y creen que "Dios es la medida de todas las cosas". La visión mencionada contrasta con la de muchos liberales y radicalizados, para quienes el hombre está solo y en el centro de todo, para quienes "el hombre es la medida de todas las cosas". Robert Nisbet, en su exposición de los principios del conservadorismo, señala lo mismo:

> "*Primero*, Dios y el orden divino, no el orden natural, debe ser el punto de partida para la comprensión de la sociedad y la historia. Los conservadores se esforzaron por restablecer lo que el Iluminismo y la Revolución habían desdeñado: el carácter inextirpablemente *sagrado* de la historia humana." [1]

Es decir que los conservadores se oponen a quienes atacan la creencia religiosa, intentando construir sus teorías considerando a la naturaleza humana fuera de la relación de subordinación que el hombre guarda con respecto a Dios.

Esto no significa que todos los conservadores adhieran a doctrinas ortodoxas. De todos modos, es importante recordar la observación de Clinton Rossiter acerca del ser de la religión, que cohesiona al conservadorismo:

> "El sentimiento religioso es la argamasa que une el mosaico del conservadorismo. El primer canon del pensamiento conservador, dice Russell Kirk, es la «creencia en un designio divino que regla tanto a la sociedad como a la conciencia.» El hombre es el hijo de Dios y está hecho a su imagen. Sociedad, gobierno, familia, iglesia —todo esto es divino o es objeto del querer divino. Autoridad, libertad, moralidad, derechos, deberes —todo esto «está fortalecido por la fuerza de la religión.» «La religión, observa Coleridge, es el centro de gravedad de un reino, al que todas las cosas deben y deberán adecuarse.» El conservadorismo nunca se ha apartado de esta creencia. Aquellos conservadores que dudaron (y algunos de los más grandes se han

[1] Nisbet, Robert, "A Note on Conservatism", en *The Works of Joseph de Maistre*, Jack Lively, editor (New York, Schocken Books, 1971), p. xiv. Reimpresión autorizada. © 1956 por Jack Lively. Introducción: © 1971 por Robert Nisbet.

apartado a veces de la ortodoxia incuestionable) han suprimido o superado sus dudas para apoyar la más poderosa de las influencias conservadoras. Ocasionalmente se permite el agnosticismo, la indiferencia nunca es admitida. El que no es conservador puede permitirse tener contactos fortuitos con la religión. Aquellos conservadores políticos o culturales que son indiferentes en esa materia pueden en tal sentido —y se trata de un sentido preciso— considerarse conservadores imperfectos." [2]

Por lo tanto, un análisis adecuado del conservadorismo no puede dejar de lado a la religión.

La visión cosmológica que reside en el punto de partida del pensamiento conservador ayuda a determinar su estimación del valor y la importancia del individuo y su consideración de las virtudes que este último debe cultivar. Todo esto conduce al conservadorismo a focalizar al individuo en términos espirituales, enfatizando primordialmente la salud del alma individual o esencia. En efecto, el conservadorismo representa una forma particular de humanismo.

Para comprender mejor la diferencia entre el humanismo conservador y la perspectiva cosmológica por un lado, y la visión del mundo liberal y radicalizado, por el otro, conviene tener en cuenta la distinción de Jacques Maritain entre "humanismo teocéntrico" y "humanismo antropocéntrico". Maritain afirma:

> "Debemos entonces distinguir entre dos clases de humanismo: uno teocéntrico y verdaderamente cristiano; y otro que es antropocéntrico, atribuible fundamentalmente al espíritu del Renacimiento y la Reforma.
>
> "La primera clase de humanismo reconoce a Dios como el centro para el hombre; esto implica el concepto cristiano del hombre, como pecador y a la vez redimido, y la concepción cristiana de la gracia y la libertad, cuyos principios ya hemos recordado. La segunda clase de humanismo considera que el hombre es su propio centro, y por lo tanto el centro de todas las cosas. Esto

[2] Rossiter, Clinton, *Conservatism in America: The Thankless Persuasion*, 2ª edición revisada (New York, Alfred A. Knopf, 1964), p. 42.

implica una concepción naturalista del hombre y la libertad." [3]

Acaso la mejor conceptualización de la clase de humanismo que subyace en el pensamiento conservador pueda encontrarse en la descripción que hace Dante Germino del "humanismo teocéntrico" (una conceptualización que por otra parte parece fuertemente influida por Eric Voegelin). Germino describe así el «humanismo teocéntrico»:

"Por humanismo teocéntrico (literalmente «centrado-en-Dios») entiendo la concepción del hombre que puede encontrarse en la tradición política occidental que se extiende desde Platón («Dios es la medida de todas las cosas») y Aristóteles al estoicismo y la cristiandad. Como es obvio, hay significativas diferencias entre la filosofía griega, el estoicismo y la tradición judeo-cristiana, pero todos los humanistas teocéntricos coinciden en afirmar que el divino fundamento del ser es la fuente del orden para los hombres y las sociedades, y que el hombre bueno es aquel cuya alma está abierta a la armonía con esta fuente trascendente. El bien supremo (*t'agathon kai to ariston*, o *summum bonum*) no pertenece al dominio mundano, sino que es una disposición interior que fluye del correcto ordenamiento de las inclinaciones de la psiquis. Tanto para el individuo como para la sociedad, la justicia o la honradez son más importantes que el poder, la riqueza, la gloria, incluso que la libertad." [4]

Esta noción de "humanismo teocéntrico" también ayuda a elucidar el principio cosmológico conservador, en cuanto éste sostiene que Dios es la fuente del orden en el universo. Una sociedad de seres humanos debería manifestar una ley y un orden basados en la naturaleza humana que Dios les ha proporcionado; una sociedad humana que reflejaría el orden del universo por El creado. Dentro del pensamiento conservador no es posible separar estos dos principios. De este modo, vemos asimismo facilitada la

[3] Maritain, Jacques, *True Humanism*, Londres, Geoffrey Bless: The Centenary Press, 1938, p. 19.

[4] Germino, Dante, *Modern Western Political Thought: Machiavelli to Marx*, Chicago, Rand McNally and Company, 1972, p. 15.

explicación del gran valor que asigna el conservadorismo a la vida espiritual del individuo.

La visión conservadora del puesto del hombre en el universo se enfrenta con las representaciones materialista y determinista del ser humano y de la sociedad; predica el carácter sagrado de la vida humana y se opone a todos los estigmas del colectivismo que intentaron, en este siglo, forzar al individuo a aceptar diversas visiones seculares de la salvación social. La lucha de un hombre como Alexander Solzhenitsyn contra el régimen soviético tiene, para el conservadorismo, dos sentidos. Primero, afirma la santidad de la persona individual contra un Estado nacional totalitario. Segundo, y de mayor importancia, la lucha de Solzhenitsyn es en esencia la rebelión de una visión religiosa y espiritual del hombre, contra la ideología secular dominante y más radicalizada de la época.

La variante del humanismo conservador, basado en la religión, acepta las normas éticas de la tradición judeo-cristiana, que sirven de base moral al criticismo social conservador. Nos resultará más fácil comprender los fundamentos del cuestionamiento conservador a tantos aspectos de la sociedad norteamericana contemporánea si los colocamos en el contexto del humanismo teocéntrico. Los conservadores son cada vez más críticos con respecto a una sociedad que ven claramente signada por las características siguientes: una declinación continua de la vida y los valores familiares tradicionales; una epidemia de pornografía que deshumaniza la relación entre el hombre y la mujer, y explota a los niños en forma creciente; una revolución en la conducta sexual que debilita los lazos familiares, se burla de la inocencia y hace de la promiscuidad una virtud; el constante crecimiento del abuso hacia los niños; el incremento masivo de los abortos; el aumento de los crímenes violentos que revelan un sistema político incapaz de proteger a sus ciudadanos; y una cultura materialista que reduce las opciones humanas al cálculo hedonista.

El conservador insiste en la importancia de la religión para la estabilidad social y el orden moral precisamente porque sostiene que "Dios es la medida de todas las cosas" y que tanto el individuo como la sociedad ordenan adecuadamente su existencia a partir del reconocimiento de esta verdad. El principio cosmológico conservador por un lado y el humanismo teocéntrico por el otro dan origen a la máxima sociológica que hace de la religión la piedra funda-

mental del orden social. Edmund Burke desarrolla algunas de las creencias claves acerca de la importancia de la religión para la estabilidad social. Dicho autor avanza una importante premisa sobre el hombre, empleada hasta el día de hoy como uno de los supuestos subyacentes del pensamiento conservador, cuando afirma que el hombre es por naturaleza un ser religioso. Con esto quiere decir, en primer término, que la salud psíquica del hombre requiere la creencia religiosa, que dicha creencia es necesaria para que el hombre pueda desarrollar todo su potencial como ser humano. En segundo término quiere decir que los hombres en sociedad deben ordenar sus vidas de acuerdo a ciertos principios religiosos para que la sociedad sea estable y un medio saludable rodee al individuo.

Burke sostiene:

"Sabemos, y nos enorgullece, que el hombre es por su constitución un animal religioso; que el ateísmo no sólo es contrario a nuestra razón sino también a nuestros instintos y que no puede prevalecer por mucho tiempo. Pero si en un momento de desorden, y en una ebriedad delirante ocasionada por vaya a saber qué bebida infernal —una bebida que bulle febrilmente ahora en Francia—, mostráramos nuestra locura, desechando la religión cristiana, que ha sido nuestra vanagloria y alivio, y gran fuente de civilización entre nosotros y entre tantas otras naciones, tememos (pues somos conscientes de que la mente no soporta el vacío) que alguna tosca superstición, perniciosa y degradante, vendría a ocupar su lugar." [5]

Afirma también que la religión es la base esencial de la sociedad civil: "Sabemos, y lo que es mejor, lo sentimos interiormente, que la religión es la base de la sociedad civil, y la fuente de todo bien y todo bienestar." [6] Burke utiliza una y otra vez la principal máxima sociológica del pensamiento conservador. La misma sostiene que el hombre es un ser religioso y que debe adoptar una orientación religiosa apropiada dentro de su vida para que la sociedad sea estable, moral y libre. La religión es así el elemento primordial de una buena sociedad.

[5] Burke, Edmund, *Reflections on the Revolution in France*, New York, Holt Rineheart and Winston, 1959, 1962, p. 110.
[6] *Ibíd.*, p. 109.

En la medida que tantos conservadores posteriores emplearon esta máxima, el pensamiento conservador desarrolló una sociología peculiar y fácilmente reconocible. Casi siempre una parte de la explicación del desorden interno de una sociedad y de la existencia de ciertas condiciones sociales insalubres se opera mediante la referencia a una declinación de la creencia religiosa o a un fracaso ciudadano en el intento por vivir de acuerdo a los principios de la ética cristiana. El análisis conservador de la historia occidental desde la Edad Media atiende a los cambios sufridos dentro del cristianismo y a la modificación del estatuto de la cristiandad frente al resto de la sociedad. En la explicación de los cambios sociales se resaltan, por lo tanto, los "factores espirituales".

Burke y los conservadores posteriores consideran al cristianismo como el baluarte principal del orden y la civilización en la sociedad occidental, y nos alertan acerca de dos posibles amenazas a la paz y la estabilidad que podría acarrear la declinación del cristianismo en la sociedad moderna. En primer lugar, suponen que una pérdida generalizada de normas reemplazará a las creencias religiosas. Temen que el nihilismo se extienda, haciendo imposible la existencia de una sociedad buena y estable. En segundo lugar, a partir de la creencia de que el hombre es básicamente un ser religioso, consideran que el nihilismo es sólo un fenómeno temporario y que nuevas religiones políticas y seculares reemplazarían al cristianismo, conduciendo a la destrucción de la sociedad. Burke se muestra especialmente preocupado por lo que considera el fervor religioso de la Revolución Francesa. Quizás el desarrollo más elaborado de la tesis conservadora sobre la responsabilidad que tienen las religiones políticas y seculares, en lo que hace al caos y el desorden imperantes en la historia moderna, puede encontrarse en el estudio de Eric Voegelin sobre el gnosticismo [7]. Los conservadores sostienen que el nazismo y el comunismo representan, en buena medida, las consecuencias tanto del abandono de las restricciones religiosas tradicionales impuestas a la conducta humana, como de la transferencia de la pasión religiosa a la fe en ideologías políticas que prometen la salvación secular del hombre y la sociedad.

[7] Voegelin, Eric, *The New Science of Politics*, Chicago, Imprenta de la Universidad de Chicago, 1952, caps. 4, 5 y 6.

La importancia que tiene la religión para los conservadores suministra un instrumento útil para distinguir su pensamiento del de los liberales y radicalizados. No queremos decir con esto que no haya individuos que sean a la vez conservadores y agnósticos, que se ven a sí mismos como liberales y cristianos, o radicalizados y cristianos. Como individuos, los conservadores no tienen el monopolio de las creencias religiosas. Hay muchos teólogos con visiones sociales liberales y clérigos que actúan como activistas sociales radicalizados. Con todo, lo que difiere en cada uno de los tres modos de pensamiento es, justamente, el significado de la religión.

Mientras los conservadores enfocan la religión desde una perspectiva positiva, considerándola necesaria, provechosa y liberadora para el hombre, los más radicalizados (siguiendo en esto a Marx) la ven como algo innecesario, perjudicial, como un instrumento de explotación y un signo de alienación. Es cierto que son pocos los radicalizados que intentaron dar a su postura una base teológica. Sin embargo, esa teología difiere fundamentalmente de la orientación teológica predominante entre los conservadores. La teología de los radicalizados suele ser de naturaleza gnóstica (en el sentido que considera a los hombres como la fuerza histórica destinada a construir el reino de Dios en la tierra); se trata en la mayoría de los casos de una teología primordialmente social, a pesar de que afirman la creencia en cierta clase de Dios.

Las diferencias entre liberales y conservadores en lo que hace a la religión no son tan notables, pero siguen siendo sustanciales. Los liberales no van tan lejos como los radicalizados en su crítica a la religión. Los que no creen en Dios habitualmente son agnósticos y tolerantes con respecto a la religión; mientras que los radicalizados no creyentes tienden a ser ateos y opositores activos a la religión. Algunos liberales coinciden con los conservadores al afirmar que las creencias y prácticas religiosas pueden desempeñar una función valiosa y positiva en la sociedad, pero difieren con frecuencia en su estimación de la veracidad de ciertas proposiciones religiosas. Muchos liberales perciben las creencias religiosas como ficciones útiles que tienen una función positiva en ciertos períodos históricos. Pero aguardan el día en que los hombres se encuentren lo bastante "iluminados" como para prescindir de ellas. Por el contrario, la mayoría de los conservadores no sólo consideran la

práctica de la religión como una necesidad social sino que también tienen por verdaderas ciertas proposiciones religiosas. Por último, muchos conservadores postulan la necesidad social de una religión a raíz de su propia creencia en un reino trascendente, al que la existencia puede elevarse. Como consecuencia de su visión del universo y del puesto del hombre en él, los conservadores se muestran bastante escépticos con respecto al argumento liberal de la "maduración del hombre" y a la consiguiente prescindencia de la religión tradicional.

El conservadorismo destaca la dependencia del hombre con respecto a Dios. Pero el pensamiento político liberal, hijo del Iluminismo, subraya la autonomía del hombre y de la razón. La teoría del contrato social, el estado de naturaleza, los derechos naturales y el individualismo representan en su conjunto una visión secular del mundo en la que el hombre está solo en el universo y es el creador de su propio destino.

Muchos conservadores adoptan una visión de la sociedad secular moderna muy diferente de la que sustentan la mayoría de los liberales. Casi todos los conservadores, a raíz de su máxima sociológica fundamental, consideran a la sociedad moderna secularizada como desordenada, moralmente enferma y condenada a la desaparición. Por el contrario, muchos son los liberales que han alentado y defendido la posibilidad de la sociedad secularizada, o que al menos fueron más optimistas con respeto a ella. En el curso de la historia occidental el liberalismo adhirió a la secularización de la sociedad, mientras que el conservadorismo por su parte ha visto dicho proceso con considerable preocupación. El debate desarrollado en los Estados Unidos sobre el papel de la religión en la educación suministra un ejemplo revelador del modo en que liberales y conservadores difieren en su percepción del valor y consecuencias de la creciente secularización social. El liberal interpone un sólido muro entre la iglesia y el Estado, oponiéndose tanto al rezo de plegarias y a la instrucción religiosa en las escuelas públicas como al subsidio estatal a las escuelas parroquiales. El conservador, en cambio, apoya esas políticas, resaltando la importancia que tiene la religión para el orden social y para el desarrollo del individuo.

Además, es interesante destacar que durante los últimos años cada vez son más los padres que en desacuerdo con los desórdenes y las pautas académicas decadentes de

las escuelas públicas, sacan a sus hijos de las mismas y los llevan a las escuelas parroquiales. Los conservadores están de acuerdo con el accionar de estos padres: consideran que una educación de base religiosa suministra a los niños un entorno más sano. En 1980, por decisión de la Corte Suprema, *Stone versus Graham*, se invalidó en Kentucky una ley que exigía el emplazamiento de los Diez Mandamientos en una pared de cada aula: esto es sintomático de lo que los conservadores consideran erróneo en el dogma liberal, que reclama una separación rígida entre iglesia y Estado. Los conservadores creen que debería enseñarse a los niños que hay normas morales que todos deben obedecer por encima de la gratificación de sus deseos personales; y les resulta especialmente irónico que la Corte Suprema adopte una decisión de esta índole justamente en momentos en que la violencia y la pérdida de disciplina en las escuelas públicas norteamericanas son problemas cada vez más graves.

Segunda parte:

Características importantes de la orientación religiosa del conservadorismo

La orientación religiosa conservadora tiene algunas características importantes que debemos estudiar si queremos comprender mejor la estructura general del pensamiento que nos ocupa. Ante todo hay que aclarar que los conservadores se oponen tanto a los que niegan validez a sus creencias religiosas sobre el hombre y el universo, como a los que reducen el conservadorismo a la construcción de un sistema religioso. Los conservadores desean evitar el descreimiento y el escepticismo, que según creen conducen al nihilismo, pero también quieren eludir la certeza religiosa y el dogmatismo propios del agnosticismo. El pensar conservador tiende a operar en el dominio de lo que Eric Voegelin llama "el inter-medio". Su orientación religiosa implica la creencia en un reino divino de la existencia y tratan de guiar sus vidas y su pensamiento a partir de ciertas verdades trascendentales. Pero aceptan también las limitaciones de la existencia en "el inter-medio" y se percatan de que su contacto con el Ser está muy limitado y por ende siempre se encuentra sujeto a duda. Los con-

servadores caen en la cuenta de que la existencia en "el inter-medio" (entre el reino trascendental del Ser y la nada) requiere prestar especial atención a la realidad cotidiana. El conservador debe entonces otorgar especial importancia al conocimiento de este mundo. El equilibrio que los conservadores tratan de mantener es precario en más de un aspecto. Consiste en defender una concepción del hombre y del universo donde hay que prestar la debida atención a *un nivel de existencia* que opera por encima del hombre por una parte, y a los problemas y el conocimiento del mundo cotidiano por el otro.

Cuando se trata de defender su principio cosmológico y el humanismo teocéntrico, los conservadores enfrentan dos tipos de oponentes muy distintos. Los conservadores deben defender el principio cosmológico ante quienes lo arrojan en bloque a los fundamentos racionalistas; y deben asimismo defender el carácter de "inter-medio" que tiene la creencia conservadora ante los irracionalistas y los místicos que reivindican en exceso sus modos de conocimiento religioso.

Por un lado, es importante destacar que los conservadores, en virtud de su orientación religiosa, adoptan en su pensamiento una postura crítica ante la filosofía iluminista y sus ramificaciones intelectuales; al punto que muchos estudiosos de dicho pensamiento sostienen que el conservadorismo moderno nació como reacción contra la filosofía iluminista y la Revolución Francesa. La desconfianza conservadora hacia el pensamiento iluminista comienza con una defensa de la religión. En tal sentido, Burke es de considerable importancia para el pensamiento conservador. La réplica realizada por él al pensamiento iluminista, su crítica del uso de la razón en esa tradición de pensamiento, se ha convertido en el modelo de crítica conservadora al racionalismo, ocupando una posición central dentro del desarrollo de la epistemología conservadora. A pesar de que los conservadores posteriores, como Oakeshott y Voegelin, son, desde el punto de vista filosófico, más sofisticados en sus ataques al racionalismo, sus críticas básicas ya estaban, con todo, sugeridas por Burke en un nivel polémico. Tanto la posición antirracionalista del conservadorismo, como su epistemología global, deben mucho a la orientación religiosa de dicho autor, especialmente a su veneración de los modos de conocimiento religioso y no-racionalista.

No obstante, si bien el conservador se opone al tiempo de racionalismo que viene a socavar toda reivindicación religiosa, no se vuelca por ello al irracionalismo para "salvar" a la religión. El ejemplo de Burke es de nuevo importante para el desarrollo del pensamiento conservador posterior. Adoptando una posición intermedia entre el racionalismo iluminista y el pensamiento reaccionario de de Maistre, su pensamiento abre un rumbo al conservadorismo permitiéndole atacar al racionalismo sin glorificar lo irracional ni lo misterioso (pues sólo quienes poseen un conocimiento místico especial podrían llegar a algún tipo de contacto con la verdad).

Para identificar las características religiosas más importantes del conservadorismo, no nos basta con saber a qué se opone, también es necesario interrogarnos acerca del corpus de creencias religiosas que ejerce una atracción positiva sobre él. Con respecto a esto, encontraremos inmediatamente un difícil e interesante problema, que compromete a la mayoría de los conservadores que adhieren a alguna de las formas del cristianismo. Uno no debe sorprenderse al descubrir que cuando descienden de sus generalizaciones acerca del principio cosmológico y de la importancia de la religión para dar a conocer alguna creencia doctrinaria más específica, todos se muestran vinculados de alguna manera a la tradición cristiana. Esto se cumple especialmente en el caso de algunos pensadores conservadores del siglo XX, como Eric Voegelin, T. S. Eliot y C. S. Lewis. En consecuencia, los conservadores se enfrentan al desafío de resolver los conflictos que pueden surgir al aplicarse, simultáneamente, a la defensa de la religión en general y, a la vez, del cristianismo en particular. El conservador cristiano se encuentra así ante el problema de decidir qué contenidos comunicará a los defensores de otras en el mundo no-occidental. Se enfrenta entonces al dilema de tener que elegir entre poner más énfasis y lealtad en la creencia general sobre la existencia de Dios o adherir específicamente a las doctrinas cristianas.

Debe entonces decidir si le interesa más preservar, por ejemplo, una religión nativa en Africa o impulsar el cristianismo. Ante esta disyuntiva deberá desprenderse de sus propias creencias o sacrificar la estabilidad suministrada por una religión nativa. Cualquiera de las dos opciones puede dañar alguno de sus valores básicos. Este problema reaparece en la actitud ambigua que adoptan los conservadores norteamericanos frente al resurgimiento islámico: por un

lado simpatizan un poco con la crítica islámica a los aspectos más burdos de la cultura occidental y con su insistencia en la necesidad de la religión para la existencia de una buena sociedad. Por el otro, rechazan los sentimientos antinorteamericanos y el fanatismo religioso. Lo cierto es que los conservadores occidentales se ven con frecuencia en situaciones embarazosas cuando se trata de juzgar otras tradiciones religiosas.

Debido a su orientación religiosa el conservadorismo corre el peligro, como en el caso de de Maistre, de verse reducido a un sistema teológico, lo que lleva a otros pensadores conservadores, como es el caso de Oakeshott, a guardar silencio en lo que hace a esa orientación o a propiciar su separación de la definición de conservadorismo. Pero esto último convertiría al conservadorismo en lo que no es. No es posible explicar el pensamiento conservador sin hacer la debida referencia a su dimensión religiosa o sin reconocer el papel que cumple el principio cosmológico, el humanismo teocéntrico y su máxima sociológica fundamental. Con todo, quienes insisten en mantener la orientación religiosa del conservadorismo deben proporcionar algún medio para evitar el reduccionismo teológico que sobreviene al transformarse en un sistema religioso.

Una de las fuentes de este peligro reside en el propio conservadorismo: este peligro se origina en la propensión de algunos conservadores a recurrir, con una frecuencia mayor de la aconsejable, a la providencia como explicación de la realidad. En efecto, con demasiada frecuencia los conservadores tratan de justificar su aprobación de ciertas condiciones históricas basándose en el argumento de que fueron dispuestas por la providencia. A menudo, con ello se pretende justificar ciertas desigualdades o se intenta, no sin ambigüedad, racionalizar ciertas formas de opresión. Lo que ocurre es que muchas veces se produce una identificación enferma de la voluntad del individuo con la voluntad de Dios.

No obstante, hay en el pensamiento conservador una corriente interna que advierte este peligro y protege al conservadorismo del reduccionismo teológico de aquellos fanáticos que explican todas las cuestiones políticas y sociales en términos religiosos y luego descubren en su trasfondo a la voluntad divina. Mientras, por una parte, el conservadorismo defiende el papel de la religión en la vida del individuo y de la sociedad, hay por otra parte una

fuerte prevención que se extiende desde Burke hasta Voegelin contra la mezcla inadecuada de la religión con la política, mezcla que desemboca en la mentalidad de las Cruzadas. Burke teme al fanatismo religioso que lleva a los políticos a un ardor y entusiasmo apasionado, y tiene gran aversión al estadista de púlpito; aversión esta que también sienten los conservadores contemporáneos a los predicadores liberales del evangelio social. Burke escribe:

> "El único sonido que debe escucharse en la iglesia es la voz curativa de la caridad cristiana. Tanto la causa de la libertad civil y la causa del gobierno civil cómo la causa de la religión salen perdiendo con esta confusión de deberes. Los que dejan de lado su propia función para adoptar una que no les corresponde, desconocen, en su mayoría, tanto la función que dejan como la que adoptan. Totalmente ignorantes del mundo al que son tan aficionados a entrometerse, y sin experiencia en sus asuntos, sobre los cuales se pronuncian, con todo, con gran seguridad, no saben de política nada más que las pasiones que ellos mismos alientan. Pero, en contraste con esto, la iglesia es un lugar donde debe concederse una tregua a las disensiones y animosidades del género humano." [8]

El conservador desconfía de aquellos que incitan a las pasiones religiosas, en un intento por rehacer el mundo según cierta visión divina; desea evitar la reducción de todos los asuntos sociales y políticos a términos y pasiones religiosas. En consecuencia, podemos afirmar que una característica importante de la dimensión religiosa del conservadorismo la constituye el hecho de no dominar ni determinar todo lo que los conservadores dicen en materia política. Aunque la religión tiene gran influencia en su concepción del mundo, no dicta cada postura específica.

La crítica de Burke al predicador que usa su púlpito como plataforma política no sólo va dirigida al predicador liberal del evangelio social y al sacerdote radical, sino también a quien usa su púlpito para publicitar sus convicciones políticas de derecha. El crecimiento de las organizaciones religiosas de la nueva derecha y su impacto en la

[8] Burke, Edmund, *Reflections on the Revolution in France*, p. 11.

política norteamericana a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta plantea un desafío atractivo al conservador. Por un lado, puede coincidir tanto con la crítica al liberalismo secular que realizan algunos de estos líderes fundamentalistas políticamente definidos, como con algunas posturas adoptadas por la nueva derecha. Pero por otro lado, el conservador debe preocuparse por la falta de decoro de los ministros que usan su púlpito como plataforma política, debe desconfiar de las pasiones extremas y del pensamiento dogmático que estos intentos suelen engendrar. Al tiempo que rechaza la visión secular del mundo, el conservador debe rechazar también a quienes responden a cada interrogante político con una cita bíblica, para evitar que los asuntos políticos se conviertan en temas religiosos.

Tercera parte:
El desafío a la orientación religiosa del conservadorismo

La orientación religiosa del conservadorismo se enfrenta, en la sociedad moderna, a desafíos y problemas considerables. Al estudiar alguno de estos problemas comprenderemos mejor los atributos cruciales de la mencionada orientación.

Entre los problemas que el conservadorismo debe enfrentar a causa de su orientación religiosa fundamental el más difícil es la justificación de su creencia en el principio cosmológico. El conservadorismo moderno nació en un momento en que mucha gente comenzaba ya a poner en duda la verdad de dicho principio. Podríamos incluso afirmar que lo que normalmente denominamos "modernidad" comienza, en gran medida, cuando gran número de intelectuales deja de considerar al principio cosmológico como el más importante, cuando ese principio del pensamiento conservador deja de ser tenido por verdadero. Esto sucedió, como señala Karl Mannheim, al quebrarse el dominio que la clase clerical ejercía sobre la vida intelectual:

> "Desde el punto de vista sociológico, el hecho decisivo de los tiempos modernos —en contraste con la Edad

Media— es la ruptura del monopolio de la interpretación eclesiástica del mundo ejercida por la clase clerical para dar paso, en lugar de un estrato de intelectuales cerrado y enteramente organizado, a una *intelligentsia* libre. Su característica principal estriba en que los estratos sociales y las situaciones de vida en constante cambio la abastecen en forma creciente y en que su modo de pensar no está sujeto a ningún tipo de regulación por una suerte de organización de castas." [9]

La caída del control que la iglesia ejercía sobre la vida intelectual en Occidente señala el comienzo no sólo de la modernidad sino también del ataque al principio cosmológico en los círculos intelectuales.

Con la secularización creciente de la sociedad, que acompaña al avance de la modernidad, la orientación religiosa del conservadorismo se presenta para muchos como una curiosidad arcaica (los grupos sofisticados), como un claro signo de alienación (los marxistas), como no científica (los positivistas), como la ideología propia de una época histórica anterior (los defensores de la sociología del conocimiento), como algo carente de atractivo (los hedonistas modernos) o, por fin, como algo irrelevante para la vida cotidiana (el hombre de la calle). Lo cierto es que el conservadorismo está en una posición históricamente difícil: como ocurre con otros principios defendidos por él, al defender su orientación religiosa se enfrenta con una oposición cada vez más poderosa.

El principio cosmológico es la base de la orientación religiosa del conservadorismo, pero no ofrece pruebas (en el sentido convencional del término) en cuanto a la veracidad de esta premisa fundamental. Para el conservador toda justificación de la veracidad del principio cosmológico cae en el ámbito de las vivencias íntimas, no muy transmisibles. Para el conservador cristiano estas experiencias se describen en términos de fe y para aquél que guarda una vinculación estrecha con la filosofía griega clásica (sobre todo con Platón), dichas vivencias (o modos de conocer la verdad) se expresa en términos de *noesis* o aprehensión intelectual.

[9] Mannheim, Karl, *Ideology and Utopia*, New York, Harcourt, Brace and World, 1936, pp. 11-12.

Esta justificación del principio cosmológico a través de vivencias altamente personales y casi incomunicables, acarrea muchas dificultades al conservadorismo. También muchos místicos, gnósticos e irracionalistas sustentaron la verdad de sus creencias en una especie de experiencia intuitiva muy privada. Sin embargo, la literatura conservadora ha criticado tanto a estos sistemas místicos como a sus pensadores. El conservador debe suministrar medios para discernir las experiencias de la fe y la *noesis* de las experiencias místicas. Pero quienes rechazan el principio cosmológico y todo lo que se refiere a la fe y a la *noesis* por considerarlo un sinsentido, encuentran difícil, si no imposible, discernir entre una y otra cosa.

Pero el conservador puede establecer dos distinciones: en primer lugar, a diferencia del místico, no glorifica lo irracional al aceptar el principio cosmológico. En tanto admita que no puede demostrarse el principio mencionado a través de los modelos de prueba convencionales y que su creencia se apoya en una serie de experiencias sumamente personales, no glorificará esas experiencias ni caerá en el culto a lo irracional. En segundo lugar, el conservador y el místico se diferencian en que las experiencias del segundo y la verdad que pretenden representar dan cabida a una especie de certeza y dogmatismo que el conservador evita, aceptando cierto grado de duda con respecto a la propia experiencia y a su veracidad: *cree*, pero no con la certeza y la obsesión que caracterizan al místico. Como diría Voegel, la diferencia entre las dos modalidades de experiencias y creencias está en que el conservador acepta su existencia en "lo inter-medio", donde si bien se busca la verdad y se cree en ella, se la sigue contemplando como sujeta a duda. En cambio el místico trata de escapar de este mundo, pretende entrar en un mundo de ensueño donde ya no hay duda alguna, sólo certeza.

De todas maneras, para varios críticos del principio cosmológico lo que el conservador llama fe o *noesis* es tan irracional como las reivindicaciones que levantan los místicos en pro de la veracidad de sus experiencias extáticas. Para muchos racionalistas, el conservador denuncia su irracionalidad al creer en algo que no puede demostrar claramente. Con esta crítica resultan cuestionadas las creencias religiosas básicas acerca de Dios, cuya verdad, según el conservador, hay que buscarla en el reino de las vivencias personales incomunicables o en las experiencias com-

partidas por un grupo o comunidad especial (la iglesia). La descripción de la actitud básica del racionalismo moderno que hace Karl Mannheim explica por qué tanta gente considera a la religión como algo irracional:

> "Sólo se desea conocer de las cosas aquello que puede expresarse en una fórmula universalmente válida y demostrable; y no se quiere incorporar a la propia experiencia nada que se sitúe más allá. Se trata de excluir del conocimiento todo lo que se vincula a personalidades individuales y que sólo sea verificable para grupos sociales reducidos, con experiencias en común. Surge así la tendencia a limitarse a afirmaciones que son comunicables y demostrables. Se socializa entonces el deseo de conocer. Ahora la cantidad y el cálculo pertenecen a la esfera de una conciencia demostrable a todos. El nuevo ideal de conocimiento es el basado en las matemáticas, produciéndose una identificación peculiar de la verdad con la validez universal. Se parte de la afirmación, desprovista de toda garantía, de que el hombre sólo conoce cuando puede demostrar su experiencia a todos los demás. Por lo tanto, desde un punto de vista sociológico, tanto el racionalismo anti-cualitativo como el racionalismo anti-mágico conducen a un divorcio entre el conocimiento por un lado y las personalidades y comunidades concretas por el otro; con lo cual dicho conocimiento se desarrolla enteramente a través de líneas abstractas que, no obstante, pueden diferir entre sí." [10]

La racionalización de tantos aspectos de la vida dentro de la sociedad occidental desde la caída del feudalismo y el advenimiento del Iluminismo socava los requerimientos de la religión, dañando así una dimensión esencial del pensamiento conservador.

El rol desempeñado por los criterios de verdad racionalista y empirista en la vida intelectual del hombre moderno fuerza al conservador a adoptar una posición defensiva que se presenta como extraña y obsoleta a los ojos de muchos intelectuales. El conservador emplea un principio cuya verdad y significado exactos resultan du-

[10] Mannheim, Karl, *From Karl Mannheim*, New York, Imprenta de la Universidad de Oxford, 1971, pp. 143-144.

dosos y remotos para muchas personas; y debe remitirse a vivencias que tienen poca o ninguna gravitación en la vida de muchos modernos, por lo cual resulta difícil —si no imposible— comunicar algunas de sus experiencias más importantes a los no conservadores.

Esta carencia de pruebas convencionales que respalden sus pretensiones religiosas no es tan fatal para el conservadorísmo ya que no es la única filosofía que emplea premisas o aseveraciones no probadas. Varias teorías políticas (entre ellas el liberalismo) emplean afirmaciones o premisas básicas (por ejemplo, acerca del valor del individuo o de la importancia de la libertad) como puntos de partida para el resto de la teoría, sin respaldarlos en ninguna prueba. En ese sentido, el principio cosmológico es para el pensamiento conservador simplemente una suerte de punto de partida.

El verdadero problema para dicho pensamiento no es tanto una cuestión de lógica o de prueba convencional sobre el principio cosmológico; el problema reside más bien en las instituciones, la estructura social y el estilo de vida propios de la sociedad moderna, que no llevan a creer en el mencionado principio.

El principal obstáculo que hay que afrontar es el espacio limitado que tiene lo que los conservadores llaman "la vida espiritual", en la moderna sociedad industrializada y secularizada. El conservador cree que la vida espiritual es esencial para el tipo de vivencias que llevan a creer en el principio cosmológico. Estas experiencias se centran en la exploración personal de los problemas y temas religiosos tradicionales; incluyendo los interrogantes personales acerca de la existencia de Dios y la naturaleza de la relación entre Dios y el hombre. Dentro de la sociedad amplia, la definición reiterada de la vida buena en términos de acumulación material, la traducción de todos los temas sociales y políticos a términos económicos, el acento constantemente puesto en el individualismo egocéntrico y la secularización de la mayoría de los aspectos de la vida, trabajan contra la propagación del tipo de experiencias personales capaces de afirmar la veracidad del principio cosmológico. La mayoría de los hombres están tan ocupados con diferentes asuntos en sus vidas cotidianas que les queda poco tiempo para la vida espiritual.

La secularización de la sociedad y el avance de las ideologías seculares han asestado a la orientación religiosa

del conservadorismo un golpe tras otro. El desarrollo histórico de los últimos doscientos años ha llevado al conservador a una posición cada vez más defensiva, conduciéndolo con frecuencia a un gran pesimismo con respecto a la posibilidad de preservar la "civilización cristiana".

De todos modos, a pesar de los problemas que enfrenta su orientación religiosa, el conservador puede seguir sosteniendo que la aceptación del principio cosmológico es esencial al desarrollo del humanismo teocéntrico y que sólo con la aceptación de este último por parte de la humanidad será posible una sociedad buena y ordenada.

Puede argumentar que los desafíos que se ofrecen a su orientación religiosa prueban, precisamente, el carácter negativo de las condiciones de la sociedad moderna. Puede no estar capacitado para ofrecer pruebas convencionales de la validez de su principio cosmológico, pero sostiene que la aceptación de este principio y el desarrollo del humanismo teocéntrico serían lo mejor que le podría ocurrir a la sociedad moderna. Los conservadores creen que una sociedad en la cual los individuos vivan según los modelos del humanismo teocéntrico sería una sociedad en la cual el valor y la dignidad del individuo se verían honrados y protegidos.

Pese a todas las dificultades que deben afrontar para adherir a un modo de pensamiento profundamente influenciado por la religión, pese a la crítica secular, no desisten. Con su creencia en la existencia de un Dios, en el hombre como ser religioso necesitado de Dios y orientado por lo tanto siempre en su búsqueda, el conservador considera, más bien, que es la sociedad secular y no la creencia religiosa la que está predestinada a desaparecer en el curso del desarrollo humano.

2. La concepción conservadora de la naturaleza humana

Una de las características más importantes del pensamiento conservador es su frecuente referencia a la naturaleza humana. Antes de comenzar a detallar la concepción conservadora de dicha naturaleza debe señalarse la significación de la creencia que sostiene que el hombre tiene una naturaleza o esencia. Esta idea que nos permite considerar a todas las personas como poseedoras de aquello que las hace ser tales, se usó con frecuencia para rechazar varias teorías políticas rivales. Partiendo de que hay algo tal como la naturaleza humana, los conservadores sostienen que su reconocimiento (o el fracaso en el intento de reconocerla) por parte de los hombres tiene considerables consecuencias políticas. Proclaman con frecuencia que cierta teoría o plan para reorganizar la sociedad es insostenible o peligroso porque "va en contra de la naturaleza humana". Burke emplea cierta técnica de interpelar a ciertos oponentes, acusando constantemente a los jacobinos y a otros de trabajar con una concepción falsa de la naturaleza humana. Para Burke una teoría política válida debe basarse en una concepción adecuada de dicha naturaleza. "Ésta es la verdadera clave —afirma— de todas las teorías que tratan sobre el hombre: ¿considera a su naturaleza general? ¿Considera su naturaleza modificada por sus hábitos?"[1] Para Burke, una teoría política que no logra una concepción adecuada de la naturaleza humana está destinada a producir peligrosas consecuencias cuando se la lleva a la práctica.

[1] Burke, Edmund, *The Works and Correspondence of Edmund Burke*, vol. VI, Gilber and Rivington Impresores, 1852, p. 132.

Primera parte:
Sobre la imperfectibilidad humana

El aspecto más importante de la concepción conservadora de la naturaleza humana implica que hay límites para lo que los hombres pueden hacer políticamente, siendo el hombre incapaz de perfección. Esta concepción, que enfatiza la imperfectibilidad humana, juega un papel crucial en la dimensión antiutópica del pensamiento conservador, y encuentra una de sus expresiones más acabadas en el trabajo *Utopía, la herejía perenne,* de Thomas Molnar.

Es importante destacar que cuando los conservadores hablan del hombre como un ser incapaz de perfección, de los límites que enfrenta lo que el hombre puede hacer para progresar, no quieren decir que sólo las circunstancias sociales externas, como la falta de educación o de desarrollo económico, lo obstaculizan. Más bien consideran que dentro del hombre mismo residen algunos obstáculos reales para su perfección. Por lo tanto, el conservadorismo se opone a la concepción de que el hombre es básicamente bueno pero que se encuentra corrompido por su entorno externo y por las instituciones. Como señala Peter Stanlis con respecto a la concepción de Burke de la naturaleza humana:

> "Burke no creía que el hombre fuera intrínsecamente sano en lo moral y que se corrompiera por las demandas y los refinamientos externos de las instituciones. Más bien lo contrario. Para él la peor sociedad civil posible era superior al simple e hipotético «estado de naturaleza»."[2]

Uno de los primeros trabajos de Burke, su sátira *Una reivindicación de la sociedad natural,* es una burla a la concepción de que es la sociedad la que corrompe al hombre y que el hombre es esencialmente bueno.

Los conservadores sostienen que hay un defecto básico en la naturaleza humana que actúa como el principal

[2] Stanlis, Peter, *Edmund Burke and the Natural Law,* Ann Harbor, Imprenta de la Universidad de Michigan, 1958, p. 127.

obstáculo a la perfectibilidad. Puede verse entonces la conexión existente entre la orientación religiosa de los conservadores y su concepción de la naturaleza humana. La concepción cristiana del hombre, especialmente la idea de pecado original, ejerce gran influencia sobre la visión conservadora de la naturaleza en cuestión. Aunque algunos conservadores no acepten literalmente la doctrina cristiana del pecado original, la mayoría acepta lo implicado en dicha doctrina. Creen que el trágico destino de la historia humana atestigua con creces las debilidades y defectos de la moral básica del hombre.

Según esta concepción del universo y del puesto del hombre en él, la perfección total y la bondad plena sólo se encuentran en la naturaleza divina o en el reino de la existencia trascendente. El hombre existe en "lo inter-medio" y tiene una naturaleza mixta con tendencias buenas y tendencias malas. La teoría moral conservadora sostiene que, individualmente, los hombres deberían tratar de vivir, tanto como les sea posible, de acuerdo al paradigma divino, pero con todo nunca conseguirán la perfección.

Esta concepción de la naturaleza humana tiñe considerablemente la opinión conservadora acerca del alcance y las limitaciones de la política. Se oponen por ello al pensamiento utópico y a los planes radicales para reorganizar la sociedad a fin de alcanzar un reino perfecto de paz, libertad y felicidad. Debido a su concepción de la naturaleza humana, creen que tales planes están condenados al fracaso. Dudan de la eficacia de las políticas y los programas gubernamentales dirigidos a mejorar radicalmente la condición humana. El conservador no niega la utilidad de alguna forma de gobierno, considerándola incluso necesaria, dado el carácter moralmente defectuoso del hombre. Pero suele ser más escéptico que el liberal, cuando se trata de definir qué gobierno puede ayudar a resolver los problemas humanos.

En tal sentido, podría confrontarse la fe que, tradicionalmente, tenían los liberales en los programas de rehabilitación criminal con el escepticismo de los conservadores hacia esos esfuerzos. Las diferentes teorías sobre la naturaleza humana y las visiones encontradas acerca del modo en que un gobierno efectivo puede alterar esa naturaleza, ayudan a explicar por qué al tratar el tema del crimen, el liberal acentúa la alteración de las condiciones sociales —a las que considera causa del crimen— y la importancia

de la rehabilitación del criminal, mientras que, por su parte, el conservador destaca la culpa que el criminal debe cargar por sus actos y la necesidad de aislarlo de la sociedad.

Esta idea de que el hombre posee una naturaleza ante la cual la eficacia del gobierno tiene un alcance limitado lleva asimismo al conservador a ofrecer ciertas peculiares explicaciones de algunas enfermedades sociales. Esas explicaciones van más allá de la mención de las instituciones económicas, sociales y políticas comprometidas, para incluir también a la naturaleza humana. Aunque valora los aportes de la economía, la sociología, la psicología y las ciencias políticas para la comprensión de ciertos problemas sociales, sostiene que por sí mismas estas explicaciones son insuficientes cuando se trata de considerar los problemas y dificultades del hombre como totalidad. Como señalara R. J. White:

> "El conservadorismo no ve a los hombres bajo un orden político sino cosmológico. La política es un medio para algo que se ubica más allá de ella. Pero no es que el conservador sea más religioso que otros hombres, es que confía menos en la autosuficiencia humana y duda de la eficacia que los remedios humanos puedan tener contra las enfermedades también humanas. Por fin, tiende a buscar la causa de estas enfermedades más en la naturaleza defectuosa del hombre que en las leyes e instituciones defectuosas." [3]

El conservadorismo insiste en que cualquier discusión acerca de los problemas de la existencia humana debe proporcionar una explicación adecuada de la naturaleza del hombre, tomando a la vez en cuenta los aportes de las ciencias sociales.

El conservador considera que ciertos males se originan, en parte, en la naturaleza misma de los hombres, considerados como individuos, y disiente con aquellos que pretenden racionalizar o disculpar los desaciertos individuales refiriéndolos al entorno social del individuo. No simpatiza con quienes culpan a la sociedad de sus propias fallas o de las fallas de los otros. Rechaza la concepción

[3] White, R. J., *The Conservative Tradition*, Londres, A. and C. Black Limited, 1950, p. 4.

según la cual bastaría con reestructurar la sociedad para que el comportamiento criminal individual desaparezca. Subraya, en oposición a quienes enfatizan las fallas morales y los defectos humanos como fallas de la sociedad, la idea de la responsabilidad individual.

Durante años la televisión norteamericana mostró un anuncio sobre seguridad pública, en el que se encarcela a un joven por robar un automóvil que tenía las llaves puestas. El anuncio culmina con el slogan «No ayude a un buen muchacho a volverse malo». El conservador, si bien cree que el propietario del automóvil actuó tontamente, no acepta un mensaje que pone la culpa fuera del malhechor y duda de que tal joven sea un "buen muchacho".

De todos modos, el acento puesto por el conservador en la responsabilidad individual se enfrenta con una ambigüedad crucial, a raíz de su concepción acerca de la naturaleza humana como defectuosa o limitada. Cuando uno lee el rechazo que manifiesta el conservador hacia las diversas doctrinas sobre el determinismo social —desde pensadores iluministas como Helvetius hasta contemporáneos como B. F. Skinner—, puede verse el significativo acento puesto en la idea de responsabilidad individual. A veces el énfasis puesto en las ideas de pecado original y de naturaleza defectuosa o limitada lleva a pensar que dentro de los individuos hay algo compulsivo que los empuja a hacer daño. Esta presentación nos acerca a los problemas que deben enfrentar en la historia de la teología cristiana los que hablaron a la vez de pecado original y de libre albedrío.

Para deshacerse de este problema los conservadores deben ofrecer una explicación más detallada de lo que quieren decir cuando sostienen que la naturaleza humana es defectuosa o que hay en ella una tendencia al mal. No pueden sostener que la naturaleza es defectuosa en el sentido de que el hombre, aun contra sus mejores intenciones, se ve forzado a hacer daño impulsado por alguna fuerza psíquica malévola. Sostener que su propia naturaleza fuerza al hombre a hacer el mal haría incoherente su concepción de la responsabilidad individual.

Más bien, se busca respaldar la simple proposición de que la naturaleza humana es defectuosa en el sentido de que el hombre tiene la capacidad de elegir tanto el mal como el bien. Aun cuando esta afirmación está cargada de sugeren-

cias en relación con lo que el conservador pretende decir acerca de la naturaleza humana, con todo, es demasiado simple y obvia. Decir que el hombre está capacitado tanto para el bien como para el mal es mantener la discusión en un nivel demasiado superficial, y ciertamente no constituye ningún descubrimiento.

Para comprender lo que el conservadorismo desea realmente afirmar cuando habla de la naturaleza humana como algo imperfecto es necesario tener en cuenta una postura subyacente a buena parte del reformismo social liberal. Esa postura sostiene que en realidad el hombre no quiere obrar mal. La mala conducta es vista, desde esa perspectiva, como una cuestión de ignorancia —porque a la persona en cuestión nunca se le enseñó a distinguir entre lo bueno y lo malo—, como una enfermedad socialmente inducida que, de un modo u otro, fuerza al hombre a hacer cosas terribles, que no haría si hubiera experimentado un entorno social más adecuado. En tal sentido, se considera que tanto la educación como la ingeniería social son los medios más idóneos para resolver esos problemas. El conservador rechaza esta concepción, apropiándose de la captación cristiana de la naturaleza del pecado, que sostiene que un hombre puede saber qué es lo correcto en una situación dada y hacer, sin embargo, voluntariamente lo que no debe, sin que por ello se vea "forzado" por el entorno. El conservadorismo rechaza la visión racionalista según la cual el comportamiento moral adecuado es sólo una cuestión de educación moral adecuada. Esta premisa subyace a buena parte de la fe que tienen los liberales en la educación como clave para resolver los problemas del hombre y para crear la buena sociedad.

La concepción conservadora de las fuentes del mal en el mundo sostiene que un acto de maldad no es necesariamente producto de la ignorancia, que el hombre —aun sabiendo lo que es bueno— elige hacer el mal. No muestra al hombre como libre de culpa en lo que se refiere al mal. El conservador no lo absuelve refiriendo la existencia de ese mal a circunstancias externas, el origen de la perversidad en el mundo hay que buscarlo dentro de la propia voluntad humana.

Y lo que es aún más importante: se sostiene que el hombre puede optar por hacer el mal, incluso bajo circunstancias externas ideales, donde ya no hay compulsión social —pobreza opresión— que pareciera forzar al individuo a

hacer lo que, en otras circunstancias, consideraría malo. Los conservadores creen que el curso desastroso que ostenta la historia humana y los defectos en la vida de cada hombre individual son pruebas suficientes de la verdad de su postura.

La concepción que sostiene que los hombres son básicamente buenos, pretende que sólo hacen el mal o ignoran lo que está bien o se ven forzados por las circunstancias externas a realizar un acto de maldad desesperado. Hay quienes encuentran difícil comprender que alguien que recibe educación adecuada pueda hacer el mal o que persista en ello alguien que no se viera forzado por el medio social, económico y político. Cuando, por su parte, el conservador niega la tesis de la bondad esencial del hombre y sostiene que su naturaleza es defectuosa, afirma que incluso en circunstancias ideales —y de hecho es lo que ocurre— el hombre puede hacer daño; circunstancias que asegurarían, supuestamente, el comportamiento humano adecuado. Para el conservador, el gran obstáculo para la perfectibilidad del hombre lo constituye el hecho de que la fuente del mal reside en la naturaleza humana misma.

Por lo tanto, pone en duda las explicaciones de la psicología y la sociología liberales modernas que se proponen demostrar por qué el hombre se entrega a una conducta inmoral y destructiva y cómo se la puede corregir. Considera erróneas aquellas explicaciones del mal que sólo enfocan el entorno del hombre y dejan de lado su naturaleza.

Segunda parte:
Las dos naturalezas del hombre y el problema de discernir su verdadera esencia

Uno de los segmentos rectores de la crítica a la visión conservadora de la naturaleza humana sostiene que los atributos que ésta asigna son en realidad productos del entorno social. Se acusa a los conservadores de no ver el impacto que dicho entorno provoca en la vida del individuo.

Sin embargo, los conservadores han llegado hasta lo extremo para demostrar que no niegan la tremenda influencia de las circunstancias externas sociales y políticas en la

vida individual. Burke, al hablar de las tácticas y las habilidades de los legisladores antiguos señala:

> "Trataban con hombres, por lo cual se veían obligados a estudiar la naturaleza humana. Tenían que vérselas con los ciudadanos, por lo cual estaban obligados a estudiar los efectos de los hábitos transmitidos por las circunstancias de la vida civil. Percibieron que la acción de esta segunda naturaleza sobre la primera producía nuevos intereses y conducía a diferencias diversas entre los hombres según su nacimiento, su educación, sus profesiones y las etapas de sus vidas, sus modos variados de obtener el patrimonio y consolidarlo de acuerdo a las cualidades del mismo, todo lo cual los convertía, por así decirlo, en animales de especies muy distintas." [4]

Si bien la observación de Burke ayuda a liberar al conservadorismo de la acusación de olvido con respecto a los efectos de la sociedad sobre la vida individual, la misma viene a complicar la concepción conservadora de la naturaleza humana.

La propuesta de Burke sobre la interacción entre la primera y la segunda naturaleza del hombre, entre su esencia y lo que adquiere a través de su entorno social, complica considerablemente la descripción conservadora de la condición humana. Ahora, al referirse a la naturaleza y la constitución del hombre, el conservador debe considerarla "modificada por sus hábitos" (lo que Burke llamaría la segunda naturaleza del hombre). El conservadorismo debe ahora afrontar la posibilidad de que muchas instituciones consideradas por estar fundadas en la esencia humana, puedan estar fundadas en realidad en la "segunda naturaleza" más que en la primera. Con demasiada frecuencia los conservadores, olvidando este punto de vista, se limitan a dar por sentado que las instituciones que aprueban o, simplemente, las que se encuentran en su país son necesarias pues se basan en la esencia real del hombre. Las justificaciones sureñas desarrolladas antes de la Guerra Civil para legitimar la esclavitud son una buena prueba de ello.

El conservador afronta entonces el problema de capacitarse para distinguir entre las instituciones que, supone,

[4] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, pp. 227-228.

están basadas en la esencia humana y las que, según él, se fundan en la "segunda naturaleza" del hombre. El problema es considerable y la solución raramente resulta satisfactoria.

Una vez que el conservador está dispuesto a admitir que hay una "segunda naturaleza" y que ésta permite a las instituciones humanas adoptar gran variedad de diseños, el concepto de naturaleza humana resulta tan diluido y se vuelve tan flexible que pierde utilidad. En tal sentido, Alan Ryan hace la siguiente observación:

> "Pero si la naturaleza humana es tan manipuleable, una de las funciones de esa noción se ve muy perjudicada, ya que desempeña un papel muy reducido si se trata de fijar un límite a las posibilidades políticas. Salvo que algo básico, sustancial e importante sobreviva al proceso de socialización y permanezca intacto por detrás de las apariencias sociales, no seremos capaces de decir nada profundo sobre la posibilidad que tienen los diversos ordenamientos sociales de satisfacer las aspiraciones y necesidades humanas." [5]

El conservador tiene la responsabilidad de mostrar cuáles son los elementos de la "primera naturaleza" que no pueden o no deben verse alterados por la segunda.

Pero la cuestión se complica aún más si tenemos en cuenta la concepción conservadora del hombre como animal social. Los conservadores emplean la noción aristotélica del hombre como ser social para diferenciar su concepción del hombre y su teorización de lo social de aquellas teorías políticas que comienzan sus construcciones intelectuales con la hipótesis de toda una serie de individuos aislados existentes en estado de naturaleza. Por lo tanto, la distinción conservadora entre la primera y la segunda naturaleza del hombre debe comprenderse como una distinción analítica más que como una diferenciación temporal. Pero si el conservadorismo sostiene que el hombre es un ser social en el sentido que siempre existe en algún tipo de medio social o que sólo puede comprendérselo en cuanto a su existencia como ser social, se torna difícil saber

[5] Ryan, Alan, "The Nature of Human Nature in Hobbes and Rousseau", en *The Limits of Human Nature*, ed. Jonathan Benthall, New York, E. P. Dutton and Company, 1974, p. 13.

cómo el conservador puede llegar a distinguir las características humanas pertenecientes a su naturaleza subyacente de las derivadas de sus relaciones sociales. Si sólo vemos a los hombres según su actuación en la sociedad no se vislumbra cómo sea posible separar el comportamiento socialmente determinado del que pertenece a la esencia del hombre en tanto hombre.

El conservador debe tratar de distinguir entre las características humanas esenciales y las no esenciales, en varios sentidos. Pero en última instancia debe admitir que su concepción de la naturaleza humana es metafísica y por lo tanto incompatible con la pretensión de identificar y confirmar las características que él le atribuye, mediante el procedimiento científico ordinario. Por ello, las diferencias que el conservadorismo trata de marcar entre la primera y la segunda naturaleza no satisfacen a quienes creen que toda afirmación significativa debe poder verificarse con los patrones científicos normales.

Podríamos responder que la posibilidad de descubrir la verdadera esencia humana se vincula al examen de las sociedades pasadas y presentes, viendo las características que se despliegan en cada caso. Pero un análisis más detenido, muestra que este procedimiento no suministra al conservador las características esenciales requeridas por su concepción de la naturaleza humana. Aunque pudiéramos superar todas las dificultades metodológicas e identificar ciertas características que los hombres tendrían en todas las sociedades, no habría garantía alguna de que las mismas no se vincularán a la segunda naturaleza en lugar de pertenecer a la primera. Tales características pueden basarse en ciertos rasgos hallados en todas las estructuras sociales observadas pero no constituir por ello lo que Burke llama la naturaleza primera del hombre.

Para responder a este problema el conservador puede recurrir a la idea del hombre como animal social y sostener que toda característica universal (que puede encontrarse en cualquier sociedad conocida) es, por definición, parte de ambas naturalezas: de la primera y de la segunda. Esta solución, si bien tiene la ventaja de realzar la idea del hombre como ser social, conduce a la bancarrota a la distinción de Burke entre la primera y la segunda naturaleza, y produce un daño considerable al empleo que el conservadorismo quiere hacer de la idea de naturaleza humana cuando ataca las visiones utópicas acerca de la reconstrucción total

del hombre y la sociedad. El conservador sostiene que ciertas características de la naturaleza humana son de tal índole que el sueño utópico de una sociedad totalmente reestructurada, orientada a obtener un mundo perfecto de paz, libertad y felicidad, es una ilusión peligrosa. Pero si se definen los rasgos fundamentales de la naturaleza humana en base a las características observadas en todas las sociedades conocidas, el utópico siempre podrá argumentar que su nuevo tipo de hombre sólo existiría en una sociedad totalmente distinta a las sociedades conocidas históricamente. Concluyendo, incluso, que la concepción conservadora de la naturaleza humana depende de ciertos tipos de sociedades, mientras que la sociedad que el utópico tiene en la mente será tan radicalmente diferente que los rasgos básicos humanos sufrirán un cambio. Para los conservadores, el colapso de la distinción hecha por Burke entre la primera y la segunda naturaleza socavaría su concepción de la naturaleza humana tal como se la pone en juego en la crítica al pensamiento y a los proyectos utópicos.

Por lo tanto, no pueden definir las propiedades pertenecientes a la naturaleza humana sólo en términos de la confección de una lista con todos los rasgos humanos registrados en todas las sociedades. Pero ello no significa que cierren los ojos a las observaciones que pueden hacerse acerca del hombre a partir de lo que ocurre en las diferentes sociedades; consideran muy importantes las observaciones empíricas sobre la variada vida social de los hombres y las utilizan en gran cantidad de argumentaciones políticas. Emplean mucho el conocimiento empírico acerca del comportamiento humano proporcionado por la economía, la psicología, la sociología, la antropología y la ciencia política. Pero, con todo hemos de admitir que la concepción conservadora de la naturaleza humana no se apoya sólo en las descripciones empíricas de los hombres en diferentes sociedades. Dicha concepción, en última instancia, es metafísica y como tal está comprometida con una realidad fundamental que se sitúa más allá de lo que el hombre es. Por lo tanto, cuando queremos ver cómo traza el conservador la distinción entre la primera y la segunda naturaleza para descubrir cuáles son las características que considera pertenecientes a la esencia primera del hombre, debemos percatarnos de que está abordando una perspectiva metafísica y que emplea un modo de razonamiento de la misma índole. Al hablar de naturaleza humana el conservador involucra

no sólo las observaciones empíricas de las ciencias sociales. Esto resulta evidente cuando examinamos los rasgos básicos que, según él, pertenecen a la esencia del hombre.

Tercera parte: Los rasgos básicos de la naturaleza humana

Al leer lo que opinan diferentes conservadores sobre la naturaleza del hombre encontramos varias descripciones de las características humanas. Con todo, hay siete características que se destacan en el análisis conservador de la naturaleza humana: 1) el hombre es un ser religioso; 2) la naturaleza humana existe como un elemento fijo del orden cosmológico de las cosas; 3) la naturaleza moral del hombre es trágicamente defectuosa; 4) el poder de la razón humana tiene límites considerables; 5) el hombre es un ser social; 6) el mayor pecado del hombre es su orgullo; 7) la naturaleza del hombre es tal que las proposiciones morales pueden basarse en ella.

La concepción de que el hombre es, por naturaleza, un ser religioso, se conecta entrechamente con la máxima sociológica fundamental, que afirma que la práctica de la religión es de vital importancia para el establecimiento de una sociedad estable y sana. Los conservadores señalan la práctica de la religión en diferentes sociedades para ilustrar la idea del hombre como ser religioso. Pero aunque la evidencia empírica puede tomarse como un signo de la naturaleza religiosa del hombre, no basta para probar la afirmación que sostiene que el hombre es un ser religioso. Hay infinidad de individuos que no manifiestan tener práctica religiosa alguna. Al decir que por naturaleza el hombre es un ser religioso, no se pretende afirmar que todos los hombres practican la religión; lo que se quiere decir es que la práctica de la religión es apropiada y necesaria para la verdadera naturaleza humana, y que, aunque el hombre puede violar su propia naturaleza en lo que hace a este aspecto, sólo lo hace a costa de su verdadera esencia, acaeciendo así una distorsión del alma. El conservador puede en ese sentido señalar toda una serie de ejemplos como demostrativos de la verdad de su afirmación, utilizando además su máxima sociológica fundamental como una técnica para mostrar lo

que ocurre cuando el hombre viola su verdadera naturaleza. Por ejemplo, puede señalar a los individuos que rechazan completamente a la religión y sostener que gran parte de su infidelidad se debe al rechazo básico de aquello que daría mayor sentido a sus vidas. Pero, revisados todos los argumentos empíricos, subsiste aún la afirmación metafísica que sostiene que el hombre es un ser religioso.

Lo que interesa destacar, en este caso, es que el conservadorismo emplea una concepción de la naturaleza humana que sostiene que el hombre puede, en cierto modo, violar su propia naturaleza. Esto también nos ayuda a distinguir la naturaleza metafísica de la exigencia conservadora. Si nos atuviéramos a una interpretación puramente empírica de dicha exigencia preguntaríamos simplemente si la totalidad de los hombres practican o no la religión, pero la naturaleza metafísica de su exigencia permite al conservador explicar todo ejemplo de vida no religiosa como el de un individuo que viola su naturaleza. La índole de su exigencia le permite emplear ejemplos empíricos ilustrativos o echar mano a ejemplos que parezcan refutarla. Como ocurre con muchas posiciones metafísicas, la concepción conservadora que hace del hombre un ser religioso por naturaleza contiene una construcción explicativa capaz de dar cuenta de cualquier ejemplo empírico que pretendiera poner en duda tal concepción.

Sin embargo, esta exigencia es perfectamente compatible con las observaciones sobre el papel de la religión en el transcurso de la historia humana y con las observaciones acerca de las necesidades espirituales de infinidad de individuos. Basta pensar la importancia de la religión para las vidas de millones de seres a través de la historia y el lugar de la religión en sociedades de la más diversa índole. Y si bien la observación empírica sobre el comportamiento religioso del hombre no puede probar de manera concluyente la exigencia metafísica, contribuye con todo a darle coherencia. Esas observaciones prestan a la exigencia en cuestión un carácter mucho más razonable que el que ostenta la exigencia metafísica opuesta, que sostiene que el hombre es, por naturaleza, no religioso. El papel desempeñado por la religión en la mayor parte de la historia se hace más difícil de explicar si se sostiene que la creencia religiosa es extraña a la naturaleza humana.

La exigencia metafísica que hace del hombre un ser religioso por naturaleza tiene también la ventaja de ayudar a

sostener lo que algunos consideran un importante principio normativo: la idea de la tolerancia religiosa. Si la búsqueda religiosa individual se considera una manifestación de la naturaleza básica humana, la supresión de la misma o de prácticas de la misma índole sería considerada una forma de frustrar un aspecto importante del individuo entendido como ser humano. La exigencia conservadora acerca de la naturaleza humana básica viene entonces a justificar un valioso principio libertario.

Por otra parte, si asumimos que el hombre es, básicamente, un ser no religioso, la violación de la tolerancia religiosa podría no ir en contra de la naturaleza humana esencial. Podríamos sostener que la práctica de la religión debe quedar restringida a una actividad lo bastante inesencial como para no interferir con las actividades que se presentan más acordes con la verdadera naturaleza humana (es decir, con aquellas actividades ligadas al desarrollo de las facultades humanas racionales). Y, justamente una afirmación de esa índole es la que justifica la persecución religiosa en naciones como la Unión Soviética.

La segunda afirmación conservadora acerca de la naturaleza humana, que considera que la naturaleza humana existe como un elemento fijo en el orden cosmológico de las cosas, es de naturaleza claramente metafísica. También esta afirmación compromete alguna forma de intuición metafísica. Esta afirmación básica acerca de la naturaleza humana deriva en última instancia del principio cosmológico del conservadorismo.

La concepción que hace de la naturaleza humana, del universo en su conjunto, algo ordenado por Dios constituye una de las dos grandes concepciones al respecto. C. S. Lewis describe las dos ideas del siguiente modo:

> "Desde el momento en que los hombres pudieron empezar a pensar se preguntaron qué es en verdad este universo y cómo llegó a la existencia. De un modo muy primitivo sostuvieron dos posturas. Primero está lo que se denomina la concepción materialista. Quienes la siguen consideran que la materia y el espacio existen y han existido siempre, sin que nadie sepa por qué, y que la materia, comportándose con ciertas modalidades fijas, ha llegado por una suerte de azar a producir criaturas como nosotros, que estamos capacitados para pen-

sar. A raíz de una oportunidad entre las miles restantes, algo golpeó a nuestro sol, haciéndolo producir los planetas, y en uno de esos planetas coincidieron los elementos químicos necesarios y la temperatura adecuada para la vida. Es así como una parte de la materia terrestre cobró vida y, tras una larga serie de casualidades, las criaturas vivientes se desarrollaron hasta producir seres como nosotros. La otra concepción es la religiosa. Según esta concepción, lo que está detrás del universo es, entre las cosas que conocemos, lo más parecido a una mente. Es decir que posee conciencia y tiene propósitos, y prefiere ciertas cosas a otras. Según esta concepción, eso es lo que construyó el universo, en parte de acuerdo a propósitos que no conocemos y en parte para producir criaturas semejantes a sí mismo (en el sentido de tener mentes). Pero no hay que pensar que una de las concepciones se sostuvo hace ya mucho tiempo y que ahora la otra está ocupando su lugar. Siempre que hubo hombres pensantes aparecieron ambas concepciones; asimismo conviene observar que desde el punto de vista científico, en el sentido ordinario, no es posible descubrir cuál es la concepción correcta."[6]

Los conservadores defienden lo que Lewis ha caracterizado como la concepción religiosa del hombre y el universo. Aunque no hay pruebas concluyentes para ninguna de las dos concepciones acerca del hombre y del universo, los conservadores no eluden los interrogantes sobre el origen y la naturaleza del hombre, surgidos del conflicto existente entre esas concepciones. En contraste con el positivismo, el conservadorismo considera legítimas algunas preguntas que no pueden responderse con los procedimientos científicos comunes. Se consideran legítimas las preguntas sobre el origen, naturaleza y puesto del hombre en el universo porque las respuestas que los propios hombres encuentran a esas preguntas pueden afectar considerablemente el significado existencial que otorguen a sus vidas e influir en su manera de vivir. El conservador cree que su concepción del hombre y del universo da al hombre más valor y dignidad que la concepción materialista; lo cierto es que el hombre debe afrontar las cuestiones fundamentales sobre la existencia, y su

[6] Lewis, C. S., *Mere Christianity*, New York, Macmillan Company, 1943, 1945, 1952, pp. 31-32.

concepción justamente le permite dar respuestas que prevengan el surgimiento del nihilismo (que es el peligro constante de la concepción materialista). El conservador cree que su concepción permite el desenvolvimiento del humanismo teocéntrico, mientras que la concepción rival puede con frecuencia conducir a una decadencia de los valores humanos.

La tercera afirmación acerca de la naturaleza humana, que considera a ésta como trágicamente defectuosa, también es de índole metafísica. Ciertamente, los conservadores señalan diversos ejemplos de malas acciones capaces de ilustrarla. Pero en última instancia el desacuerdo entre los que sostienen que el hombre es básicamente bueno y los que denuncian que la naturaleza moral del hombre es defectuosa o limitada, es de carácter metafísico. Cada posición tiene dentro de su propia trama, una explicación para todos los ejemplos históricos y empíricos que puedan traerse a colación en el debate. Por lo tanto, quien crea en la bondad esencial del hombre siempre puede sostener que bastaría modificar, por completo, y de la manera adecuada, el entorno humano para eliminar el mal. Como es obvio, esta concepción se enfrenta al problema de explicar por qué una criatura básicamente buena nunca ha logrado tal modificación. El conservador, por su parte, sostendrá que las malas acciones son, al menos en parte, reflejo de un defecto en la naturaleza humana y que la misma continuará siendo defectuosa aun bajo circunstancias externas ideales. Con todo, la concepción conservadora se adapta mejor a las observaciones que pueden realizarse sobre la conducta humana.

El crítico acaso inquiera al observador por qué persevera en preocuparse por el viejo interrogante acerca de la condición humana básica, cuando los que defienden cualquiera de las posturas pueden simplemente racionalizar todas las observaciones empíricas de modo de reforzar sus propias exigencias. Sin embargo, el conservador puede por su parte respaldar su interrogante sobre la condición humana básica; pues todo intento razonable de mejorar la existencia, de afrontar, al menos parcialmente, el problema del mal, debe preguntarse tarde o temprano por el origen y las causas de dicho mal. Las soluciones propuestas dependerán en gran medida del análisis de sus causas.

Quienes defienden la tesis de que el hombre es básicamente bueno y sostienen que el entorno económico y social es el único culpable de las malas acciones, consideran que

la solución al problema del mal y la infelicidad en el mundo llegarán mediante la adecuada reestructuración del entorno social humano. Por lo tanto, creen que el mencionado problema debe plantearse fundamentalmente en términos políticos.

Por el contrario, el conservador no conceptualiza tal problema en esos términos. En primer lugar, cree que gran parte de la maldad existente en el mundo obedece a la naturaleza moral defectuosa que tiene el hombre, y no siempre a su entorno. En segundo lugar, contempla gran parte de la infelicidad y de las malas acciones en términos de relaciones personales del hombre con los otros. Sostiene que conceptualizar el problema de la mala sociedad en términos políticos y llevar a los hombres a creer en una solución política (en la reestructuración de la sociedad) es sostener que la clave de la felicidad humana reside en una solución de esa índole, concediendo al reino de lo político una falsa importancia para la existencia humana. El conservador considera que lo único que se logra con esa manera de pensar es despertar esperanzas irreales. En la vida cotidiana del hombre restan toda una serie de cuestiones acerca de la conducta personal entre los individuos que son inaccesibles para las grandes soluciones políticas. Es justamente en el área de las relaciones personales vinculadas a la amistad, al amor, a la lealtad y a la honestidad, entre otras cosas, donde se origina gran parte de la felicidad y de la infelicidad humanas. El conservador, sencillamente, no cree que exista una solución final para el problema del mal y la infelicidad en el área de la acción política. Si bien admite y trata de resolver ciertos males políticos y sociales, sólo los considera una parte del problema humano total. La concepción conservadora que considera defectuosa a la naturaleza humana disminuye las esperanzas y expectativas ilusorias que tantos individuos depositan en la acción política.

Con todo, si bien considera, desde su concepción, que gran parte de la infelicidad humana reside más allá del reino de las respuestas políticas efectivas (y por ello la religión es tan importante), el conservador no acepta los males políticos y sociales con una actitud fatalista, como si fueran cosas ante las cuales al hombre nada le cabe hacer. Su teoría política intenta resolver dichos problemas. Pero a diferencia del utópico, no puede hallar una solución final para los mismos. Y es mucho más cauteloso que los libe-

rales al precisar los límites que debe tener en cuenta el gobierno cuando, pretendiendo resolverlos, altera la sociedad.

La concepción conservadora que ve a la naturaleza moral como defectuosa o limitada tiene también la ventaja de no enfrentar la dificultad de tener que explicar cómo, siendo el hombre básicamente bueno, sigue causando daño. Por esta razón, la concepción conservadora es más compatible con el hecho de la mala conducta individual que la exigencia que pretende mostrar al hombre como básicamente bueno pero corrompido por un medio social.

La *cuarta afirmación sobre* la naturaleza humana, referida a las limitaciones de la razón, juega un importante rol tanto en la epistemología conservadora como en la crítica al pensamiento utópico y en la puesta de límites a la eficacia de los planes de acción gubernamentales referidos a los problemas humanos más importantes. Al sostener que la razón humana está básicamente limitada, el conservador no sólo quiere decir que en ciertas circunstancias históricas dicha razón no arriba a las soluciones adecuadas para los problemas apremiantes. También sostiene que la razón es sólo un aspecto de la naturaleza humana y que el hombre está dominado, de manera múltiple, por otras fuerzas; asimismo, sostiene que aunque el hombre se vuelve a la razón, ésta nunca basta para tratar los problemas más cruciales de la existencia individual. La concepción conservadora de la razón humana es bastante distinta de la concepción utópica, para la cual la razón, liberada de las cadenas impuestas por un entorno social irracional, podría mostrar al hombre cómo establecer la comunidad ideal aquí en la tierra. El conservador no acepta que la razón tenga un poder ilimitado.

En verdad, uno de los desarrollos más importantes del último decenio ha sido el reconocimiento creciente, dentro de la comunidad intelectual norteamericana, de que, contrariamente a lo que creían muchos liberales de la década del '60, las ciencias sociales no poseen respuestas precisas para todos los problemas sociales. Cada vez son más los liberales que ahora admiten el error de sus antiguos programas y planes de acción, y que sostienen que no conocemos realmente tanto como otrora pensaron que conocíamos. La base del "neoconservadorismo" de intelectuales como Irving Kristol, Norman Podhoretz, Michael Novak y otros, descansa en gran medida sobre la concepción conservadora tradicional de los límites de la razón humana.

Junto a esta evolución intelectual se ha dado una fuerte reacción política contra la ingeniería social y las secuelas de las costosas medidas liberales de la Gran Sociedad de Lyndon Johnson. Es posible entonces que en un futuro inmediato los programas de reforma liberales sean sometidos a un escrutinio mucho más crítico que antes.

Los conservadores pueden defender su concepción de la limitación de la razón humana argumentando que se ajusta mejor a los hechos conocidos sobre el comportamiento irracional del hombre. Los programas de gobierno que producen resultados bastante opuestos a sus intenciones originales indican asimismo los límites de dicha razón. La concepción opuesta se enfrenta con el problema de explicar cómo, siendo tan poderosa, la razón humana está comprometida tan a menudo con las circunstancias históricas. Los conservadores creen que el trágico desarrollo de la historia humana respalda sus argumentos acerca de los límites de la razón.

La quinta afirmación, que hace del hombre un ser social, sostiene que el hombre sería, en términos aristotélicos, una bestia o un dios si no necesitara vivir en un contexto social. Considerar al hombre como un ser social puede llevar a la bancarrota la distinción de Burke entre la naturaleza primera y la naturaleza segunda, si no se interpreta correctamente a esta última. Si las manifestaciones de la existencia social humana se consideran incluidas en la afirmación que hace del hombre un ser social, todo lo que implica la primera naturaleza del hombre contiene, por definición, todo lo que integra a la segunda, y entonces la distinción de Burke llega al colapso. Por lo tanto, el conservadorismo debe ser muy cuidadoso en la descripción de lo que quiere decir cuando sostiene que el hombre es un ser social. Debe trazar una distinción entre su existencia básica —que la naturaleza del hombre es tal que necesita vivir en una sociedad— y todas las manifestaciones variadas de la existencia social del hombre.

Esta exigencia tiene un carácter metafísico. Para el conservador ir más allá del análisis de las variadas manifestaciones antes mencionadas y postular una esencia subyacente es desembocar en una suerte de intuición metafísica. Sin embargo, aunque lleve implícita una exigencia metafísica, la posición conservadora no es arbitraria y puede referirse a incontables observaciones acerca del comportamiento humano. La exigencia que hace del hombre un

ser social por naturaleza puede deducirse de observaciones psicológicas y sociológicas acerca del modo en que se desarrollan los hombres en un contexto social. Basta pensar en el aprendizaje y el desarrollo del lenguaje, en la importancia que tiene para nosotros, para apreciar la significación de nuestra naturaleza social. Se trata ciertamente de la exigencia conservadora que los no-conservadores encuentran más aceptable.

Las afirmaciones sexta y séptima respecto de la naturaleza humana (que el mayor pecado del hombre es su orgullo, y que el hombre tiene una naturaleza tal que las proposiciones morales pueden basarse en ella) son claramente metafísicas y juegan un importante papel en la teoría moral conservadora. La sexta afirmación aporta un aspecto significativo a la concepción conservadora de la motivación humana, y es la razón que generalmente ofrecen los conservadores cuando se les pide que expliquen a qué se debe que, tan frecuentemente, el hombre elija hacer lo que está mal. Se cree que el orgullo del hombre es la fuente del defecto trágico de su naturaleza moral. La séptima afirmación es especialmente crucial para la postura de Burke acerca de la ley natural. Como señala B. T. Wilkins en su estudio acerca del mencionado autor, la teoría de la ley natural depende del desarrollo de una concepción de la naturaleza humana:

> "Uno de los supuestos básicos de la teoría de la ley natural es la creencia en la posibilidad de hablar del hombre y no sólo de los hombres. La «naturaleza humana» no impresiona a ningún teórico de la ley natural como un concepto ingobernable; tampoco encuentran dificultad alguna en considerar la naturaleza humana como algo lógicamente previo y necesario para todo resumen válido de los derechos y deberes naturales del hombre." [7]

El conservador considera imposible una teoría política sin alguna concepción subyacente de la naturaleza o esencia humana. Los interrogantes acerca de lo que el hombre debería esforzarse por ser, la estructura de la sociedad buena, el significado de la justicia, la distinción en-

[7] Wilkins, Burleight T., *The Problem of Burke's Political Philosophy*, Oxford, Imprenta de la Universidad de Oxford, 1967, p. 91.

tre lo políticamente correcto e incorrecto, el modo de lograr una sociedad mejor, pueden responderse erróneamente si no hay algunas ideas acerca de lo que el hombre es en primer término. Todas las afirmaciones que hemos desarrollado acerca de la naturaleza humana tienen un papel importante en la elaboración de una teoría moral conservadora (capítulo 4) pues la teoría moral es uno de los principales usos que hace el conservadorismo de su concepción de la naturaleza humana.

El conservadorismo, al postular un elemento tal como la naturaleza del hombre para respaldo de todos los aspectos del comportamiento humano, revela la orientación filosófica de su pensamiento. El conservadorismo no acepta la regla positiva según la cual todas las afirmaciones significativas acerca del hombre son susceptibles de verificación científica normal. Si bien no rechaza la investigación y el conocimiento científicos acerca del comportamiento humano, el conservadorismo sostiene que las cuestiones acerca de la esencia del hombre son áreas legítimas e importantes para el filosofar. En tal sentido, el conservador tiende a simpatizar con las concepciones tradicionales y desconfía del moderno pensamiento positivista, que restringe el campo de la investigación filosófica.

Sin embargo, al orientarse el estudio del hombre en el medio intelectual contemporáneo hacia la dimensión empírica y observable, el conservadorismo enfrenta esto como un problema. El científico social moderno considera adecuado proporcionar simplemente un resumen de la conducta humana en términos de verificación empírica y ve completamente superfluo plantear la cuestión metafísica acerca de la esencia del hombre. Se desconfía entonces de los elementos religiosos e intuitivos que se encuentran en la descripción conservadora de la naturaleza humana. El conservador se halla pues ante la tarea de tratar de justificar en primer término la naturaleza humana.

Los conservadores pueden defender su postura distinguiendo los atributos básicos de la naturaleza humana de la siguiente manera: respondiendo a la pregunta "¿qué es el hombre?", resulta más fácil abordar la cuestión de lo que los hombres deberían hacer con sus vidas. Una teoría adecuada de la naturaleza humana sería muy útil para desarrollar una teoría normativa del comportamiento humano. Un resumen adecuado de dicha naturaleza podría sumarse a nuestra comprensión de las necesidades humanas,

ayudando a resolver el difícil problema de distinguir entre las verdaderas y las falsas necesidades humanas. Una teoría válida de la naturaleza humana podría asimismo ayudar a mostrar los límites del potencial humano y de la acción política, de modo que los hombres no emprenderían entonces proyectos políticos inútiles o irreales; serviría como valiosa guía para la práctica política. Finalmente, como se verá en el capítulo 5, su concepción de la naturaleza humana le sirve al conservador como justificación para el gobierno y como exposición razonada para aplicar coacciones constitucionales a quienes ejercen el poder político.

El conservador sostiene que el proyecto de investigar en torno a la naturaleza humana queda justificado por estos beneficios potenciales que aportan la posibilidad de distinguir la naturaleza básica del hombre. Es imposible comprender cómo debería vivir y cómo debería gobernarse al hombre sin comprender lo que el hombre es.

3. La concepción conservadora de la razón humana

Uno de los principales temas de la literatura conservadora se refiere al uso adecuado, al alcance y las limitaciones de la razón humana. Como ya hemos visto en el análisis de la naturaleza humana, los conservadores no creen que la razón humana pueda servir como la principal herramienta para el logro de una visión utópica. Con respecto a la concepción conservadora de la razón humana abordaremos tres temas básicos. Primero, es necesario explicar de manera más detallada a qué se refieren los conservadores cuando hablan de las insuficiencias de la razón humana. Esto involucra cinco cuestiones diferentes: 1) el ataque a lo que Burke denomina "especulación abstracta" o "razonamiento metafísico" en política y a lo que Oakeshott llama "racionalismo en política"; 2) el énfasis puesto en las circunstancias del pensamiento político, en los aprendizajes empíricos del conservador; 3) el acento puesto en la relación apropiada entre los intereses teóricos y la razón política práctica que acompaña muy de cerca a las circunstancias históricas específicas; 4) la crítica al pensamiento racionalista y la defensa del "prejuicio", la costumbre, la tradición y la autoridad; 5) el rechazo del ataque racionalista a la fe religiosa.

Después de estudiar las limitaciones atribuidas por los conservadores a la razón humana, consideraremos las exigencias que plantean respecto de la mencionada razón, relacionadas con los modos de conocimiento puestos en juego en sus creencias más importantes, que son opuestos a otros tipos de conocimiento.

Por último, en el tercer tema abordaremos las tensiones internas dentro de la epistemología conservadora, tensiones que se dan entre sus modos de conocimiento empírico, racionalista, intuitivo y tradicionalista-autoritario. Como veremos, hay un gran conflicto potencial entre el conocimiento empírico del pensamiento político conservador y los elementos racionalistas, intuitivos y metafísicos de su orientación filosófica y religiosa. Una de las tareas principales de la epistemología conservadora será comparar los problemas creados por estos conflictos, ofreciendo algunas maneras de reconciliación.

Primera parte: El ataque conservador al racionalismo

Uno de los elementos centrales de la teoría política de Burke es su ataque al tipo de razonamiento usado por los revolucionarios franceses y los teóricos que los respaldaban. Burke sostiene que los jacobinos son culpables por haberse comprometido con un tipo peligroso y falaz de razonamiento político; un razonamiento abstracto, metafísico, que trataron tontamente de imponer, rehaciendo el mundo según las representaciones abstractas de los soñadores utópicos. Con todo, Burke percibe que el razonamiento político abstracto, por él condenado, no sólo se encuentra en los revolucionarios, sino también en algunos defensores de los poderes reales excesivos. Sostiene que ambos (como ocurre también en la lucha entre las colonias norteamericanas y el rey inglés) comparten un error común propio de su modo de razonamiento político. Afirma Burke que en ambos casos se razona a partir de un conjunto de principios abstractos; se trata de los Derechos del Hombre, de los derechos del Rey o del Parlamento. E intentan forzar el mundo político para adecuarlo rigurosamente a dichos derechos y poderes abstractos. Burke objeta el modo geométrico de razonamiento político a partir del cual se deducen abstractamente ciertos principios y se fuerza luego al mundo político a adecuarse a ellos. A dicho autor le preocupan la certeza matemática y el deseo dirigido hacia ella, característicos del modo de razonamiento de la mayoría de sus oponentes. Combatiendo a quienes creen que

la razón humana puede encontrar un sistema ético y político absoluto al que deberían ordenarse las vidas de los hombres y la sociedad, Burke se refiere a la advertencia de Aristóteles: que los asuntos morales nunca pueden tener precisión geométrica. Sostiene que el pensamiento moral y político no puede elevarse a la altura de los modelos de la matemática, y ve a la prudencia como la gran virtud que debe guiar al pensamiento político.[1]

El ataque de Burke a lo que cree un uso erróneo de la razón en los jacobinos, juega un papel muy importante dentro del desarrollo de la concepción conservadora de los alcances y limitaciones de la razón humana. Muchas de las afirmaciones que los conservadores del siglo XX hacen acerca del uso adecuado de la razón en política pueden derivarse fácilmente de lo que dice Burke sobre los jacobinos. Es notorio el paralelo entre la crítica de Burke a estos últimos y la moderna crítica conservadora al espíritu racionalista en el pensamiento político que hace Michael Oakeshott en su famoso ensayo "El racionalismo en política". Oakeshott ataca el mismo tipo de actitud hacia la razón humana que combate Burke en su crítica a la mentalidad jacobina. Los conservadores, de Burke a Oakeshott, llevan adelante un cuestionamiento continuo a la mentalidad intelectual y política que cree que la sociedad puede y debe reordenarse en base a una serie de representaciones detalladas, diseñadas por la razón humana.

Ante todo, los conservadores dudan de las pretensiones planteadas por los partidarios de ciertas ciencias sociales, según las cuales se ha construido o se llegará a construir alguna teoría capaz de servir como modelo para explicar y reorganizar la sociedad. El mundo político tiene demasiadas variables impredecibles y la perspectiva que un hombre pueda tener de dicho mundo es siempre demasiado estrecha como para permitir el desarrollo de leyes y fórmulas generales del mismo tipo de las leyes y fórmulas que tienen las ciencias naturales. Los conservadores siempre han sido escépticos ante los sueños iluministas (en el siglo XVIII), positivistas (en el siglo XIX) y conductistas (en la actualidad); sueños que aseguran que las ciencias sociales están capacitadas para imitar los éxitos alcanzados

[1] Burke, Edmund, "Appeal from the New to the Old Whigs", en *The Philosophy of Edmund Burke*, ed. Louis Bredvold y Ralph Ross, Ann Arbor, Imprenta de la Universidad de Michigan, 1960, p. 41.

por las ciencias naturales, y que aspiran a planificar y reestructurar la sociedad sobre una base verdaderamente "científica". Creen asimismo que tal racionalismo político compromete incluso a muchos "teóricos empiristas" que se consideran a sí mismos alejados del racionalismo del siglo XVIII.

Los conservadores sostienen que el espíritu racionalista en política se basa en ciertas tendencias de la filosofía cartesiana. En su exposición de la mentalidad racionalista en política, Oakeshott llega a subrayar que la obsesión del racionalista por la certeza hay que retrotraerla hasta el propio Descartes.[2] Se considera entonces que la invención de filosofías absolutas que lo explican todo y que el intento de rehacer el mundo de acuerdo a cierto plan "racional", obedecen en el racionalista a su imposibilidad de tolerar la incertidumbre. El mundo conceptual y político del racionalista debe adaptarse a algún modelo que esté a la altura de la Razón; todo esto implica un modo de razonamiento geométrico capaz de garantizar la certeza y pureza del modelo.

La insistencia en tomar en cuenta las circunstancias del pensamiento político está en el corazón de este ataque al modo racionalista de pensar en política. La noción de "circunstancia" juega un rol importante en la epistemología conservadora y en su rechazo al razonamiento apriorístico capaz de determinar nuestra respuesta ante temas y problemas políticos específicos. Burke sostiene:

> "Las circunstancias son infinitas, están infinitamente combinadas, son variables y transitorias; quien no las toma en cuenta no sólo está equivocado, sino también rematadamente loco —*dat operam ut cum ratione in saniat*—, está metafísicamente loco. Un hombre de Estado, sin perder nunca de vista los principios, debe guiarse por las circunstancias; juzgar contrariamente a las exigencias del momento puede llevar a la ruina definitiva a su país."[3]

Es importante subrayar que Burke no afirma que haya que abandonar los principios, sino que enfatiza la importancia de tomar en cuenta a las circunstancias:

[2] Oakeshott, Michael, *Rationalism in Politics*, Londres, Methuen, 1962, p. 11.
[3] Burke, Edmund, *The Works and...*, *op. cit.*, p. 101.

"Las circunstancias (que pasan por no ser nada para algunos caballeros) dan en realidad a cada principio político su color distintivo y su efecto peculiar. Las circunstancias son las que hacen que cada esquema civil y político se vuelva benéfico o nocivo para el género humano." [4]

Siguiendo a Burke, los conservadores sostienen que el pensamiento político debe llegar a un acuerdo con las situaciones existenciales específicas que los hombres enfrentan.

El conservadorismo sostiene que la naturaleza circunstancial del mundo político es tal que la mentalidad racionalista nunca puede arribar a un acuerdo exitoso con dicha circunstancia ni tampoco comprenderla. Como las circunstancias cambian, no pueden conocerse de antemano; el conservador duda por lo tanto de la aplicabilidad del modo de razonamiento apriorístico, propio del racionalista, cuando hay que resolver estrategias de reforma política. Todo el énfasis puesto en la importancia de considerar las circunstancias al pensar los problemas políticos específicos, da a su pensamiento político un fuerte matiz empírico. El conservadorismo valoriza, en tal sentido, el método inductivo de abordar problemas.

Las inclinaciones empíricas del conservador influyen considerablemente sobre su concepción del bien en política. Como hemos visto en la discusión sobre la naturaleza humana, el conservador se interesa por las cuestiones generales acerca de la naturaleza buena de la sociedad. Pero en el campo de la acción política, la especulación acerca de lo que debe ser no tiene que enceguecer al estadista en lo que hace a las realidades políticas existentes y a los límites de lo que realmente es posible cambiar en el sector político. Aunque el conservador cree que un líder político sensato debe atender a las cuestiones acerca de lo malo y lo bueno en política, considera que tal líder debe actuar en última instancia en el contexto de una sociedad determinada, dentro de un complejo de circunstancias dadas, la mayoría de las cuales no se puede cambiar fácilmente. En esta misma línea, los conservadores se mostraban más bien escépticos frente a las promesas exageradas que hizo Lyndon Johnson en sus programas para la Gran Sociedad, especialmente para su Guerra Contra la Pobreza. Asimismo, desde

[4] Burke, Edmund, *Reflections on. . .*, *op. cit.*, p. 6.

este marco es fácil ver por qué los conservadores, cuando se trata de la política exterior norteamericana, se encuentran mucho más cómodos dentro del lenguaje del realismo político, por oposición al idealismo wilsoniano. Se sienten más cómodos con un programa de gobierno que apunte a equilibrar el poderío de la Unión Soviética, que con una medida idealista basada en la buena voluntad y en el optimismo respecto al poderío y a las buenas intenciones de la U.R.S.S. Para comprenderlo basta comparar las políticas exteriores de Reagan y Carter hacia la Unión Soviética. En este contexto se torna más fácil comprender por qué la administración Reagan, poco después de asumir, aclaró que aunque la política exterior norteamericana seguiría teniendo en cuenta los derechos humanos, tendría empero especial cuidado con los aspectos prácticos referidos a lo que realmente ocurre en el mundo y a lo que efectivamente puede llegar a cambiarse.

Francis Canavan, en su excelente estudio sobre el pensamiento político de Burke, enumera una serie de puntos que, acerca de la naturaleza del bien político, tienen considerable respaldo en el pensamiento conservador. Sobre la concepción de Burke del bien político, Canavan escribe:

> "En primer lugar, el bien político es *concreto*. A la razón política no le interesa el bien en su perfección abstracta. El objeto que persigue el pensamiento y el esfuerzo del hombre de Estado es el bien concreto y limitado de la comunidad particular que él debe gobernar, y no el bien del hombre en abstracto." [5]

La concepción conservadora de la naturaleza concreta y limitada del bien público, basada en su percepción del alcance y poder limitados de la razón humana, sirve como una de las principales justificaciones para sus perspectivas antiutópicas y antiracionalistas. El conservador aspira a un bien político condicional, relativizado por lo que las circunstancias permitan. Es un bien que se ajusta a la soledad, y no una abstracción en virtud de la cual habría que poner la sociedad cabeza abajo.

La insistencia conservadora en la naturaleza concreta del bien político y en la importancia de abordar, en el pen-

[5] Canavan, Francis P., *The Political Reason of Edmund Burke*, Durham, N. C., Imprenta de la Universidad de Duke, 1960, p. 8.

samiento político, a las circunstancias inmediatas, conduce también a su perspectiva antirevolucionaria y al rechazo del estilo de especulación y pensamiento requeridos por la teorización revolucionaria. Karl Mannheim lo explica de la siguiente manera:

> "Una de las características más esenciales del estilo de vida y pensamiento conservadores parece ser el modo en que se confía en lo inmediato, lo actual, lo *concreto*. De allí resulta un sentimiento bastante nuevo, muy definido, hacia lo *concreto*, que se refleja en el uso moderno que se da al término, cargándolo de implicaciones antirevolucionarias. Ahora, experimentar y pensar "concretamente" significa querer restringir el rango de las actividades a los contornos inmediatos, abjurando estrictamente de todo lo que pueda tener sabor a especulación o hipótesis." [6]

Este modo de pensar lleva a desconfiar de la índole de pensamiento orientado a las causas generales y a la formulación sobre el modo de reorganizar la sociedad, tan fundamental para el pensamiento revolucionario.

Todas estas consideraciones llevan a los conservadores a ser agudos observadores de los problemas de la relación entre teoría y práctica en el pensamiento político. El conservadorismo, si bien no descarta el valor e importancia del razonamiento teórico, insiste en que el pensamiento político debe prestar atención al razonamiento práctico. Como señala Canavan al referirse a la posición de Burke con respecto a la relación entre teoría y práctica:

> "Para concluir, repitamos que el tema principal de los escritos políticos de Burke, cuando se refieren a la relación entre teoría y práctica, no apunta al cuestionamiento de la necesidad o validez de la teoría, sino más bien a destacar su insuficiencia como guía para la práctica. Burke afirma que la razón especulativa no puede suministrar respuestas completas a las cuestiones prácticas. Puede, en cambio, dar premisas y principios, pero éstos deben aplicarse en la práctica mediante un tipo de razonamiento que tome en cuenta el elemento de con-

[6] Mannheim, Karl, *From Karl...*, *op. cit.*, pp. 160-161.

tingencia y variabilidad propio de esta última. En consecuencia, Burke insiste en que la práctica debe modificar y corregir la teoría; de ahí el énfasis puesto en las consecuencias prácticas como criterio de la especulación teórica."[7]

Siguiendo a Burke, el conservadorismo sostiene que la teoría y la práctica deben interactuar en el pensamiento político válido.

Para el conservadorismo, la prudencia es la herramienta clave de la razón humana para abordar los problemas de la relación entre teoría y práctica. Se supone que la prudencia es la guía con la cual el líder político mediatiza los principios generales echando mano a consideraciones prácticas que le permitan abordar las consideraciones específicas del momento. Asimismo, es importante destacar que no existen reglas apriorísticas rigurosas sobre el modo de operar con prudencia. Pero si se brindara a esta última el lugar adecuado, mantendría bajo control la influencia de lo que Burke llama "especulación abstracta". Justamente aquí pueden hallarse las contribuciones más importantes de Burke al desarrollo del pensamiento conservador y la teoría política en general. Como señala Leo Strauss:

> "En oposición a la intromisión del espíritu especulativo o teórico en el campo de la práctica o de la política, puede afirmarse que Burke restaura la visión más antigua según la cual la teoría no puede ser la única guía, la teoría no se basta a sí misma, en relación con la práctica. Puede decirse que vuelve especialmente a Aristóteles, pero hay que agregar que nadie, hasta Burke, ha puesto tanto énfasis y fuerza en este tema. Podríamos incluso afirmar que, desde el punto de vista de la filosofía política, los acentos que pone en el problema de la teoría y la práctica son la parte más importante de su trabajo. Sobre estas cuestiones habla con más énfasis y vigor que el propio Aristóteles, pues tiene que luchar contra una nueva forma, más poderosa, de «especulacionismo», con el doctrinarismo político de origen filosófico."[8]

[7] Canavan, Francis P., *The Political Reason...*, *op. cit.*, p. 50.
[8] Strauss, Leo, *Natural Right and History*, Chicago, Imprenta de la Universidad de Chicago, 1953, pp. 302-303.

Uno de los temas básicos de la concepción conservadora del rol de la razón en la política es precisamente la exigencia de incluir en el pensamiento político la peculiar relación entre teoría y práctica, con la consiguiente complementación y corrección entre ambas.

Siempre que se trata de abordar problemas políticos específicos, la palabra clave del conservador es "prudencia". Los conservadores subrayan constantemente su creencia en ella. El desafío de desarrollar la relación adecuada entre teoría y práctica constituirá el interés contenido en el capítulo seis. En él nos preguntaremos si el conservadorismo moderno, en su política, ha sostenido sus propios principios y resuelto satisfactoriamente la relación entre los razonamientos teóricos y prácticos. Se trata, realmente, de un problema crucial para el pensamiento conservador. Los principios epistemológicos conservadores sobre el rol de la razón en el pensamiento político insisten en la necesidad de revisar constantemente a la "especulación abstracta" y de armonizar, mediante la prudencia, las obligaciones teóricas y las consideraciones prácticas. Pero puede ocurrir que al usar los principios conservadores acerca de la razón y de la naturaleza del mundo, persista siempre una tensión fundamental entre teoría y práctica, al punto que la tarea de la prudencia sea mucho más difícil de lo que se podría creer. Como veremos en el capítulo seis, uno de los peligros básicos que amenazan al pensamiento conservador es el de la discrepancia entre su pensamiento teórico y su pensamiento práctico con la consiguiente posibilidad de violar los principios epistemológicos sobre el uso apropiado de la razón en política.

El cuestionamiento conservador al modo de pensamiento racionalista en política va mucho más allá de la crítica a la pretensión racionalista de reconstruir el mundo con la razón y según representaciones ideales. Su rechazo a la concepción racionalista de la razón humana incluye también la defensa del "prejuicio", la costumbre, la tradición y la autoridad contra quienes creen que la razón debe desecharlos en su búsqueda de la verdad y en su orientación de la vida de hombres y sociedades.

Aquí juega Burke, una vez más, un papel importante en la historia del pensamiento conservador. Pues ataca las visiones iluminista y racionalista según las cuales los hombres deberían ordenar sus vidas de acuerdo a la razón pura y no tomar en cuenta las costumbres, la tradición y la au-

toridad heredadas. Su defensa de las costumbres, la tradición y la autoridad ocupa un lugar central en la visión conservadora del alcance y las limitaciones de la razón humana. Al hacer su famosa defensa del "prejuicio" Burke afirma:

> "Como usted puede ver, en esta época iluminada, tengo la osadía de confesar que generalmente somos hombres que no aprendieron sus sentimientos, que en lugar de abandonar todos nuestros viejos prejuicios, los fomentamos considerablemente y, para avergonzarnos todavía más de nosotros mismos, lo hacemos justamente porque son nuestros prejuicios; y cuanto más han durado, cuanto más generalizada haya sido su influencia, más los fomentamos. Tememos librar al hombre, en su vida y en sus ocupaciones, a su reserva privada de razón porque sospechamos que, en cada hombre, es muy escasa y por lo tanto es mejor que usen el capital general atesorado por las naciones y las edades." [9]

Los "prejuicios" que Burke tiene en mente son las creencias y los hábitos transmitidos por la costumbre, la tradición y la religión. No son los sentimientos irracionales o las imaginaciones inspiradas, sino creencias y prácticas establecidas desde largo tiempo atrás, que han demostrado ser considerables por encima del tiempo y que han sido probadas por la historia e incorporadas a la tradición. Para Burke el "prejuicio" no tenía la significación actual. Como señala Dante Germino:

> "Burke no emplea el término «prejuicio» del modo enteramente peyorativo que hoy posee, como cuando hablamos de prejuicios raciales o religiosos. Para él la palabra expresa más bien una inclinación establecida o un hábito mental que incita al individuo a responder de un modo predecible y saludable a una situación dada, sin tomarse la molestia de indagar las razones que lo mueven a ello. Para Burke el prejuicio es un hábito virtuoso; de todos los prejuicios de una sociedad libre y racional (pues creía que el prejuicio era compatible

[9] Burke, Edmund, *Reflections on...*, p. 50.

con la razón) la religión era «el gran prejuicio que mantiene unidos a todos los demás»."[10]

El conservador sostiene que el "prejuicio" puede servir a menudo como una base útil y razonable para la acción humana, pues sería imposible vivir de acuerdo a los dictados de la razón pura.

Sostiene que la razón humana se encuentra tan limitada cuando intenta absorber las complejidades de la vida que el hombre debe recurrir con frecuencia al "prejuicio", a la costumbre, a la tradición y a la autoridad para ordenar su vida. Argumenta que es imposible para el hombre vivir según los dictámenes racionalistas de la razón pura, para la cual la verdad de las creencias y los actos debe deducirse lógicamente sin recurrir a afirmación no verificada. Si cada persona tuviera que justificar lógicamente cada creencia y acción se vería paralizada por una regresión infinita de análisis y demostraciones que nunca le permitirían llegar a actuar. El conservador cree que las tradiciones y costumbres saludables posibilitan la acción responsable, al proporcionar al individuo una suerte de ámbito moral. El pensamiento y la acción de cada individuo y de cada generación debe basarse en las experiencias de los otros y construirse a partir de ellas. Esto implica aceptar ciertas cosas apoyándose en la autoridad de aquellos cuyas experiencias y éxitos previos merecen nuestra confianza.

El conservador no pone énfasis en el prejuicio, la costumbre, la tradición y la autoridad para glorificar lo irracional. No señala las limitaciones de la razón para establecer algún culto popular irracional (tendencia que puede hallarse en el pensamiento fascista), sino que lo hace porque cree que el reconocimiento de las limitaciones del modo de razonamiento racionalista es un modo "razonable" de aproximarse a la vida. No ve al prejuicio, la costumbre, la tradición como irracionales, sino como modos útiles de vivir y de conocer que trascienden los cálculos lógicos ordinarios. Son medios para comprender la experiencia de los otros y, aprendiendo de ella, ampliar el conocimiento y las capacidades de cada uno. Representan, sencillamente, otros modos de saber cómo actuar que van más allá de lo que una sociedad de individuos autónomos podría demostrar mediante el análisis lógico, como ocurre con las buenas

[10] Germino, Dante, *Modern Western...*, *op. cit.*, p. 225.

maneras y el comportamiento civilizado. Dichos modos de saber, que no están impartidos por el análisis abstracto si no adquiridos a través del prejuicio, la costumbre, la tradición y la autoridad, proporcionan los medios para perpetrar la vida de una comunidad civilizada.

Al tratar el uso de la razón y la defensa de la tradición ensayados por Burke, Germino señala que se vinculan en gran medida a la justificación que hace el conservadorismo de la tradición como fuente de verdad para el razonamiento político:

> "Detectamos en Burke un importante anticipo de la distinción que hace Hegel entre *Verstand* (entendimiento) y *Vernunft* (razón). Para Burke la razón no es el ejercicio mecánico, sofístico y apriorístico; no es abstracto sino profundamente empírico, y lleva a cuestas la tarea de descubrir las conexiones recónditas de las cosas, bajo la película de la mera apariencia. En su auténtico sentido, la razón no es lo contrario de la intuición sino su iluminación autoconsciente. En principio, no es hostil a lo tradicional y venerable, sino que más bien la racionalidad última de las instituciones y prácticas de larga data la ejemplifican con creces. Como Hegel, Burke pensó que la razón se revela a sí misma en la historia, aunque no todo en la historia sucede de acuerdo a la ley de la razón." [11]

Teniendo en cuenta el rechazo que el conservadorismo contemporáneo manifiesta hacia el historicismo, sería peligroso exagerar demasiado el terreno común existente entre la defensa conservadora de la tradición y la observación hecha por Germino acerca de la filosofía hegeliana. Con todo, lo que sí comparten el conservadorismo y Hegel es la creencia de que lo tradicional puede ser también bastante razonable. No necesitamos hacer hipótesis sobre la marcha de la razón en la historia, como hizo Hegel, para comprender qué tratan de señalar los conservadores cuando defienden la tradición como fuente posible de verdad para el pensamiento político.

Lo que temen los conservadores del modo racionalista de pensar la política y la vida en general, es el ataque a la autoridad y la tradición, que son para el conservador mo-

[11] *Ibid.*, p. 215.

dos de pensar y vivir necesarios para llevar una vida que satisfaga al individuo y mantener una sociedad estable.

Con todo, al atacar al racionalismo, el conservadorismo no ataca a todas las formas de razonamiento ni defiende al nihilismo. La defensa conservadora de la tradición y la autoridad se opone más bien a la índole de razonamiento basado en la filosofía cartesiana, que no acepta nada cuya absoluta certeza no pueda demostrarse con anterioridad al juicio racional individual y privado. Como señala Francis Canavan:

> "El prejuicio, en el sentido en que lo alaba Burke, no es irracional. Sin embargo, también tiene un sentido que se opone a la razón, a aquella razón del individualista consumado, al que le preocupan en primer término sus propios derechos e intereses, el que pide evidencias claras y convincentes antes de dar su asentimiento intelectual, el que no reconoce otra ley moral que no sea la de su propia conciencia." [12]

El conservador cree que el énfasis puesto por el liberal en el individuo autónomo y la insistencia del racionalista en el intento de demostrarlo todo se combinan para socavar el sentido de la autoridad y de la tradición, necesarios para una sociedad estable.

Con todo, la concepción liberal de la autonomía individual y el espíritu racionalista son elementos claves de la modernidad. Al atacar al racionalismo cartesiano y a otras formas de pensamiento racionalista el conservadorismo se opone a una de las características básicas del pensamiento moderno; al deseo de racionalizar, explicar y tornar predecibles todos los aspectos de la existencia humana. La razón tiene un rol que desempeñar en la vida humana, como servidora del hombre, pero no como directora o destructora de los vínculos sociales que hacen posible la existencia civil.

El conservador critica tanto la concepción liberal del individuo autónomo como el racionalismo porque ambos, unidos, socavan el tipo de sociedad jerárquica con todos los rituales, hábitos, costumbres y fuentes de autoridad que, según el conservador, hacen posible una sociedad ordenada en la que el individuo pueda comprender el significado de

[12] Canavan, Francis P., *The Political Reason...; op. cit.*, p. 75.

su vida y de su lugar en la sociedad. Como señala León Bramson, la concepción conservadora sostiene:

> "La sociedad en sí misma existe a través del ritual, el culto y la ceremonia; y sin su aspecto sacro no permanecería unida. La jerarquía, la jefatura y la subordinación, un status definido dentro del orden social... todo esto es necesario para la cohesión social. Las creencias y los hábitos pre-racionales, y no la razón, son los fundamentos de la autoridad legítima. Los efectos de la jerarquía y la autoridad no son degradantes para el individuo; refuerzan el consenso y lo protegen de sí mismo. Le dan un sentido de lugar en un mundo ordenado. La fuerza y la violencia, no la «irracionalidad» de las instituciones supuestamente pasadas de moda, son las degradantes; ellas son el resultado inevitable de la disolución de los patrones normales de autoridad." [13]

Considerando que el deseo de racionalizar, explicar y volver calculables a todos los aspectos de la vida perjudica a los fundamentos no racionales necesarios para la existencia humana, el conservador culpa al proceso de racionalización subyacente en el avance de la modernidad, por el desorden que manifiesta la sociedad moderna en su conjunto.

Si el liberal ve al racionalismo como una contribución a la libertad y el progreso humanos, el conservador por su parte teme que el uso corrosivo de la razón humana pueda destruir las inhibiciones impuestas socialmente, que refrenan las fuerzas "oscuras" de la naturaleza humana. Klaus Epstein hace esta clara observación en su excelente estudio sobre los orígenes del conservadorismo alemán:

> "Además, los conservadores sostienen que la experiencia acumulativa del hombre con el racionalismo enseña que éste erosiona las bases tradicionales de la conducta civilizada: la religión, los hábitos y la reverencia hacia las costumbres establecidas han desencadenado, sin pretenderlo, los primitivos impulsos

[13] Bramson, Leon, *The Political Context of Sociology*, Princeton N.J., Imprenta de la Universidad de Princeton, 1961, p. 16.

hacia la opulencia, el poder y el placer en una escala sin parangón en la historia. Al combinarse con la búsqueda de metas intrínsecamente utópicas, esta liberación no intencional de los impulsos ha provocado frustración y descontento hacia la subasta que rige al mundo moderno. Aun cuando la modernidad ha consumado grandes cosas, como puede serlo la creación de niveles de vida más elevados, las expectativas características del temperamento moderno han crecido todavía más, con el consiguiente aumento de la insatisfacción. La frustración y el sufrimiento, que siempre han existido, aceptados anteriormente como parte del plan divino orientado a la maduración y regeneración del hombre, resultan ahora inexplicables para el hedonismo impaciente de la modernidad." [14]

El conservador disiente con quienes creen que un desencadenamiento insensato de la razón humana haría a los hombres más libres y más felices.

Critican el modo racionalista de pensamiento principalmente porque atenta contra la fe religiosa. Este pensamiento ha sido muy efectivo para socavar varias fuentes de fe religiosa y particularmente para atacar la idea de autoridad (de la iglesia y los evangelios). El conservadorismo se muestra escéptico ante los reclamos en defensa del juicio privado de los individuos que usan su razón para desechar las doctrinas básicas de la fe religiosa. Cuando comprobamos que para él la autoridad y la tradición son valiosos modos de conocimiento, se nos hace más fácil comprender por qué tantos conservadores apelan a los evangelios y a la iglesia para explicar su fe religiosa.

Pero su crítica al racionalismo y su defensa de la religión implican todavía más; lo que está en juego es la aceptación de la fe como medio para encontrar y conocer algo, aunque sea un poco, acerca de Dios. Y aquí debemos abordar todo un conjunto de experiencias religiosas que sólo revelan su pleno significado a quienes las tienen. Tal aproximación, obviamente, es completamente extraña a los criterios de la verdad pública, objetiva, establecidos por el racionalismo moderno. Con todo, esas experiencias, como

[14] Epstein, Klaus, *The Genesis of German Conservatism*, Princeton, New Jersey, Imprenta de la Universidad de Princeton, 1966, p. 14.

puede verse en las formas heréticas del misticismo, llegan a plantear problemas, al desafiar las creencias y prácticas religiosas tradicionales. El racionalista moderno, por su parte, sencillamente no puede aceptar las experiencias de la fe como justificación para la creencia en Dios; y considera que son demasiado variadas y demasiado contradictorias, como lo atestigua la discordia entre las sectas religiosas que compiten entre sí. El conservador, sin embargo, quiere aceptar tales experiencias, especialmente cuando están moderadas por una tradición y una autoridad religiosa de larga data.

Al explicar las diferencias entre las visiones del mundo del conservadorismo y del liberalismo es importante recordar la deuda que este último guarda con el racionalismo. Los liberales han atacado la adhesión de los conservadores al prejuicio, a la costumbre, a la tradición, a la autoridad y a la fe, y lo han hecho en nombre de la razón. La diferencia entre las visiones liberal y conservadora de la razón y de la autoridad se manifiesta al comparar lo que Immanuel Kant y C. S. Lewis afirman, respectivamente, sobre el pensamiento iluminista y la autoridad. Hablando en defensa del racionalismo iluminista, Kant escribe:

> "El Iluminismo es la liberación del hombre de la tutela que él mismo se había impuesto. Tutela que consiste en la incapacidad del hombre para hacer uso de su entendimiento sin la guía de otros. Tutela autoimpuesta, cuando no se origina en la carencia de la razón sino en la falta de coraje y resolución para usarla sin la dirección de otros. *Sapere aude* («Ten coraje para usar la propia razón») tal el lema del Iluminismo." [15]

C. S. Lewis, defendiendo la autoridad, escribe:

> "No se asuste ante la palabra autoridad. Creer cosas en base a la autoridad sólo significa creerlas porque se las ha contado alguien en quien usted confía. El noventa y nueve por ciento de las cosas que usted cree son creídas en base a la autoridad. Creo que existe un lugar como Nueva York; nunca lo he visto por mí mis-

[15] Kant, Immanuel, "What is Enlightment?", en *The Liberal Tradition in European Thought*, ed. David Sidorsky, New York, G.P. Putnam's Sons, 1970, p. 65.

mo. No podría probar a través del razonamiento abstracto que debe existir un lugar determinado. Lo creo porque gente digna de confianza me lo ha contado. El hombre común cree en el sistema solar, en los átomos, en la evolución y en la circulación de la sangre en base a la autoridad —porque lo dicen los científicos. Ninguno de nosotros podría demostrarlas mediante la lógica pura como demostraría usted algo en matemática. Lo creemos simplemente porque gente que sí las vio dejó escritos que nos hablan de ellas, es decir, que las creemos en base a la autoridad. Un hombre que rechaza la autoridad en otras cosas como alguna gente la rechaza en materia religiosa, deberá conformarse con no saber nunca nada." [16]

Kant no sólo habla en defensa de la razón humana, sino que expresa la fe en la idea racionalista y liberal de la autonomía individual. Lewis cuestiona la idea de dicha autonomía y defiende la idea de la autoridad, tanto en religión como en la vida cotidiana.

Los conservadores sostienen que la razón, por sí misma, no basta cuando se trata de influir a los hombres para que se comporten de un modo moralmente responsable; el hábito y la costumbre son indispensables para que exista un comportamiento humano decente. Lewis afirma:

"Vamos a suponer por un momento que las virtudes más severas pueden realmente justificarse teóricamente sin recurrir a un valor objetivo. Sigue, con todo, siendo cierto que ninguna justificación de la virtud capacitaría a un hombre para ser virtuoso. Sin el auxilio de emociones ya entrenadas el intelecto carece de poder contra el organismo animal. He jugado mejor a las cartas con un hombre que era bastante escéptico con respecto a la ética pero que consideraba que «un caballero no hace trampas», que con un filósofo moral irreprochable que se había educado entre tahúres. En la batalla no son los silogismos los que retendrán en su puesto, soportando un bombardeo, a los nervios y a los músculos renuentes." [17]

[16] Lewis, C. S., *Mere...*, *op. cit.*, pp. 63-64.
[17] Lewis, C. S., *The Abolition of Man*, New York, Macmillan Company, 1947, pp. 33-34.

Por eso los conservadores consideran que, dentro de un conjunto saludable de tradiciones morales y religiosas, la educación es más valiosa para el individuo que los libros editados sobre teoría ética.

De todos modos, los conservadores, al rechazar el racionalismo, no desean ser irracionales o no razonables en su respeto por la autoridad y la tradición. Suele cuestionárselos porque sus críticos creen que pretenden imponer tanto la aceptación ciega de toda autoridad y tradición como la defensa de todo prejuicio, rechazando el empleo de la razón para juzgar lo trasmitido desde el pasado. Este cuestionamiento es, sencillamente, injustificado y confunde al conservadorismo con el tradicionalismo ciego y con las formas más totalitarias de autoritarismo. Al defender la autoridad, la costumbre y la tradición, el conservador no abandona la idea de razonabilidad. No considera que una autoridad o tradición sea tan razonable como cualquier otra, ni que todas las tradiciones permanezcan para siempre sin necesidad de someterlas a una reforma prudencial. La autoridad y la tradición son razonables si valen para la vida diaria del individuo. Una tradición, para ser razonable, no necesita estar de acuerdo con las pruebas científicas, sino que debe ofrecer orden, seguridad y sentido a la vida del individuo.

Al aceptar que ciertas tradiciones deberían, de tiempo en tiempo, modificarse y reformarse debido a los cambios históricos y circunstanciales, el conservador se enfrenta a un serio problema: ¿cómo y cuándo puede saberse que cierta tradición necesita una reforma? Para abordar este problema los conservadores se apoyan en la prudencia. Pero la operatividad de la misma afronta el problema de la autoevaluación, la necesidad de saber si sus sugerencias reformistas tendrán una implementación exitosa; con el problema adicional de que una vez que se acepta la necesidad de evaluar y reformar prudentemente a una tradición, queda abierta la posibilidad para que se introduzcan otras críticas, provenientes del racionalismo.

Segunda parte: Las exigencias conservadoras en favor de la razón humana

Aunque gran parte de su producción escrita contiene observaciones sobre las limitaciones de la razón humana, los conservadores plantean algunas exigencias sustanciales en favor de ella. Si bien insisten en la necesidad de razonar con prudencia cuando se intenta resolver problemas políticos específicos, también sostienen que el razonamiento teórico desempeña un papel específico dentro del pensamiento político. Hasta Burke, que habitualmente muestra las inclinaciones empíricas y pragmáticas del pensamiento conservador, argumenta en favor de la importancia de abordar en ciertas oportunidades ideas abstractas, que requieren ciertas construcciones teóricas:

> "No pongo a las ideas abstractas completamente fuera de toda cuestión, pues sé bien que bajo ese nombre también estaría descartando principios, y que sin la luz y la guía de principios sólidos y bien comprendidos todos los razonamientos, tanto en política como en cualquier otra materia, serían sólo una mezcla confusa de hechos y detalles particulares, sin medio de ninguna índole para obtener ningún tipo de conclusiones teóricas o prácticas." [18]

El conservador reconoce que teorizar sobre ideas y principios generales tiene gran importancia; sólo que insiste en que la teoría tenga en cuenta consideraciones prácticas. Pero en realidad, exige mucho a la razón humana cuando sostiene que debe lograr un equilibrio entre ambas, pues da por sentado que la razón humana tiene el alcance y el poder suficiente como para emprender semejante tarea.

En una declaración clave acerca del valor de la teoría, Burke nos revela varias facetas del pensamiento conservador:

[18] Burke, Edmund, "Speech on the Unitarians", en *The Works and...*, *op. cit.*, vol. VI, p. 101.

"No envilezco a la teoría y a la especulación, ya que esto sería envilecer a la razón misma. *Neque decipitur ration, neque decipitur unquam.* No: cuando hablo contra la teoría me refiero siempre a una teoría débil, errónea, falaz, infundada; y una de las maneras de comprobar que una teoría es falsa es comparándola con la práctica. He aquí el criterio de verdad para todas las teorías que contemplan al hombre y sus asuntos: ¿se adapta a la naturaleza humana en general? ¿Se adapta a la naturaleza humana en tanto modificada por sus hábitos?" [19]

Es importante destacar que esta declaración es la defensa que hace Burke del razonamiento teórico dentro del pensamiento político aduciendo consideraciones de naturaleza empírica y de naturaleza metafísica. Antes que nada, habla de juzgar la teoría comparándola con la práctica. Es como si Burke estuviera defendiendo una suerte de empirismo; pero también introduce la exigencia de juzgarlo a la luz de la naturaleza humana, lo que incorpora consideraciones metafísicas dentro de la teorización política. En una frase, Burke se las ingenia para decir que la teoría debe considerar tanto la naturaleza humana modificada por los hábitos (adhiriendo a una tesis empirista) como en general (adhiriendo a una tesis metafísica). El conservadorismo, al sostener que la teoría debe abordar ciertas cuestiones acerca de la esencia y la naturaleza del hombre, empuja a su epistemología a admitir la posibilidad de que la razón humana tenga la capacidad de dedicarse a estos análisis metafísicos. Al admitir la posibilidad de la metafísica, los conservadores están concediendo a la razón poderes mucho mayores que los concedidos por otros pensadores.

Quizás esta confianza que muestran hacia los poderes de la razón humana esté fundada en su disposición a tomar seriamente la teoría de la ley natural. La mayoría de los conservadores están comprometidos con alguna postura que incluye la ley natural y defienden la existencia, en los seres humanos, de una naturaleza común a todos; cuya forma más genuina se expresa en un ordenamiento moral accesible al razonamiento humano, a través de la consideración de la condición humana y de las acciones a ella

[19] Burke, Edmund, "Speech on Reform of Representation", en *The Works and...*, *op. cit.*, vol. VI, pp. 131-132.

vinculadas. Aunque los conservadores atacan siempre lo que consideran un racionalismo político, están de algún modo comprometidos con cierta forma de racionalismo, pese a su peculiaridad distintiva, centrada en la visión del universo como un todo. Como señala Francis Canavan:

> "En cierto sentido, se puede considerar a Burke un racionalista político. Básicamente, creía en un orden universal inteligible, producto de la inteligencia divina y de la norma que regula a la razón humana en política. Todo su pensamiento político se movía dentro de la trama de un universo moral y racional. Esta trama constituía lo que hemos denominado los fundamentos metafísicos de su teoría del Estado y la sociedad." [20]

La visión conservadora de la ley natural —que desarrollamos con mayor detalle en el capítulo 4— plantea considerables demandas a la razón humana; por eso la epistemología conservadora se ve llevada a proclamar que la mente humana puede, a través de alguna forma de intuición ética o de razonamiento moral, llegar a conocer ciertas verdades morales sobre las obligaciones naturales del hombre dentro del orden universal.

Asimismo, al examinar la orientación religiosa del pensamiento conservador se descubre otra área en la que los conservadores efectúan considerables demandas a la razón humana. El conservadorismo adopta un principio cosmológico, que sostiene la presencia de un orden divino que da cohesión al universo y que se erige como fuente de toda existencia. En ese contexto, se afirma que la razón política práctica debe basarse en el reconocimiento del principio cosmológico. Por lo tanto, pese a las tendencias empíricas y pragmáticas, al abordar problemas políticos específicos, existen, subyacentes al pensamiento político conservador, ciertas concepciones metafísicas acerca de Dios, la naturaleza humana y la ley natural.

La perfecta adecuación al orden del ser, que para el conservador significa llegar a conocer ciertas verdades sobre Dios, el hombre y el universo, así como sobre la naturaleza del mundo político, demanda una gran exigencia a la razón humana.

[20] Canavan, Francis P., "Edmund Burke's Conception of the Role of Reason in Politics", en *The Journal of Politics,* vol. XXI, Nº 21, diciembre de 1959, pp. 75-76.

Los conservadores se ven obligados a poner en juego una fe considerable hacia alguna forma de razonamiento metafísico que sirva como justificación de otras importantes creencias suyas. Pero dicha justificación tiene un carácter demasiado vago, que termina por hacer dudar de muchas exigencias acerca de Dios, la naturaleza humana y la moralidad. Una de las críticas fundamentales se vincula a la falta, hasta ahora, de un pensador conservador de tal envergadura, profundidad y claridad que sea capaz de aclarar el procedimiento por el cual sus exigencias metafísicas básicas son confirmadas como verdaderas. Podrían encontrarse varios pensadores que desempeñan bien la tarea de elaborar las creencias conservadoras básicas o la demostración de la utilidad e importancia de las mismas, pero se espera todavía la aparición de uno que explique claramente los medios por los cuales puede llegar a saberse que tales creencias son verdaderas. De hecho, los conservadores no siempre coinciden entre sí en lo que hace a la justificación de esas verdades. Para algunos la justificación última se da a través de la fe, para otros a través de la autoridad de los evangelios y de la iglesia, y, por fin, los hay que sugieren que tal función es cumplida por la tradición y la costumbre o que argumentan en favor de la metafísica de la ley natural. Lo que en todos los casos necesitan es suministrar una explicación más detallada de sus modos de conocimiento.

Tercera parte:
Las tensiones frente a la epistemología conservadora

Luego de ver los límites que los conservadores imponen a la razón humana y las reivindicaciones que hacen de ella, resulta evidente la presencia de una cantidad de tensiones dentro de su epistemología, creadas por los distintos temas que se enfatizan en ella. El centro del problema reside en el fuerte énfasis puesto en el pensamiento prudencial, que atiende a las circunstancias específicas, dando al conservadorismo un fuerte matiz empírico mientras que su orientación filosófica y religiosa, muestra fuertes rasgos intuitivos, metafísicos y hasta racionalistas, que conducen a una orientación epistemológica muy diferente. El conservadorismo parece limitar los poderes de la razón humana por su crítica al

modo de pensamiento racionalista y por su rechazo al pensamiento político utópico; pero hace considerables reclamos en favor de la razón cuando se aplica a la defensa de la metafísica, de la religión y de la teoría de la ley natural. Los temas polémicos del pensamiento conservador —que enfatizan por un lado el pensamiento empírico, y por otro los modos de pensamiento teórico, intuitivo y metafísico— tornan a la epistemología conservadora inclasificable a partir de categorías tales como el empirismo, el racionalismo u otras. Dicha epistemología desprecia la clasificación; incluye algo de cada cosa y niega las exigencias exclusivas de cada forma de conocimiento. Al contener elementos tan diversos, el conservadorismo se hace objeto de varias críticas que amenazan su consistencia y coherencia internas.

Algunas críticas transitan las siguientes líneas. En el pensamiento político, los conservadores atacan siempre el espíritu de especulación abstracta, el modo racionalista del pensamiento político y la especulación utópica, y tratan de reducir el pensamiento político a un sistema de construcción metafísica. Pero al mismo tiempo, el conservadorismo permite creencias derivadas de la intuición, del pensamiento metafísico, de las creencias religiosas y de la teoría de la ley natural, en el intento por ejemplificar sus afirmaciones en materia política. A pesar de sus exigencias y sus críticas hacia otros modos de pensamiento político, el conservadorismo sucumbe ante el racionalismo político (al abordar la teoría de la ley natural) y ante la especulación abstracta (al tratar temas metafísicos y principios religiosos). Se rechaza al conservadorismo a causa de su pretensión superficial que lo hace prestar atención a las circunstancias empíricas y, a la vez, lo compromete con formas de pensamiento que no son válidas desde el punto de vista del conocimiento científico. El conservadorismo rechaza los modos de pensamiento que tratan de desarrollar modelos ideales de algún orden perfecto para armar, a partir de ellos, el mundo político; pero cae en lo mismo cuando emplea nociones como la de ley natural o la de un orden trascendental del ser al que los hombres deben ajustarse en su vida cotidiana. Pese a todo su discurso sobre la necesidad de tomar en cuenta las circunstancias, el conservadorismo es, en realidad, otra forma de especulación abstracta en política y sólo representa otra forma de construcción metafísica.

El conservadorismo responde de dos maneras al ataque anterior. Algunas críticas, sencillamente yerran el tiro, al malinterpretar la posición conservadora; otras detectan áreas últimas de desacuerdo donde los puntos son tan fundamentales que no se puede hacer mucho más que precisar la naturaleza del desacuerdo, sin llegar a proponer modos de resolverlo.

El conservador rechazaría el cargo de que, simplemente por aceptar modos de pensamiento racionales y metafísicos, considerándolos importantes incurre en el racionalismo político, en la especulación abstracta y en el pensamiento utópico que pretenden transformar el mundo político a partir de un modelo ideal descubierto gracias al pensamiento metafísico. Que alguien considere válidas las concepciones y el pensamiento metafísico, no quiere decir que se comprometa con el tipo de construcción metafísica que caracterizaría a un Spinoza. El pensamiento acerca de la ley natural que se da en el conservadorismo difiere del modo de pensamiento racionalista caracterizado por Oakeshott y otros conservadores. La concepción de un orden trascendental al que los individuos deben ajustar sus vidas no pretende proponer un modelo o representación que habría que imponer por la fuerza a una sociedad recalcitrante. La ley natural no es un ideal al que conviene adaptar toda existencia, sino que se basa en la naturaleza real de los seres humanos que obedecen a ella, tal como se lo puede experimentar en los requerimientos y las consecuencias de la vida humana. El compromiso con las circunstancias no es superficial, precisamente porque toma en cuenta los principios metafísicos.

El conjunto de objeciones más importantes a la epistemología conservadora se refiere a las cuestiones básicas relacionadas con la validez de los modos de conocimiento metafísico y racional, y de la teoría de la ley natural. Aquí el conservadorismo está en la misma posición que la filosofía política clásica en relación con la epistemología positivista. Desde el punto de vista de los criterios positivistas tanto el conservadorismo como la filosofía política clásica incorporan ciertas pretensiones de verdad que no pueden demostrarse. No es casual que tantos conservadores defiendan a la filosofía política clásica y cuestionen el positivismo. Las diferencias entre la epistemología conservadora y el positivismo son de naturaleza más fundamental, ya que reflejan modos muy distintos de ver y conocer el

mundo. Para justificar algunos principios religiosos y morales el conservador debe recurrir a la fe, a la *noesis* o a algún conocimiento metafísico. El positivismo, en cambio, rechaza dichos modos de conocimiento en su intento por describir el hombre y su lugar en el mundo. Las diferencias entre ambos son tan grandes que hay muy poco diálogo entre ellos. Cada concepción ataca a la otra y se defiende de las críticas apelando a sus propios principios y disposiciones.

Pero otra crítica señala que la epistemología conservadora, además de vaga, resulta inconsistente e incoherente. Los que siguen esta línea exigen mayor coherencia y orden sistemático a un cuerpo de pensamiento. Por un lado, los conservadores hablan de circunstancias y de razonamiento político práctico, por el otro de principios abstractos. Atacan el sistema de construcción metafísica y se dedican a hacer consideraciones metafísicas. El conservadorismo no falla cuando trata de adoptar un modelo de pensamiento; carece simplemente de él.

Hay una respuesta para esta crítica. El conservadorismo admite que no tiene un modelo epistemológico básico. No intenta instituir un modo de conocimiento único. Por lo tanto, su epistemología es pluralista, acepta varios modos diferentes de conocer. No hay una fórmula tajante que guíe al individuo en todo su pensamiento y que sirva como modelo para todo conocimiento verdadero.

Pero entonces el problema es cómo saber cuando emplear los distintos modos de conocimiento. Una de las respuestas aconseja apoyarse en la naturaleza del asunto que se investiga, para decidir qué modo de conocimiento usar. Pero sólo se trata de una respuesta incompleta y parcial. El conservadorismo sostiene que en la mayoría de las cuestiones —especialmente en política— debe afrontarse una multitud de asuntos distintos; no hay una solución apriorística, sólo se afirma que deberían emplearse modos de conocimiento distintos, pero no se dice cuál debería dominar y cómo clasificarlos. Como consecuencia de ello, muchos consideran incoherente al pensamiento conservador.

Consideremos, por ejemplo, la política externa que los EE.UU. deberían adoptar con la Unión Soviética. Teóricamente, los conservadores son decididamente anticomunistas. Creen que la Unión Soviética se opone a sus concepciones y valores más importantes. En este nivel de análisis se

condena al sistema soviético como la mayor fuerza maligna del mundo. Las consideraciones metafísicas y éticas acerca del lugar de la Unión Soviética en la historia contemporánea sugerirían entonces una política exterior basada en una fuerte hostilidad hacia el régimen soviético.

Sin embargo, dado el considerable poder militar soviético, las consideraciones prácticas sugieren a los conservadores que una política de restricción del peligro y la influencia soviéticos es superior al intento mucho más riesgoso de destruir a la Unión Soviética con la fuerza militar. Por lo tanto, los programas conservadores de política exterior deben basarse en varios modos de pensamiento: la indagación de la sustancia del comunismo soviético, el análisis empírico del poderío militar soviético y norteamericano, la evaluación práctica de los cursos de acción alternativos. Los conservadores deben rechazar tanto una aproximación puramente teórica que fundamentaría la política exterior sólo sobre los derechos humanos, como una política de *detente* que ignoraría los principios.

La naturaleza pluralista de la epistemología conservadora da lugar a una gran diversidad y ayuda a explicar muchas de las diferencias que se plantean entre los pensadores conservadores tomados individualmente. Algunos conservadores concentran su atención en el pensamiento político práctico, y otros en el conocimiento de ciertas verdades religiosas y metafísicas. De todos modos, si bien pueden diferir en los énfasis, ninguno llega a ser un monista epistemológico que insista en que todas las formas de conocer se basan en una, o que deban desecharse todos los otros modos de conocimiento. Este es, justamente, el aspecto más importante de la concepción conservadora de la razón humana: no hay un modo único de conocimiento aplicable a todos los tipos de verdades que el hombre aspira a alcanzar. El conservador cree que reducir todo el conocimiento a un modelo simple aislaría al individuo de los distintos aspectos de la realidad. Por eso rechaza las exigencias epistemológicas exclusivistas del racionalismo, el empirismo y el positivismo.

En consecuencia, el conservadorismo sostiene una visión multifacética del funcionamiento de la razón humana. Considera que el pensamiento referido a la política, la filosofía y la religión debe emplear la razón en todas sus ricas y variadas formas, y que ninguna forma de conocimiento debe prevalecer sobre las restantes. Así como sos-

tiene que la teoría y la práctica deben interactuar en el pensamiento político de modo que se complementen y aprendan una de la otra, sostiene también que todas sus diferentes formas de conocer (desde el razonamiento metafísico, hasta el pensamiento político y práctico, a través de los modos de conocimiento tradicionales) deben utilizarse de manera tal que se enriquezcan mutuamente y puedan así abordar apropiadamente la naturaleza compleja y diversa de la existencia humana. Por lo tanto, el conservadorismo trata de emplear una epistemología pluralista que haga justicia a todos los aspectos de la experiencia humana, desde su práctica de la religión, su búsqueda de verdades metafísicas y éticas y su vida dentro de costumbres y tradiciones heredadas, hasta su práctica de la política. Tal concepción de la razón humana es, pues, una defensa de la riqueza y la multidimensionalidad de la vida humana. Honra a las experiencias religiosas del hombre, a su inquietud filosófica por las verdades metafísicas, a su búsqueda de un absoluto moral, a su participación en tradiciones transmitidas de una generación a otra y a su ilimitada vida política.

4. La teoría moral y el sistema de valores del conservadorismo

Subyacentes en el pensamiento conservador existen su teoría moral general y su sistema de valores. La primera parte de este capítulo está dedicada al examen de las demandas más importantes de la teoría moral conservadora, en el que daremos especial atención a los problemas internos de dicha teoría y a sus eventuales soluciones. La segunda parte considerará alguna de las ideas y normas fundamentales significativas para su sistema de valores; aquí también tendremos en cuenta las tensiones internas y los problemas que debe afrontar el mencionado sistema.

Primera parte:
La teoría moral conservadora

Si se considera aisladamente el énfasis puesto por los conservadores en la importancia de las circunstancias para el pensamiento moral y político, y el considerable aprecio a las diferentes tradiciones y costumbres de los individuos y las sociedades, fácilmente se dará lugar a conclusiones erróneas. Se puede conjeturar que su teoría moral está basada en alguna forma de relativismo ético, que consideraría al bien y al mal como nociones puramente relativas que varían de acuerdo a la circunstancia, la costumbre y la tradición. Ante todo, si las tradiciones suministran a los hombres guías que les permiten saber cómo actuar, y si tenemos en cuenta que las tradiciones varían considerablemente

de una sociedad a otra, parecería que también debería variar el modo en que los hombres deben conducirse. Es justamente esta clase de relativismo el que estimula el uso periodístico del término "conservador" como un signo para referirse a aquellos que favorecen el *status quo* en su propia sociedad, sea ésta liberal, fascista o comunista.

Pero tal enfoque del conservadorismo no sólo oscurece posiciones básicas, el juntar a líderes políticos de sistemas sociales opuestos, sino que ignora también lo que afirman los conservadores en contra del relativismo moral. Tal interpretación de su teoría moral perdería completamente de vista lo que afirman los conservadores acerca de la existencia de cánones morales absolutos y universales, acerca de una suerte de moral objetiva ordenadora del universo. Lo cierto es que a pesar de su referencia a las circunstancias y las tradiciones, los conservadores son muy críticos con respecto al relativismo ético.

Podemos encontrar un ejemplo de ello, famoso, en el cuestionamiento ensayado por Burke a Warren Hastings a raíz de la mala conducta en India; allí se rechaza claramente el relativismo ético y se invoca a una visión moral alternativa. Burke, que aprecia los modos tradicionales de vida, es muy crítico hacia la clase de relativismo ético que se pone en juego cuando una nación justifica sus actos de opresión sobre otras:

> "Nos alzamos contra esta moralidad geográfica; Mr. Hastings no debe ocultarse tras ella... Consideramos necesario, para justificarnos a nosotros mismos, declarar que las leyes de la moralidad son las mismas en todos lados, y que no hay acción que se considere extorsión, especulación, soborno y opresión en Inglaterra y que no sea tal cosa en Europa, Asia, Africa y el resto del mundo. Y no me refiero a la legalidad formal sino que aludo a la sustancia de esas acciones."[1]

En efecto, la circunstancia y la tradición tienen un papel importante en el pensamiento conservador acerca de las cuestiones políticas y morales; pero dicho pensamiento sostiene que por encima del nivel de las circunstancias y las tradiciones existe una moral absoluta ordenadora del universo.

[1] Burke, Edmund, *The Philosophy...*, *op. cit.*, p. 17.

Existe una conexión estrecha entre la teoría moral conservadora y su principio cosmológico. Su creencia en un ámbito de valores objetivo, absoluto y universal, en cánones acerca de lo correcto y lo desviado se funda, en última instancia, en su creencia en Dios y en la existencia de un ámbito de existencia trascendental que sirve como centro ordenador de toda existencia. Y esta última marcha junto a la creencia en una moral objetiva ordenadora del universo.

A raíz de esta creencia en una moral de tal índole, los conservadores sospechan de las teorías políticas y morales que consideran a las voluntades individuales como la fuente última de la obligación política y moral. Esta fuente, para los conservadores, reside más allá de las mencionadas voluntades. Burke cuestiona con vigor la pretensión de sustentar tales obligaciones en la elección personal o la preferencia: "Tenemos obligaciones hacia la humanidad en sentido amplio, que no son consecuencia de ningún pacto voluntario particular. Brotan de las relaciones del hombre con el hombre, y del hombre con Dios, relaciones que no están sujetas a elección."[2] Burke suministra como ejemplo un repertorio de obligaciones que considera válidas pero que no se sustentan en contrato ni elección alguna; se trata de las obligaciones de los padres hacia sus vástagos: "Los padres pueden no consentir con su obligación moral; pero lo hagan o no están atados por una larga serie de deberes coactivos hacia aquellos con los que no han construido ninguna clase de convención."[3]

La teoría moral conservadora, rechazando la voluntad de los hombres como fuente última de autoridad moral, ejerce una poderosa influencia sobre la postura de la teoría política conservadora acerca de los derechos y obligaciones. Como señala Francis Canavan refiriéndose al pensamiento de Burke:

> "Burke rechaza una afirmación habitual en la teoría política de su época, por la cual se considera a las voluntades de los hombres como fuente de toda autoridad. A pesar de que no excluye la participación de la voluntad humana en la fundación de la sociedad

[2] Burke, Edmund, "An Appeal from the New to the Old Whigs", en *The Works and...*, *op. cit.*, vol. IV, p. 460.

[3] *Ibíd.*, pp. 460-461.

civil, niega que tal sea la fuente de la autoridad, retornando a la antigua tesis que derivaba de Dios toda autoridad." [4]

Rechazando a las voluntades humanas como fuente última de la autoridad y la obligación, el conservadorismo se opone al *ethos* liberal que tanto ha caracterizado al pensamiento moderno.

En efecto, la teoría del contrato social reside en el corazón mismo del pensamiento y la teoría política liberal y moderna, referidos a las bases de los deberes y derechos morales y políticos. Mientras hay importantes diferencias entre Hobbes, Locke, Rousseau, Jefferson, Rawls y otros representantes de la teoría del contrato social, hay una afirmación crucial que todos comparten. Del mismo modo que las obligaciones morales derivan de formular y aceptar promesas, las obligaciones y los derechos políticos brotan de la idea de un grupo social al que los hombres, de alguna manera, ingresan. En cada caso, lo correcto deriva de las voluntades, y por tanto de los deseos de los hombres. Las obligaciones y los derechos provienen de los mutuos consentimientos entre los hombres. Asimismo, los consentimientos en cuestión se producen a partir de los intereses y en un intento por satisfacer deseos. Los conservadores, por su parte, no niegan la importancia de hacer promesas, ni pierden de vista el valor de los consentimientos contractuales referidos a la propiedad. Pero, asimismo, adhieren a una teoría política y moral que ubica a los derechos y deberes más allá de las preferencias individuales de los hombres y de los tratos que ensayan en procura de satisfacer sus deseos. Consideran que hay derechos y deberes, morales y políticos, que son válidos sin tener en cuenta los deseos individuales y los arreglos contractuales realizados por individuos autónomos.

En tal sentido, es comprensible el conservadorismo de los críticos del movimiento de liberación femenino, que consideran que la "liberación de la mujer" subraya frecuentemente la realización de deseos individuales en tanto se olvidan las obligaciones hacia los hijos. Los conservadores creen que la satisfacción de tales obligaciones obedece a una raíz moral que está por encima de la realización individual. Obviamente, con la misma lógica, podría criticarse

[4] Canavan, Francis P., *The Political Reason...*, *op. cit.*, p. 126.

a aquellos hombres que, con mayor aceptación social, ignoran a sus mujeres y sus hijos para perseguir sus propios objetivos. Pero en lugar de instar a las mujeres a imitar a los hombres en sus proyectos de autosatisfacción, elucubrados a solas, los conservadores están más dispuestos a criticar a aquellos padres de ambos sexos que ignoran sus obligaciones familiares.

Lo cierto es que en todos estos problemas está involucrado el individualismo egoísta característico de nuestra cultura contemporánea. La teoría liberal del individuo autónomo, al basar los derechos y las obligaciones en la voluntad individual, otorga una defensa intelectual que permite al individuo hacer lo que quiere, sin tener en cuenta las obligaciones familiares. Por eso, de manera creciente, hombres y mujeres fracasan en el cumplimiento de sus deberes y obligaciones matrimoniales, como lo evidencia la tasa de divorcios. Pierden a sus hijos porque los descuidan. Y los hijos abandonan a sus padres al acceder a la mayoría de edad. Mucho de esto ocurre en haras de la autosatisfacción del individuo autónomo. Asimismo, hay que señalar el significado moral y cultural de toda una serie de *best-sellers* escritos por psicólogos que glorifican el "autodesarrollo" y explican al lector agradecido que no hay que experimentar "culpa" alguna por "superar" obligaciones tradicionales y carentes de toda vigencia. En nuestra sociedad se tiende a reconocer obligaciones contractuales. Nuestros populares psicólogos, cuando tematizan el cumplimiento de deberes hacia otros, subrayan que las obligaciones deben recompensar al individuo —hay que "sentirse bien". Prácticamente se ha olvidado el continente de los actos obligatorios, gracias al cultivo de la autosatisfacción.

La manifestación política de todo esto puede hallarse en la tendencia de tantos ciudadanos de reclamar al Estado por la satisfacción de sus necesidades básicas, al tiempo que niegan toda obligación o deber hacia la nación. Los conservadores consideran que se deben ciertas obligaciones ciudadanas al país y que los miembros de las naciones occidentales han llegado a ser demasiado indulgentes y demasiado despreciativos con respecto a sus obligaciones cívicas. La incapacidad que manifiestan los Estados Unidos para atraer personal militar idóneo, capaz de satisfacer todas sus necesidades militares, es sintomática del problema que enfrentan las naciones occidentales, con pueblos que gozan

de la legalidad de sus derechos pero que han abandonado sus nociones más antiguas de obligación.

El conservadorismo representa una concepción del mundo político y moral que sugiere que tanto los deberes como los derechos derivan de leyes naturales más allá de las preferencias individuales y de los arreglos contractuales. Para él la fuente última de toda moral válida y de toda autoridad política hay que buscarla en un reino de valores morales absolutos. Está muy comprometido con la tradición naturalista en teoría política, pero su creencia general en la validez de la posición ius-naturalista en filosofía política conduce a su teoría moral a ciertas dificultades. Las mismas se relacionan con las exigencias conflictivas y las implicaciones de los temas ius-naturalistas del pensamiento moral conservador por un lado, que implican un universalismo y absolutismo ético, y la temática tradicionalista, con la preocupación por las circunstancias, propia del pensamiento moral conservador por el otro, que implica cierto relativismo ético. Este conflicto crucial desafía la consistencia y coherencia internas de la teoría moral conservadora.

Los aspectos tradicionales y circunstanciales del pensamiento moral conservador implican que la circunstancia, las costumbres y las tradiciones tienen especial gravitación en la determinación de lo correcto y lo erróneo en culturas y situaciones diversas. Con frecuencia, los conservadores defienden a la tradición como fuente de la verdad moral y política para el individuo. Pero todo esto puede a menudo oponerse a los temas vinculados a la ley natural tal como aparecen en el pensamiento moral conservador. Leo Strauss, al referirse al punto de partida de la teoría de la ley natural, señala el conflicto entre ambos temas: "Si los principios se encuentran suficientemente justificados por el hecho de ser aceptados por una sociedad, los principios del canibalismo son tan defendibles o correctos como los de la vida civilizada." [5] El conservador desea mantener la importancia de la tradición como una fuente posible para el pensamiento político y moral válidos, al mismo tiempo que niega que un principio como el del canibalismo sea tan válido como las tradiciones que pueden encontrarse en otras sociedades.

[5] Strauss, Leo, *Natural Right...*, *op. cit.*, p. 3.

Lo que existe aquí es un conflicto entre dos modos diferentes de pensamiento sobre la moralidad y la política. Bajo la tensión interna que puede hallarse en la teoría moral conservadora se encuentra un conflicto propio de la epistemología conservadora. El enfoque de la ley naturalista es especulativo, abstracto, racionalista y metafísico por naturaleza, mientras que el modo de pensamiento tradicionalista es por naturaleza circunstancial y empírico. Los dos estilos de pensamiento son conflictivos. Como señala Leo Strauss:

> "Los fundadores de la escuela histórica parecieron comprender, en parte, que la aceptación de cualquier principio abstracto o universal tiene necesariamente un efecto de carácter revolucionario, desordenador, inestable en cuanto se compromete el pensamiento y que dicho efecto es por completo independiente de que el principio en cuestión sancione, para decirlo rápidamente, un curso de acción conservador o revolucionario. Pues el reconocimiento de principios universales fuerza al hombre a juzgar el orden establecido, lo que es efectivo aquí y ahora, a la luz del orden natural o racional; y eso, efectivo aquí y ahora, es insuficiente desde la perspectiva de la norma universal e inamovible." [6]

Si la teoría moral conservadora está llamada a tener sentido, debe mostrar cómo pueden reconciliarse los temas internos conflictivos.

Generalmente se ha intentado resolver el problema de la reconciliación de los temas que difieren entre sí, siguiendo tres líneas diversas de pensamiento. Primero, existe lo que podríamos denominar una aproximación presuntiva al problema. Algunos conservadores, que hablan de un patrón de valores absoluto y emplean por lo tanto alguna forma de razonamiento ligado a la ley natural, operan sobre la base de una presunción en favor de la tradición, las instituciones establecidas, las costumbres y las relaciones morales. Esta presunción, usada por los conservadores desde Edmund Burke hasta Russell Kirk, constituye el corazón de la posición tradicionalista. Para quienes adhieren a la misma, la mencionada presunción sirve como guía

[6] *Ibíd.*, p. 13.

para descubrir junto a qué normas y prácticas deben los hombres vivir su vida. Se considera que las prácticas tradicionales están muy próximas a la ley natural. Estos conservadores afirman que las prácticas tradicionales deben considerarse correctas hasta que se pruebe que son directamente contradictorias con algún principio moral universal. Hasta que se pruebe tal cosa, se presumirá que dichas prácticas están validadas por el curso de la historia, por "resistir la prueba del tiempo".

Ciertamente, para este enfoque la mejor manera de descubrir el contenido de la ley natural es examinar detenidamente la tradición, que representa las experiencias y aprendizaje de las generaciones anteriores que los hombres indagaron para encontrar los patrones a partir de los cuales ordenar sus vidas. Aquí, las tradiciones éticas fundadas en el mundo de las religiones superiores llega a ser de crucial importancia cuando los conservadores intentan describir el contenido de la ley natural.

Por desgracia para el enfoque presuntivo, esta solución para el problema de la reconciliación de los temas enfrentados sólo puede ser válida bajo condiciones ideales. Sería el caso de cierto repertorio de tradiciones que estuvieran muy próximas a los patrones de moralidad universal y absoluta. Si no hay tal proximidad entre ambos, la presunción sobre su correlación sería una afirmación errónea, moral y políticamente desastrosa, que no haría más que reforzar prácticas e instituciones degeneradas. Podríamos por ejemplo pensar qué absurdo sería que un conservador afirmara que la población rusa debe mantener las prácticas y las instituciones establecidas por la revolución bolchevique. Los conservadores que utilizan el enfoque presuntivo lo consideran válido; basta considerar el estrecho acuerdo —una cuestión, seguramente, de coincidencia sorprendente y buena fortuna— que con frecuencia descubren estos conservadores entre las tradiciones occidentales y los patrones universales de moralidad. El problema es que la presunción inicial de quienes funden la posición tradicionalista y las posiciones vinculadas a la ley natural da por verdaderas aquellas cuestiones discutidas por quienes ponen en duda la relación entre ambas posiciones.

Hasta los que proponen este tipo de solución la consideran inadecuada. La presunción inicial acerca de la validez de la tradición no debe confundirse con la santificación de todas las tradiciones. Tal posición abre la posibilidad de un

hiato entre tradición y ley natural. El intento de reconciliar los temas tradicionalistas con los temas ligados a la ley natural a través del enfoque presuntivo sólo es eficaz cuando puede probarse que la presunción representa la verdad de una sociedad particular. Por lo tanto, sólo proponen este tipo de solución aquellos que se sienten muy felices con las tradiciones inveteradas de su sociedad y estiman que viven en una sociedad que de alguna manera se aproxima a la mejor sociedad posible. Los conservadores que proponen esto deben encontrarse, con respecto a sus propias sociedades, en la misma relación que Burke mantenía con la suya. Deben pues vivir en una sociedad que posea lo que conservadores como lord Hugh Cecil denominan un "conservadorismo natural".

Pero con el avance de la modernidad la clase de sociedad en la que Burke se sentía como en su casa, en la que la presunción de una correlación parcial entre la tradición y las reglas de moralidad universal podía ensayarse de buena fe, se ha fragmentado hace ya bastante tiempo. El advenimiento del orden industrial y del racionalismo moderno, así como el avance de las formas modernas de gnosticismo, concluyen con la jerarquía social, con la sociedad rural, con la vida cultural y con el ethos moral que tanto valoraban los conservadores. El Occidente del siglo XX no ofrece muchas posibilidades al desarrollo del "conservadorismo natural", capaz de llevar a alguien a suponer que la tradición, las instituciones establecidas y las prácticas morales siguen muy de cerca al ordenamiento moral objetivo del universo. Por el contrario, en la actualidad es factible ensayar un cuestionamiento serio de la suposición vigente en la época de Burke. Con todo, dadas ciertas creencias conservadoras y dada la naturaleza de la sociedad de Burke, es al menos psicológicamente posible mantener tal suposición. Sin embargo, si se tiene en cuenta lo dicho por algunos conservadores contemporáneos (como pueden serlo Eric Voegelin, T. S. Eliot, C. S. Lewis y Richard Weaver) al criticar a la cultura y civilización modernas, no se ve cómo puede ser factible mantenerla.

Los conservadores que, a pesar de todo, lo intentan se ven con dificultades y quedan en una posición excéntrica. Al mismo tiempo que se comprometen con una crítica a las instituciones y los valores de la sociedad occidental moderna, defienden las prácticas tradicionales y establecidas de tal sociedad. Deben entonces distinguir entre lo que con-

sideran las "verdaderas", aunque ignoradas, tradiciones de la sociedad occidental y las instituciones y prácticas establecidas en la modernidad, que rechazan. Este enfoque presuntivo tiene que soportar, de este modo, un repertorio dividido de tradiciones, instituciones y prácticas morales establecidas. En la lucha contra las prácticas más recientes, hay entonces que invocar a las tradiciones más antiguas. Se echa mano a los principios generales de la civilización occidental en la campaña llevada a cabo contra las tendencias contemporáneas. El hecho de que los conservadores tradicionalistas actuales tengan que ser tan cuidadosos en la elección de las tradiciones y las prácticas que van a defender, muestra la dificultad que causa la confianza en la solución presuntiva, cuando se pretende reconciliar los temas conflictivos de la teoría moral conservadora.

Mientras la solución antes mencionada acarrea numerosos obstáculos, hay otras dos soluciones que a pesar de las objeciones formuladas por los no-conservadores, permiten recuperar cierta coherencia al pensamiento conservador.

Uno de los temas básicos de dicho pensamiento es la necesidad de mantener un balance adecuado de las especulaciones teóricas y las prácticas. Dentro de esta temática es, justamente, donde puede encontrarse otra solución al problema, a partir del reconocimiento del mismo. Este enfoque acepta que los principios morales, tal como pueden encontrarse en el pensamiento vinculado a la ley natural, son abstractos y constituyen guías muy generales para la acción humana, en tanto que el comportamiento moral cotidiano requiere tener en cuenta factores circunstanciales. Por ello, los principios abstractos deben traducirse a un nivel de existencia más concreto. Pero el conservadorismo no está solo cuando enfrenta el problema de traducir normas y principios generales para hacerlos útiles en el tratamiento de problemas morales específicos. También los liberales y los marxistas encuentran considerables dificultades para resolver el problema de la relación adecuada entre sus valores generales y sus preocupaciones prácticas. Mientras el enfoque presuntivo pretende reconciliar principios conflictivos, la solución prudencial considera la cuestión como si simplemente se tratara del problema práctico de traducir reglas generales de manera que puedan tratar situaciones concretas.

Burke sabe perfectamente que en el tratamiento de los principios morales absolutos y de las cuestiones de política

práctica se ponen en juego dos clases distintas de pensamiento moral. Lo que vale en un nivel, no siempre vale, en su forma más pura, en el otro. Tal cosa se pone de manifiesto en el tratamiento que hace dicho autor de las nociones relacionadas con los derechos humanos absolutos y abstractos:

> "Los pretendidos derechos de estos teóricos son extremos; y en la misma medida que son metafísicamente verdaderos, son moral y políticamente falsos."[7]

Según Burke, las reglas abstractas de moralidad deben traducirse a otras formas cuando se aplican a la vida cotidiana:

> "Al ingresar a la vida diaria, los derechos metafísicos se refractan con respecto a su dirección rectilínea, como les ocurre a los rayos de luz, por las leyes de la naturaleza, cuando penetran en un medio denso."[8]

Por ejemplo, la pretensión de conducir hasta su extremo lógico los argumentos en favor de la libertad personal y los derechos contractuales en una economía de mercado, puede conducir a imponer restricciones al comercio de drogas nocivas. Mientras, por una parte, la mayoría de los conservadores contemporáneos defienden los principios generales de la economía de mercado, por la otra, en la práctica, desean plantear algunas restricciones prudentes a la libertad en el mercado cuando las circunstancias hacen peligrar la salud pública. Es aquí, justamente, donde la noción de prudencia está llamada a tener un papel importante en el pensamiento moral conservador. La prudencia sirve como medio para traducir ciertos principios morales universales a normas prácticas de conducta que permitan a los hombres afrontar el carácter circunstancial de su mundo.

Asimismo, la prudencia también está presente en muchos aspectos del sistema de valores conservador. En su pensamiento moral y político, la idea de moderación llega a ser muy importante. En tal sentido, el énfasis puesto en la prudencia y la moderación ayuda a distinguir el pensa-

[7] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 74.
[8] *Ibíd.*, p. 73.

miento conservador vinculado a la ley natural, de la especulación acerca de principios morales absolutos propia de la teorización utópica. El conservadorismo acepta la existencia de un ordenamiento moral absoluto del universo, pero sostiene que es ridículo esperar que el mundo empírico se conforme al ideal. La moderación, entendida como el reconocimiento de los límites de perfectibilidad para lo moral y lo político, está incentivada por el enfoque prudente. Dicho enfoque acepta que siempre va a existir una brecha o tensión entre la ley natural y lo que puede encontrarse en cualquier tradición. La prudencia busca simplemente aproximar las mejores recomendaciones posibles, y procura que sean operativas en diversas circunstancias.

De acuerdo al enfoque prudente del problema, la tradición sólo sirve como una guía posible de operación. La prudencia considera la tradición cuando tiene que afrontar el carácter circunstancial del mundo. Tal enfoque debe ocuparse de cuestiones ligadas a la tradición como un problema práctico, ya que la tradición es relevante para las decisiones morales y políticas a raíz de su impacto, tanto bueno como malo, sobre la conducta de los individuos.

Pero a pesar de que el enfoque prudente va más lejos que el enfoque presuntivo, debe con todo atender a ciertas dificultades. Ante todo, se plantea si la prudencia puede o no realizar un balance entre lo absoluto y lo relativo, entre la ley natural y los aspectos circunstanciales del pensamiento moral conservador. El gran desafío para el individuo es saber si ha realizado efectivamente un balance adecuado entre lo absoluto y las consideraciones circunstanciales. ¿Puede acaso la razón humana, en el nivel de la prudencia, realizar lo que se requiere de ella? Se trata en última instancia de saber qué expresión de los principios morales absolutos es la adecuada, o cuál es la más adecuada entre las diversas expresiones posibles.

Por ejemplo, el elemento de ley natural del pensamiento conservador sugiere, vigorosamente, que el aborto es un mal moral grave. Los conservadores rechazan el aborto por conveniencia. ¿Pero qué debe hacer una pareja cuando las circunstancias médicas son tales que la madre corre peligro de no sobrevivir a la preñez? ¿Y si los padres ya tienen pequeños que necesitan a su madre para tener una fuerte educación familiar, tal como lo reclaman los propios conservadores? Es mucho más fácil percibir lo que está mal en

abstracto que saber cómo escapar a los dilemas morales específicos.

Con el avance de la sociedad moderna, el problema se hace más agudo. Pues a medida que se produce dicho avance, aquellos principios morales absolutos tenidos en cuenta en uno de los aspectos de su teoría moral se hacen más remotos, distantes, difíciles de conocer, comprender y probar. Y cuando se trata de suministrar la traducción apropiada de las normas trascendentales, la tradición es una guía endeble. La tradición y las costumbres consideradas por los conservadores en el pensamiento moral prudente, se han debilitado, distorsionado, y con frecuencia han terminado por desaparecer. En el contexto de la sociedad moderna la operación de la prudencia es mucho más compleja y difícil que en la sociedad de Burke. Por consiguiente, si bien la solución prudente de los problemas ayuda a restaurar la coherencia interna de la teoría moral conservadora, queda en pie la necesidad de conocer cuál es el acto prudente —se trata, en efecto, de un problema operativo que la prudencia debe afrontar y que al parecer tiene una dificultad creciente a medida que avanza la modernidad. La complejidad de la sociedad, que crece con cada etapa de la continua evolución del orden industrial, viene a sumarse a los obstáculos que debe encarar la prudencia cuando pretende operar adecuadamente con el carácter circunstancial de la existencia humana.

La tercera solución posible al problema de reconciliar los temas conflictivos contenidos en el pensamiento moral conservador proviene de orientaciones muy distintas de las que posee el enfoque anterior. Este tercer enfoque que podríamos denominar armonizador, no sostiene que el reino trascendental de los valores —el ordenamiento moral objetivo del universo— es de tal naturaleza que contiene reglas generales de conducta que deben traducirse con prudencia a normas políticas capaces de gobernar situaciones morales concretas. El enfoque armonizador encuentra expresión en la descripción realizada por Eric Voegelin de la idea de Bien en la ética platónica. Voegelin escribe:

> "¿Qué es la Idea del Agatón? La respuesta más sucinta pone de manifiesto el punto decisivo: sobre el contenido del Agatón nada puede decirse. Tal la intuición fundamental de la ética platónica. La trascendencia del Agatón hace imposible toda afirmación inmanente. La

visión del Agatón no suministra regla de conducta alguna que tenga un contenido material, sino que forma al alma a través de una experiencia de la trascendencia." [9]

El enfoque en cuestión acepta la noción de ley natural en tanto una suerte de ordenamiento moral absoluto del universo, pero se aparta de las teorías vinculadas a dicha ley cuando sostiene que lo absoluto moral no se puede conceptualizar en términos legalísticos. Con todo, este enfoque sostiene asimismo que existe un ordenamiento moral del universo, independiente de las voluntades humanas, y sugiere un modo de reconciliación de esta creencia con los temas circunstanciales del pensamiento moral conservador.

El enfoque armonizador sostiene que la búsqueda humana del reino trascendental y absoluto de Dios tiene como principal objetivo formar el alma individual de manera que el individuo que sea capaz pueda comportarse como una persona virtuosa y moral. Es importante observar que esta perspectiva enfatiza la conducta y la moral personales, no las normas políticas. La indagación realizada por el pensamiento ético, la armonización del alma con el fundamento divino del ser, no se opera para descubrir reglas de conducta, sino para formar el alma y el carácter del individuo de manera que la conducta moral adecuada llegue a ser una parte natural de su vida. Restan valores morales absolutos, pero de acuerdo con este punto de vista no hay que afrontar el problema de idear la fórmula correcta y las traducciones de esas normas. Por consiguiente el enfoque armonizador intenta evitar con sutileza el problema relativo al razonamiento moral práctico y teorético, el problema de traducir lo absoluto de manera que se adecue a las circunstancias particulares. Más que apoyarse en la noción de prudencia para resolver el problema de la reconciliación de los temas conflictivos del pensamiento moral conservador, este enfoque busca la solución en la línea del ordenamiento correcto del alma —a través de la experiencia del reino trascendental de Dios y del espíritu divino— creando la clase de hombre virtuoso que puede atravesar las dificultades que aparecían en la segunda solución del problema.

[9] Voegelin, Eric, *Plato and Aristotle*, vol. III; *Order and History*, Baton Rouge, Imprenta de la Universidad del Estado de Louisiana, 1957, p. 112.

Con todo, también este enfoque tiene sus dificultades. Esta solución es de naturaleza extremadamente intuitiva; se sustenta en una suerte de conocimiento interior imposible de describir. Sólo el individuo que tiene la experiencia de la armonía y aquellos individuos que tienen la misma experiencia (o que al menos consideran que la han tenido), y ordenan sus vidas de acuerdo a ello, pueden tener la confirmación de que ciertamente esta es la verdad por la cual han ordenado su existencia moral. Quienes no la han tenido, consideran todo esto muy sospechoso. Asimismo, está el problema adicional planteado por aquellos que afirman poseer alguna clase de experiencia trascendental, pero que ordenan sus vidas de muy diferentes maneras.

Si el conservador viviera en una sociedad en la que hubiera un ethos moral en común, y si hubiera un paradigma de lo que constituye la naturaleza de la experiencia del reino trascendente del Bien, aceptado por todos; si todos supieran cómo reconocer esa experiencia en la conducta moral de ciertos individuos, los problemas antes mencionados no tendrían la magnitud que tienen. Pero el hombre moderno no vive en una sociedad así, y como resultado de ello, infinidad de individuos consideran el enfoque armonizador como una curiosa forma de misticismo. Dicho enfoque ofrece la posibilidad de restaurar cierta coherencia al pensamiento moral conservador, reconciliando algunos de sus temas conflictivos, pero no parece tener mucho sentido para los críticos de dicho pensamiento.

Uno se interroga por qué los conservadores llegan a esos extremos en la defensa de la existencia de un ordenamiento moral objetivo del universo, sobre todo si se tiene en cuenta el problema que crea este punto de vista para el equilibrio interno de su teoría moral. Además de creer en la existencia de ciertos absolutos morales, los conservadores temen lo que consideran las consecuencias de un pensamiento moral incapaz de reconocer la existencia de los mismos. Consideran que la alternativa a la existencia de los mencionados absolutos, es una forma de pensamiento moral relativista que conduce, en última instancia, al nihilismo. Temen las consecuencias que puede acarrear la negación de un ordenamiento moral absoluto del universo y la pretensión de que todos los principios morales son en definitiva una cuestión de pura elección subjetiva. Los conservadores, que admiran mucho el trabajo de Leo Strauss, coinciden con él cuando escribe:

"Cuando comprendemos que los principios de nuestras acciones no tienen otro sustento que nuestra elección ciega, ya no creemos más en ellos. Ya no podemos comprometernos íntegramente con ellos. Ya no podemos vivir como seres responsables. Para vivir tenemos que silenciar la voz de nuestra razón, que por otra parte es fácilmente silenciable, que nos susurra que nuestros principios son tan buenos o malos como cualquier otro. Cuanto más cultivamos la razón, más cultivamos el nihilismo y somos menos capaces de vivir como miembros leales de la sociedad."[10]

Coinciden asimismo con Strauss cuando éste afirma: "El rechazo contemporáneo del derecho natural lleva al nihilismo —más aún, es idéntico al nihilismo."[11] El nihilismo se opone a la concepción total del universo que sustentan los conservadores.

El conservadorismo sostiene que una sociedad sana y moralmente ordenada requiere una creencia generalizada en la existencia de un ordenamiento moral absoluto del universo. Considera que el relativismo, al desviarse de dicha creencia, es uno de los hitos en la senda hacia el nihilismo y el desorden social. Asimismo, los conservadores manifiestan una postura crítica hacia el liberalismo moderno pues consideran que ha aceptado muchas premisas relativistas que dejaron el camino abierto al nihilismo. Para los conservadores, los liberales modernos erosionan la creencia en un ordenamiento moral absoluto del universo.

Pero los conservadores tropiezan con la dificultad de que, a pesar de su insistencia en la necesidad de reconocer la existencia del ordenamiento antes mencionado, no se ve cómo reconocer la verdad de sus reclamos morales básicos.

Hay una serie de argumentos sustentados en la ley natural que pueden respaldar la creencia de los conservadores en la importancia de la libertad, el orden y la virtud. El hombre requiere libertad personal y política para vivir de acuerdo con su propia naturaleza. Los seres humanos tienen la capacidad de ensayar opciones; poseen facultades racionales que les permiten percibir y evaluar cursos de acción alternativos. Nada frustra más al individuo que verse forzado por otros a hacer algo que juzga insensato. Los

[10] Strauss, Leo, *Natural Right...*, *op. cit.*, p. 6.
[11] *Ibid.*, p. 5.

hombres deben ser libres para satisfacer los requerimientos de sus naturalezas.

Con todo, como ilustra con amplitud el curso de la historia humana, el hombre posee una naturaleza que lo hace capaz de grandes actos de crueldad con su prójimo. Como consecuencia de este lado más oscuro de su naturaleza, el hombre necesita gobierno; el orden público es esencial para una sociedad humana.

El cultivo de la virtud es vital para el logro de una sociedad ordenada, y sin virtud la libertad se hace destructiva. El hombre es un ser que hace naturalmente distinciones morales. La toma de decisiones sobre lo bueno y lo malo es el incentivo principal de la acción humana. La búsqueda de la virtud es necesaria para el individuo y la sociedad. La persona virtuosa es aquella que tiene tanto la razón como el hábito dispuestos a hacer lo que está bien. Las diversas cualidades, o virtudes, de un carácter ayudan al sujeto a percibir el buen curso de acción y le dan los hábitos capaces de estimularlo a poner en marcha lo que percibe.

Por ello, el conservador ve la vida humana como dependiente del desenvolvimiento de la libertad, el orden y la virtud. Con todo, muchos escépticos dudan de que el hombre tenga una naturaleza o esencia que pueda servir como punto de partida para el pensamiento político. Los positivistas cuestionan esas perspectivas sustentadas en la ley natural pues consideran que no se pueden derivar proposiciones en términos de "deber ser" de proposiciones fácticas.

El concepto conservador de ley natural se relaciona con la creencia en la existencia de un Dios que sería el arquitecto último de las obligaciones naturales humanas. ¿Pero cómo probarlo? La teoría moral conservadora se encuentra aquí atada a una de las dificultades que afronta la epistemología conservadora. La vaguedad del proceso intuitivo por el cual se debe reconocer la verdad de las principales exigencias planteadas por dicha teoría deja el campo abierto al nihilismo. Puede verse aquí la precariedad de la existencia humana en lo que Eric Voegelin llamara el "inter-medio". Los conservadores deben admitir que no tienen una certeza absoluta en lo que hace a sus exigencias morales más cruciales; siempre queda un espacio para dudar de su modo de conocimiento intuitivo y acecha el peligro de caer en el nihilismo. Más allá de los esfuerzos que

pueda hacer el conservador para convencer sobre ciertas verdades morales, siempre aparece el escéptico que reclama pruebas para las premisas que lo respaldan.

Segunda parte: El sistema de valores conservador

Un examen del pensamiento moral conservador no sería completo si se limita a tener en cuenta los problemas internos de la teoría moral conservadora y las dificultades que encuentra para demostrar sus exigencias más básicas. Hay que agregar a dicho examen el estudio de algunas normas específicas del sistema de valores conservador.

Dicho sistema está centrado en tres ideas claves: la virtud, la libertad y el orden. El énfasis en la virtud puede observarse atendiendo al contenido específico que prestan a la ley natural los conservadores. C. S. Lewis, en su *Abolición del hombre*, suministra una lista bastante detallada de los preceptos morales que, según él, forman parte de la ley natural; los mismos se obtienen a partir de las grandes religiones de la historia mundial [12]. En esta colección de preceptos morales hay que observar dos cosas. Primero, los preceptos subrayan, sobre todo, la noción de virtud. Segundo, están primariamente dirigidos a la conducta moral del individuo; no son particularmente políticos en cuanto a su contenido.

Es importante tener en cuenta ambas cosas cuando, en el capítulo sexto, se estudie con más detenimiento el problema relacionado con los principios morales conservadores vinculados a cuestiones políticas.

Dada la creencia conservadora en la existencia de un ordenamiento moral objetivo del universo, no puede sorprender que la virtud ocupe un lugar tan importante dentro de su sistema de valores. Dicho sistema, con su gran énfasis en la virtud, da origen a una forma especial de humanismo. Se trata del humanismo teocéntrico, que encuentra su expresión más elevada en los trabajos de conservadores como Eric Voegelin y C. S. Lewis, y que presta enorme atención y valor a la vida de la persona individual. Lo que

[12] Lewis, C. S., *The Abolition...*, *op. cit.*, pp. 41-48.

los conservadores llaman "la salud del alma" se relaciona con esto; ya que la primera preocupación de esta forma de humanismo es la vinculación del individuo con Dios y el desarrollo del carácter moral. El carácter sagrado de la vida humana y la significativa valoración del individuo derivan del status y la cualidad especiales que Dios ha conferido al hombre. El individuo es sagrado porque ha sido creado de acuerdo a la imagen divina. El humanismo teocéntrico de los conservadores se sustenta, en última instancia, en su principio cosmológico y su visión de la naturaleza humana; se apoya en la representación de Dios en el centro de todas las cosas y del hombre como un aspecto importante de esa representación.

Pero la idea de la virtud, del desarrollo del carácter moral del individuo, no se alza sola en el corazón del sistema de valores característico del humanismo teocéntrico. También la libertad y el orden tienen especial importancia. Los conservadores consideran a la libertad como uno de los valores más altos, y creen que una sociedad estable y ordenada es también necesidad prioritaria de la existencia social humana. Una de las características cruciales del sistema de valores conservador es la estrecha conexión existente entre las nociones de virtud, libertad y orden. El mencionado sistema es pluralista en cuanto reconoce por lo menos tres valores como importantes. Pero dicho pluralismo se desdibuja pues es difícil determinar cuándo concluye la preocupación por un valor y comienza la preocupación por otro. El conservador sostiene que las tres ideas están tan interrelacionadas que no se debe enfatizar una en detrimento de las dos restantes. Cree que los tres conceptos son tan importantes entre sí que es difícil hablar de uno sin referirse a los otros dos.

La conexión estrecha entre las ideas de virtud, libertad y orden dentro de este sistema de valores puede verse en las afirmaciones de Burke:

> "¿Qué es la libertad sin discernimiento y sin virtud? Es el mayor de los males; de ella surge la insensatez, el vicio y la locura, sin restricción ni límite alguno. Los que saben qué es la libertad virtuosa no soportan verla desfigurada por cabezas incapaces, que parlotean además de manera altisonante en su favor." [13]

[13] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 304.

"Pero la libertad, quiero decir la auténtica, es una libertad conectada con el orden; que existe junto al orden y la virtud, y no puede existir sin ellos. Es inherente al gobierno bueno y estable, como si formara parte de su sustancia y principio vital." [14]

Para el conservador la virtud es tan importante para la libertad, como ésta lo es para la virtud. En Burke la cuestión acerca de lo que los hombres hacen con su libertad es tan importante, y no puede separarse, de la cuestión del valor de su libertad en primer lugar. Pero Burke, más que comprometerse con una definición abstracta de la libertad, se preocupa por la sustancia moral que debería conferirse a los actos de los hombres libres:

"¿No será a causa de considerar la libertad en abstracto como una bendición, que se felicita al loco, al que ha escapado de las restricciones protectoras y la saludable oscuridad de su celda, para acceder a la alegría de la luz y la libertad? ¿Tengo acaso que congratular al bandido, al asesino, al que se ha librado de la prisión, recobrando sus derechos naturales?" [15]

En consecuencia, la libertad y la virtud deben compartir su puesto elevado en el sistema de valores conservador con el orden. Este es considerado importante tanto para la libertad como para la virtud; a su vez, los conservadores valoran el orden capaz de garantizar la libertad y la virtud. Puede verse su posición al respecto en los trabajos de conservadores contemporáneos, como Russell Kirk, que retoma la perspectiva de Burke con respecto a la libertad virtuosa y ordenada:

"La única libertad digna es la libertad genuinamente ordenada: la libertad hecha posible por el orden en el alma y el orden en el Estado. La libertad anárquica, la libertad que desafía la autoridad y la prescripción, es el mero estado subhumano del lobo y el tiburón, o la

[14] Burke, Edmund, "Speech at his Arrival to Bristol", en *The Works and..., op. cit.*, vol. 3, p. 230.

[15] Burke, Edmund, *Reflections on..., op. cit.*, p. 6.

justicia de Caín, que alza su mano contra todo lo humano."[16]

Esto significa que el conservadorismo, aunque hable de la libertad, subraya la idea de deber juntamente con la noción de derechos, expresando una visión de la conducta humana que enfatiza la idea de aceptar amplias responsabilidades y actuar de acuerdo a ellas. Dichas responsabilidades no se entienden como cuestiones sujetas a la pura elección, que podrían tomarse o abandonarse antojadizamente, según el ánimo individual. Por el contrario, las mismas se sustentan en la relación del hombre con Dios y en las relaciones (muchas de las cuales son involuntarias) que los hombres desenvuelven entre sí en las diferentes sociedades. En cierto sentido, los hombres ya nacen inmersos en estas relaciones y en los deberes heredados. El conservadorismo desconfía de los que al hablar de la libertad subrayan exclusivamente los derechos y las exigencias que los individuos se arrogan frente a la sociedad, e ignoran la noción de responsabilidad. Como señala B. T. Wilkins al referirse al pensamiento de Burke:

> "Burke está muy marcado por la triple dependencia que el hombre mantiene con respecto a Dios, al mundo físico y a los otros hombres, y no reconoce los derechos (o deberes) que ignoren o disminuyan ese carácter dependiente del hombre. Todo reclamo en favor de un derecho que estimule al supuesto poseedor a ejercerlo como si fuera completa o ampliamente independiente de otros hombres, y a perder de vista el contexto social del que depende para su efectiva existencia, era para Burke anatema."[17]

El conservadorismo se opone a las formas hedonistas del individualismo; con todo, tiene mucho en común con el individualismo aristocrático. En parte, la intranquilidad que siente el conservador hacia la sociedad occidental moderna se debe al materialismo y al egoísmo que caracteriza a las masas de las naciones occidentales ricas, y a la con-

[16] Russell, Kirk, "Prescription, Authority and Ordered Freedom", en *What is Conservatism?*, Frank Meyer ed., New York, Holt, Rineheart and Winston, 1964, p. 124.

[17] Wilkins, Burleigh T., *The Problem of Burke's Political Philosophy*, Oxford, Imprenta de la Universidad de Oxford, 1967, p. 249.

secuente evasión de los deberes cívicos, las obligaciones morales y las responsabilidades por parte de mucha gente. Los conservadores afirman que muchos de los problemas que afronta la sociedad occidental son más morales que políticos.

La importancia de la virtud, la libertad y el orden dentro del esquema de valores conservador es tan grande que acarrea ventajas y desventajas a su teoría política. La ventaja es que si se está atento a la estrecha conexión existente entre las tres ideas, difícilmente se sucumba a la clase de dogmatismo unilateral que al subrayar tanto una de ellas termina sacrificando las otras dos. Conviene tenerlo en cuenta, pues permite al observador distinguir entre el verdadero conservador y los dogmáticos del derecho político que subrayan uno de los tres valores al extremo de ignorar virtualmente a los otros. El autoritario sacrifica la libertad en aras del orden. El anarquista sacrifica la virtud y el orden en aras de la libertad. Y el fanático religioso, que quiere que la ley pública refleje todos sus valores, sacrifica la libertad a la virtud. El verdadero conservador adhiere a un sistema de valores pluralista y rechaza tales extremismos.

Con todo, el tratamiento pluralista de la virtud, la libertad y el orden contiene cierta vaguedad que desafía la coherencia interna del sistema de valores, dando lugar a considerables divisiones dentro del pensamiento conservador. El problema lo crea la ambigüedad, dentro del pensamiento conservador, acerca de la relación exacta entre virtud, libertad y orden, y se vincula al énfasis que debería darse a cada uno de los tres valores. La dificultad reside, para todo conservador, en la elección del valor al que habrá de darse prioridad ante determinadas disputas políticas. Muchas de las diferencias políticas existentes entre los conservadores hacen al ordenamiento de estos valores en instancias específicas.

El problema se manifiesta en la disputa entre los conservadores que confieren una importancia diversa a las ideas de virtud y de orden en relación con la libertad humana. En esta disputa, los hay que sustentan posiciones consideradas "tradicionalistas" y que se enfrentan a las otras denominadas "liberalistas".

Atendiendo a dicha disputa, Frank Meyer sostiene que no representa diferencias irreconciliables, sino que está

generada, simplemente, por el énfasis puesto en distintos aspectos del pensamiento conservador. Pero, justamente podría plantearse un interrogante crucial para todo análisis del sistema de valores conservador, al preguntar si Meyer está o no en lo cierto cuando sostiene que las dos posiciones pueden reconciliarse; de ello depende la coherencia interna de dicho sistema de valores. Esta es la mejor descripción de la tesis de Meyer:

> "Considero que esas dos corrientes de pensamiento, aunque a veces se presenten como incompatibles, pueden en realidad unirse en el caudal único de la teoría política conservadora, pues arraigan en una tradición común y están equipadas contra un enemigo común. Su oposición, que adopta diversas formas, es en lo esencial una división entre los que extraen del corpus de la creencia occidental su énfasis en la libertad y en la importancia innata de la persona individual (que podríamos denominar una posición «liberalista») y los que, bebiendo de la misma fuente, enfatizan el valor de la virtud y el orden (lo que podríamos denominar una posición «tradicionalista»)."[18]

Antes de tratar el problema de la corrección o no de la apreciación de Meyer, es importante comprender por qué existe tal división en el pensamiento conservador. Hay que interrogarse por qué distintos conservadores enfatizan, con tanta frecuencia, de diferente manera las ideas de virtud y de orden cuando las relacionan con la idea de libertad humana.

En gran medida, el problema deriva de la influencia del pensamiento liberal sobre el conservadorismo. Muchos conservadores se han apropiado de la visión liberal de la libertad cuando han tenido que discutir cuestiones económicas y políticas; con lo cual los conservadores modernos tienen dificultades para coincidir respecto de la relación exacta y la jerarquía que debe existir entre los tres valores. La posición en el debate entre conservadores de orientación "tradicionalista" o "liberalista" está, en consecuencia, usualmente determinada por el grado de apropiación de la visión liberal clásica.

[18] Meyer, Frank, "Freedom, Tradition, Conservatism", en *What is. . ., op. cit.*, p. 8.

Algunos conservadores han señalado cuidadosamente que sólo se apropiaron de ciertos conceptos políticos y económicos del liberalismo clásico, pero no de todos los aspectos de los fundamentos filosóficos asociados al pensamiento liberal. Frank Meyer lo señala así:

"Se acepta que hay mucho en el liberalismo clásico que el conservadorismo debe rechazar —sus fundamentos filosóficos, su tendencia a erigir construcciones utópicas, su desatención (explícita, cuando no implícita) con respecto a la tradición. Se acepta que es la fuente y el responsable de muchas malas situaciones existentes en el siglo XX; pero su lucha por la libertad y su desarrollo de teorías políticas y económicas orientadas a asegurar la libertad, han suministrado a nuestra herencia conceptos que debemos conservar y ampliar, con la misma seguridad que debemos rechazar la ética utilitaria y el progresismo secular que nos ha transmitido el liberalismo clásico."[19]

Pero los conservadores que, como Meyer, han tomado algunos conceptos económicos y políticos del pensamiento liberal clásico, han adoptado, por otra parte, una postura crítica frente a ciertas posiciones políticas defendidas por algunos conservadores del siglo XIX. A pesar de que respetan la orientación filosófica general de estos últimos, consideran que prestaron demasiada confianza y fe a los poderes y la autoridad del Estado, y que si se limitan esos poderes y esa autoridad, siguiendo alguno de los caminos sugeridos por el liberalismo del siglo XIX, se puede proteger mejor el genuino concepto de libertad que sustenta el conservadorismo. Al referirse a algunos errores de los pensadores conservadores del siglo XIX, Meyer escribe:

"Tenían presente algo que los liberales clásicos perdieron de vista: la realidad del pecado original. Pero olvidaron que sus efectos no son menos virulentos cuando los hombres empuñan un poder ilimitado. Atendieron al Estado para promover la virtud, pero no tuvieron en cuenta que el poder del Estado está en las manos de hombres sujetos, como sus gobernados, a los efectos del pecado mencionado."[20]

[19] *Ibíd.*, pp. 13-14.
[20] *Ibíd.*, p. 16.

De acuerdo con la visión de los conservadores de tendencia "liberalista", muchos conservadores del siglo XIX hicieron demasiado énfasis en la virtud y en el orden, a expensas de la libertad, y desearon dar demasiado poder al Estado. Meyer razona:

> "Los conservadores del siglo XIX, con toda su comprensión en la preeminencia de la virtud y el valor, con toda su piedad hacia la tradición, desdeñaron demasiado los reclamos de la libertad, estuvieron demasiado dispuestos a subordinar la persona individual a la autoridad del Estado o la sociedad." [21]

La posición "liberalista" dentro del pensamiento conservador sostiene que para proteger el valor y la dignidad de la persona individual, hay que recordar el peligro que representa para ella el poder estatal excesivo. La parte crucial de la visión liberal clásica con respecto a la libertad que adoptan estos conservadores, es la idea de que lo esencial de la libertad humana implica estar libre de coerción, y que son los poderes coercitivos del Estado los que deben controlarse. Por esta razón Meyer critica a muchos conservadores del siglo XIX:

> "Estaban muy seguros de lo esencial para el ser humano, de su destino orientado a la virtud y de su responsabilidad para alcanzarla, de su deber en el orden moral; sin embargo, con demasiada frecuencia no vieron que la condición *política* de la realización moral es la libertad de coerción." [22]

Hay una importante diferencia de énfasis, con respecto a la virtud, entre los conservadores "tradicionalistas" que se inspiran en Burke y los "liberalistas" que adeudan mucho al liberalismo del siglo XIX. Ambos grupos coinciden en afirmar que la virtud y el orden son importantes para la libertad, pero difieren en el énfasis que determina su exacta importancia y en el grado de intervención del Estado para intentar la salvaguarda de ciertos patrones morales. Los conservadores "tradicionalistas" no consideran que el Estado debe controlar todos los aspectos de la existencia humana, de manera de forzar la buena conducta. Como

[21] *Ibid.*, p. 14.
[22] *Ibid.*, p. 16.

ocurre con los conservadores "liberalistas", los "tradicionalistas" abominan de la idea de un Estado totalitario. Pero la diferencia de énfasis en la idea de virtud se hace manifiesta ante diversas circunstancias sociales y políticas. Y las diferencias se hacen aún más obvias en cuestiones vinculadas a la pornografía, la censura, el aborto, las libertades civiles y los derechos de los homosexuales. Ante estas cuestiones los conservadores "liberalistas" argumentan en favor de una mayor libertad de expresión, haciendo caso omiso de los valores del individuo, en la medida que el individuo no se comprometa en actos de coerción contra su prójimo. Esta respuesta refleja claramente el impacto de la visión liberal clásica sobre el pensamiento conservador contemporáneo. Pero los conservadores "tradicionalistas", influenciados por pensadores tales como Willmoore Kendall, Walter Berns y Leo Strauss, consideran que si bien la libertad es importante, hay que dejar al Estado la consideración de la virtud, al menos en ciertos casos, para tratar de sostener ciertos patrones morales.

Además de diferir con respecto al énfasis otorgado a la virtud, los dos grupos de conservadores también difieren en cuanto al énfasis puesto sobre la idea de orden. Dicha diferencia gravita en el debate mantenido entre los dos grupos en lo que hace a las libertades civiles. Los conservadores "liberalistas" temen al Estado y desean maximizar la libertad individual, y son fuertes defensores de las libertades civiles. Los conservadores "tradicionalistas", por su parte, prestan mayor atención a la necesidad del orden en la sociedad, consideran que se requiere un gobierno fuerte para afrontar los impulsos anárquicos del hombre, y desean limitar las libertades civiles.

La importancia diversa que ambos grupos otorgan a las nociones de virtud y orden, y a la posición del Estado en relación con la libertad del individuo, también los conduce a diferir en lo que hace a las perspectivas económicas y políticas sobre la clase de responsabilidades que el Estado debe ejercer en relación a la vida de los ciudadanos. Se lo puede ver en la disputa en torno a la acción paternalista del Estado hacia los ciudadanos. Se trata de una de las disputas que divide de modo más crucial a las dos escuelas del pensamiento conservador. Se revelan aquí las diferencias básicas existentes entre los conservadores en lo que hace a la multitud de cuestiones políticas y económicas que giran en torno al moderno Estado benefactor.

Los conservadores "tradicionalistas", en deuda con conservadores tales como Burke y Disraeli, adhieren a una teoría orgánica de la sociedad y simpatizan con la idea de un gobierno paternalista; respaldan por ello muchos aspectos del Estado benefactor moderno. Estos conservadores sostienen que es responsabilidad del gobierno cuidar a los ciudadanos desfavorecidos, de manera similar al cuidado que los padres prestan a sus hijos hasta que alcanzan la madurez.

Los conservadores "liberalistas", que sospechan mucho más del Estado que los "tradicionalistas", consideran que la idea de un gobierno paternalista da al Estado demasiado poder y responsabilidad sobre las vidas de sus ciudadanos. Afirman que la libertad individual se encuentra de algún modo amenazada por el Estado benefactor y que hay que tomar medidas para detener su crecimiento. Asimismo, con frecuencia afirman que el gobierno paternalista genera estructuras burocráticas que son hostiles a la libertad humana. Por sus perspectivas deben mucho a los trabajos de pensadores liberales clásicos como pueden serlo, actualmente, Friedrich Hayek y Milton Friedman, mostrando también influencias notables de los abogados del capitalismo del *laissez-faire* en el siglo XIX, entre los que podría mencionarse a Graham Summer, quien no sólo defendió la economía de libre mercado, sino que también fustigó al gobierno paternalista y reprendió a los "reformistas sociales" de un modo que se hizo popular entre muchos conservadores, hasta nuestros días.

Es interesante observar que los conservadores ingleses, por lo menos hasta Margaret Thatcher, han respaldado con más frecuencia la defensa "tradicionalista" del paternalismo, en consonancia con el Estado benefactor moderno, en tanto que los conservadores americanos se han comprometido a menudo con la crítica "liberalista" al paternalismo, que es hostil al Estado mencionado. En tal sentido, es difícil entender la política económica y presupuestaria, y las regulaciones de la administración Reagan sin tener en cuenta la deuda intelectual que tantos conservadores americanos han contraído con liberales del *laissez-faire*, tales como Summer, Mises, Hayek y Friedman.

Otro de los desacuerdos existentes entre ambos grupos de conservadores, como consecuencia de las diferencias de perspectiva con respecto a la exacta relación entre virtud, libertad y orden, puede hallarse en actitudes encontradas

en lo que hace al rol del Estado en la economía capitalista. Muchos conservadores "tradicionalistas" manifiestan fuertes críticas hacia el capitalismo falto de regulación. Lo ven como una parte del materialismo y el hedonismo del mundo occidental moderno, que tanto rechazan. Desprecian la civilización crecida en torno al orden capitalista; consideran que el capitalismo falto de regulación ha gravado enormemente el modo de vida que consideran necesario para el desenvolvimiento de la libertad humana en una línea virtuosa. Estos conservadores, entre los que se cuentan Russell Kirk y Peter Viereck, cuya preocupación fundamental es enfatizar la importancia de la cultura y la virtud, deben mucho a figuras conservadoras del ámbito de las letras, como Coleridge, en su ataque al orden económico y social burgués. Pero el rechazo más completo al capitalismo, siempre dentro de esta posición, hay que buscarlo en los trabajos de Peter Viereck.

Los conservadores "liberalistas" adoptan actitudes muy distintas con respecto al capitalismo. A pesar de que, con frecuencia, concuerdan con los "tradicionalistas" en su visión del rostro aciago de la cultura moderna, consideran que el capitalismo no es, en sí mismo, el culpable de esto. En lugar de evaluar al capitalismo según permita o no el desarrollo cultural del individuo, los "liberalistas" consideran que la cuestión crucial es saber si el capitalismo ayuda o no a crear alguna de las condiciones indispensables para la libertad humana, al crear en la vida un área considerable fuera de los poderes coercitivos del Estado. Estos conservadores creen que las alternativas presentes frente al ordenamiento capitalista de la economía o no son económicamente factibles o aumentan la acumulación de poder por el Estado, que sería peligrosa para la libertad individual. Aquí de nuevo se verifica la deuda que tienen estos conservadores con la visión liberal clásica de la libertad. Los conservadores "tradicionalistas" están primariamente interesados en las cuestiones en torno a la cultura y la virtud, cuando discuten sobre el capitalismo; los "liberalistas" por su parte, están más interesados en las cuestiones económicas y políticas referidas a los efectos del capitalismo sobre la libertad humana. La mayoría de los conservadores americanos están influenciados por la visión "liberalista" del capitalismo, considerándola esencial para la libertad humana. Raramente, un político conservador puede hablar en Estados Unidos sobre política económica

sin avalar el sistema de libre empresa como fuente de la realización económica americana.

El problema crucial con respecto a la coherencia interna del sistema de valores conservador es saber si las diferencias entre el tratamiento "tradicionalista" y el "liberalista" de los valores conservadores son o no de naturaleza irreconciliable. La respuesta a este problema depende del nivel y de las expresiones del pensamiento que se consideren. En tal sentido, puede encontrarse un nivel filosófico en el cual ambas orientaciones pueden reconciliarse. La posición "liberalista" comparte con la "tradicionalista" la creencia en la gran importancia de los tres valores. Pero aquí hay que distinguir entre los "liberalistas" de izquierda (que son liberales seculares) y los "liberalistas" de derecha (que, siguiendo a Ayn Rand, son ateos consecuentes). Los conservadores "liberalistas", como puede serlo Frank Meyer, concuerdan con la posición "tradicionalista" que sostiene que hay cierto ordenamiento moral absoluto en el universo y que el gran deber del hombre es cultivar la virtud. Asimismo, los mencionados "liberalistas" defienden algunas premisas religiosas, morales y metafísicas tal como pueden encontrarse en la posición "tradicionalista".

Pero al dejar esta área de coincidencia filosófica, se encuentran inmediatamente niveles de pensamiento donde las dos posiciones ya no pueden reconciliarse. Mientras en el nivel filosófico abstracto el sistema de valores conservador parece ostentar alguna coherencia, en el nivel de las cuestiones prácticas políticas y económicas dicha coherencia se pierde. Es difícil ver cómo sea posible superar las diferencias entre "tradicionalistas" y "liberalistas" con respecto a cuestiones tales como la función del Estado en la economía capitalista, el alcance adecuado de las libertades civiles, y la exacta responsabilidad del Estado. Ciertamente, los dos grupos de conservadores se alían con frecuencia para oponerse a muchas líneas de pensamiento no-conservadoras. Pero el hecho de compartir oponentes no basta para ocultar sus propias descoincidencias en lo que hace a los valores que se deben priorizar al tratar cuestiones políticas específicas. En tal sentido, basta atender a las advertencias conflictivas recibidas por la administración Reagan, referidas al manejo de ciertas cuestiones sociales como el aborto y la pornografía. Todo este grupo de dificultades que afronta el pensamiento conservador tendrá especial importancia en la discusión, que expondremos en el capítulo

sexto, acerca de la relación entre la teoría y la práctica en el pensamiento conservador. El lector que tenga especial interés en el conflicto entre "liberalistas" y "tradicionalistas" debería leer *El movimiento intelectual conservador en América a partir de 1955*, de George H. Nash.

Las dificultades que tienen los conservadores para coincidir con respecto a la jerarquización y relación de los valores básicos, cuando se trata de atender a cuestiones políticas, originan perturbaciones tanto en la teoría moral conservadora como en su epistemología. La mencionada teoría plantea la existencia de un ordenamiento moral objetivo, y la epistemología sostiene que es posible conocerlo. Pero el conocimiento de tal ordenamiento resulta general y abstracto al máximo; justamente, lo que se debate es el modo de relación entre dicho ordenamiento y los valores cruciales de la virtud, la libertad y el orden por un lado, y las cuestiones específicas por el otro. Sin embargo, esto es previsible, dada la naturaleza pluralista del sistema de valores conservador. Y aunque esto genere conflictos entre los conservadores, no cabe duda que es preferible al dogmatismo que eleva un valor hasta un altar y sacrifica ante él a cualquier otro, por importante que sea.

5. El conservadorismo y los fundamentos del orden: las bases de la buena sociedad

Uno de los temas más importantes del pensamiento conservador lo constituye el sentido y el valor del orden. Desde la perspectiva conservadora, el orden hace tanto al individuo como a la sociedad en su conjunto. Más aún, los conservadores se interesan por la estructuración *correcta* de ambos. Para aclarar la mencionada perspectiva, sobre todo en lo que se refiere a las bases del ordenamiento, hay que explorar siete temas básicos de su teoría política. Dichos temas son los siguientes: 1) La creencia en la tradición como clave para una sociedad estable; 2) la oposición a la revolución como medio para reestructurar la sociedad; 3) la confiabilidad en la reforma gradual como medio pacífico para el cambio social, manteniendo los rasgos básicos del orden social y político; 4) el papel del elitismo aristocrático como respuesta a la consabida interrogación política acerca de quién debe gobernar; 5) la respuesta de los conservadores a la política democrática y al modo en que hay que estructurar a la democracia para hacer posible la sociedad estable; 6) la preocupación por la descentralización de las estructuras políticas y la creencia en las relaciones comunitarias como base de una sociedad bien ordenada y libre; 7) la percepción de la propiedad privada como una base institucional importante para la buena sociedad.

Primera parte:
La importancia de la cultura y la tradición

La discusión conservadora acerca de los fundamentos del orden requerido para la vida individual y social enfatiza el desenvolvimiento de la vida cultural de la nación. Subrayando, en consecuencia, la importancia de la cultura, los conservadores reflejan el predominio de los "factores espirituales" en su análisis sociológico. La considerable importancia de tales factores en dicho análisis está determinada por las premisas religiosas y morales que subyacen en el pensamiento conservador.

Los conservadores consideran que el desenvolvimiento de la vida cultural de la nación no es algo que pueda acontecer de un momento para otro. Creen que es una tarea que reclama el tiempo y las energías de varias generaciones. Su interés por el valor de la cultura los lleva a defender la importancia de las tradiciones, de la persistencia y el desarrollo de la cultura por encima del tiempo. Con respecto a esto, Burke pronuncia una de las afirmaciones conservadoras más famosas:

> "La sociedad es, ciertamente, un contrato. Los contratos de subordinación referidos a objetos o a intereses meramente ocasionales pueden disolverse al antojo, pero no se debe considerar al Estado como una simple asociación para comerciar con la pimienta y el café, con algodón o tabaco, o con cualquier cosa de poca importancia, a la que se atiende temporariamente, y que se evapora al antojo de las partes. Hay que considerarlo con otra reverencia, pues no se trata de una asociación con respecto a cosas subordinadas sólo a la burda existencia animal de una naturaleza temporal y perecedera. Es una asociación referida a todas las ciencias y todas las artes, a todas las virtudes y perfecciones. Y como tal finalidad no puede alcanzarse sino en muchas generaciones, se convierte en una asociación no sólo entre los vivientes, sino también con los que ya han muerto y con los que van a nacer."[1]

[1] Burke, Edmund, *Reflections on..., op. cit.*, p. 117.

Los conservadores consideran a la asociación entre generaciones como algo esencial para la estabilidad social y el ordenamiento correcto de la vida individual.

Ateniéndose a un nivel puramente sociológico esta visión acerca de la importancia de una cultura en común y de tradiciones estables puede aplicarse al análisis de la estabilidad relativa de muchas sociedades. Justamente, es en este nivel donde se suele definir al conservadorismo y discutir con él. Con lo cual se supone que el conservadorismo defiende la continuidad de las tradiciones, cualquiera sea su contenido, y respalda el mantenimiento de una suerte de *statu quo* en la vida cultural de la nación. A pesar de que con esta suposición se captura un sentido importante y popular acerca del conservadorismo, es con todo engañosa pues omite las consideraciones normativas que gravitan considerablemente sobre las afirmaciones conservadoras acerca de la cultura y la tradición *correctas*. Las quejas expresadas por los conservadores al referirse a la decadencia de la civilización occidental requieren la existencia de patrones normativos capaces de evaluar culturas y tradiciones diferentes. En conexión con esto T. S. Eliot escribe:

> "La pregunta más importante que podemos formularnos es si existe un patrón permanente con el cual comparar una civilización con otra, con el cual hacer alguna conjetura sobre el perfeccionamiento o declinación de la nuestra. Hemos admitido, al comparar las civilizaciones entre sí y al comparar los diferentes estadios de la nuestra, que no hay sociedad ni época que realice todos los valores de la civilización. Dichos valores no son todos compatibles entre sí: lo cierto es que al realizar alguno perdemos de vista otros. Con todo, podemos distinguir entre culturas más bajas o más altas; podemos distinguir entre el avance y el retroceso. Podemos asimismo afirmar, confidencialmente, que nuestro propio período es de declinación, que los patrones culturales están más bajos que hace cincuenta años y que las evidencias de ese declinar son visibles en todos los ámbitos de la actividad humana." [2]

[2] Eliot, T. S., *Notes toward the Definition of Culture*, New York, Hartcourt, Brace and Company, 1949, pp. 16-17.

Los conservadores no sólo están interesados en la estabilidad de las tradiciones, sino que también se preocupan por la dignidad moral de las mismas. En tal sentido, la ley natural se convierte en un patrón a partir del cual pueden evaluarse las diversas tradiciones.

Cuando se examinan las creencias y las prácticas que los conservadores consideran importantes para la existencia de culturas y tradiciones saludables, se vuelven más claros tanto el modo en que el conservadorismo incluye al nivel sociológico de pensamiento, como el modo en que lo trasciende para alcanzar las perspectivas normativas. La idea de que las creencias religiosas y morales sirven como base a las culturas viables resulta expresada por T. S. Eliot en la siguiente afirmación:

> "La primera afirmación importante es que no hay cultura que pueda aparecer o desarrollarse sin una religión: de acuerdo al punto de vista del conservador, la cultura puede aparecer como un producto de la religión, o la religión como un producto de la cultura." [3]

Las propuestas conservadoras acerca de la importancia de las creencias morales y religiosas pueden enfocarse tanto desde el nivel sociológico como desde el nivel normativo. El primer nivel se relaciona con los efectos generales ejercidos por tales creencias sobre la estabilidad social; el segundo con la creencia, compartida por la mayoría de los conservadores occidentales, que hace del cristianismo y de los valores básicos expresados por el humanismo teocéntrico el fundamento de las tradiciones y la cultura adecuadas.

Stanley Parry suministra una descripción de la función que, según los conservadores, deben cumplir una cultura saludable y un conjunto de tradiciones:

> "Lo esencial es que la civilización es un sistema basado en la comunicación de percepciones íntimas acerca de la verdad del hombre. Por eso una tradición en común permite que hombres que difieren ampliamente en lo que hace a su desarrollo moral, vivan juntos. Los principios compartidos estructuran la comunidad. La estructuración está públicamente organizada y normalmente establecida por procesos cuya sanción se sus-

[3] *Ibíd.*, p. 13.

tenta en el hecho de que implementan la visión del bien que todos consideran verdadera. En síntesis, podemos afirmar que una civilización existe en primera instancia cuando una multitud de naturalezas se abren unas a otras para comunicarse en el nivel de la percepción moral. Cuando las mismas están cerradas, no hay civilización. La misma se ha hundido aunque todavía permanezca en pie el esqueleto masivo de los edificios y la tecnología. Una tradición existe como el principio ordenador de una multitud, precisamente, cuando existe en el alma de cada miembro y constituye así la apertura de unos a otros. Si no hay tal apertura de alma, no hay tradición, aunque los símbolos de esta última continúen existiendo y reciban un reconocimiento formal."[4]

El conservadorismo sostiene que la tradición correcta es la que permite el desenvolvimiento de la comunicación espiritual entre los individuos, la que permite la apertura de un alma a otra. Las buenas tradiciones estimulan el florecimiento del humanismo teocéntrico. Suministran dirección al individuo, ayudándolo a formar su alma de acuerdo a lo que, según los conservadores, son las verdades ciertas acerca de Dios, el hombre y el universo; promueven la paz dentro de la sociedad, guiando la interacción individual según una amplia gama de creencias comúnmente aceptadas.

Los conservadores sostienen que la tradición brinda una trama valiosa para el funcionamiento de la razón humana. Consideran que para funcionar adecuadamente dicha razón requiere operar en el contexto de un conjunto de tradiciones sólidas y saludables. Afirman que esto rige especialmente para el razonamiento moral y político pues las tradiciones que gozan de aceptación suministran un suelo común que basta para que distintos individuos puedan comprenderse y comunicarse entre sí de una manera simpática, a pesar de sus diferencias, con lo cual queda preservada la paz de la sociedad.

Los conservadores sostienen que el liberalismo socava el orden social al desencadenar la razón crítica y volverla contra la tradición. Haciendo esto, el liberalismo erosiona

[4] Parry, Stanley, "Reason and the Restoration of Tradition", en *What is. . .*, *op. cit.*, pp. 115-116.

los lazos sociales y los sentimientos necesarios para un uso responsable de la libertad personal. T. S. Eliot escribe:

"Destruyendo los hábitos sociales de la gente, disolviendo su conciencia natural colectiva en sus constitutivos individuales, dando rienda suelta a las opiniones de los más insensatos, sustituyendo la instrucción por la educación, estimulando la habilidad en lugar de la sabiduría, al advenedizo en lugar del calificado, nutriendo la noción superación frente a la cual la única alternativa sería la apatía deshauciada, el liberalismo puede preparar el camino para lo que es su propia negación: para el control brutal, mecánico y artificial como remedio desesperado a su propio caos." [5]

Los conservadores desconfían de que los problemas sociales planteados por la sociedad occidental moderna puedan resolverse con facilidad, pues el requisito previo para una operación racional exitosa —la existencia de una tradición viable de premisas comunes— está seriamente dañado. Afirman que con la decadencia de la tradición judeocristiana y de los valores del humanismo teocéntrico, se ha diluido el suelo común para una comunicación genuina y una persuasión pacífica entre los individuos; con lo cual la sociedad moderna debe recurrir a medios más coercivos para el control social. Con esta visión se viene a intensificar el pesimismo que los conservadores tradicionalistas tienen hacia la sociedad moderna, a raíz de creer que la sociedad occidental moderna carece de los medios para resolver sus propias crisis. Respaldando esta posición, Stanley Parry afirma:

"La incapacidad radical de la razón para resolver el problema de una crisis en la civilización se refiere esencialmente al hecho de que en toda moral la razón es necesariamente un elemento de la subjetividad. Como consecuencia de dicho elemento, los métodos persuasivos, únicos factibles para la razón, caen en la bancarrota con la desaparición de las pre-condiciones sociales necesarias al proceso de persuasión. En cuanto las pre-condiciones básicas estén representadas por un or-

[5] Eliot, T. S., *The Idea of a Christian Society*, New York, Hartcourt, Brace and Company, 1940, p. 13.

den moral aceptado por todos, se sigue casi por definición que con el colapso de la tradición, es decir del mencionado orden, la razón deviene impotente."[6]

Es importante tener en cuenta que los conservadores están interesados en las tradiciones correctas. En tal sentido, con frecuencia son defensores del *status quo* cuando se trata de tradiciones adecuadas, pero en otras ocasiones son enemigos del mismo en ciertas culturas. Con Burke nos vemos ante un conservadorismo que, al menos superficialmente, defendería el *status quo* cultural y que se sentiría cómodo en una tradición dada:

"Gracias a nuestra dura resistencia a la innovación, gracias a la fría pesadez de nuestro carácter nacional, todavía sostenemos el emblema de nuestros antepasados. No hemos (así lo creo) perdido la generosidad y dignidad de pensamiento del siglo XIX, no nos hemos sutilizado al extremo de convertirnos en salvajes. No somos los conversos de Rousseau, ni los discípulos de Voltaire; Helvetius no ha conseguido progresar entre nosotros. Los ateos no son nuestros predicadores, los dementes no son quienes dan nuestras leyes."[7]

Burke es capaz de expresar una actitud hacia las tradiciones de su propia nación, que representa el "conservadorismo cultural".

Pero los conservadores contemporáneos deben afrontar de otra manera la cultura y las tradiciones de su sociedad; el "conservadorismo natural" se hace imposible, dado el contenido de la cultura contemporánea. Frank Meyer se ve forzado a escribir:

"Sócrates, Platón y Aristóteles se confrontaron con el caos del cuerpo político y de las mentes de los hombres, un caos creado por la prédica presuntuosa del *demos* ateniense; tampoco nosotros vivimos en una edad que sea feliz para el conservadorismo natural. No podemos limitarnos a reverenciar; no podemos seguir acríticamente las tradiciones, pues la tradición presente ante nosotros deviene rápidamente —gracias al cli-

[6] Parry, Stanley, *Reason and...*, *op. cit.*, pp. 109-110.
[7] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, pp. 103-104.

ma intelectual predominante, gracias a las escuelas y a la insistencia de todas las agencias que moldean la opinión y las creencias— la tradición de un positivismo que desprecia la verdad y la virtud, la tradición de lo colectivo, la tradición del Estado omnipotente."[8]

Esto lleva a una situación en la que algunos conservadores se pronuncian contra el *status quo* y en favor de superarlo. En tal sentido Willmoore Kendall y George Carey escriben:

> "En algunas circunstancias (por ejemplo, en una sociedad, organización o actividad en la que se ha perdido prácticamente por completo el control, a raíz de los cambios progresivos y de los innovadores) la resistencia conservadora se expresa en el deseo de superar el *status quo* y la tradición o la ortodoxia hacia las cuales apunta dicho *status quo* para justificarse. Es decir que el conservadorismo puede considerarse como el defensor de una tradición u ortodoxia que, a pesar de quedar reducida a un mero remanente, es valorada como *la* tradición o *la* ortodoxia apropiadas para tal organización o actividad."[9]

En los niveles políticos y económicos ésta es la posición en la que se encuentra la administración Reagan cuando desafía muchos aspectos del liberalismo del *New Deal* y de la Gran Sociedad. Dicha administración es conservadora, aunque quiere alterar el *status quo*. Ataca a una ortodoxia existente en nombre de tradiciones americanas más antiguas. Por último resulta irónico que la crítica que la mencionada administración hace al liberalismo contemporáneo mantenga una deuda muy grande con el liberalismo del *laissez-faire*, propio del siglo XIX.

En consecuencia, los conservadores modernos se encuentran en una posición curiosa cuando hablan de tradición. Están forzados a ser selectivos cuando hablan de la importancia de ciertas tradiciones, pues con frecuencia deben atacar algo que actualmente es tradicional, en nom-

[8] Meyer, Frank, *Freedom...*, *op. cit.*, p. 13.

[9] Kendall, Willmoore, y Carey, George, "Towards a Definition of Conservatism", en *The Journal of Politics*, vol. XXVI, Nº 2, mayo de 1964, p. 410.

bre de tradiciones más antiguas. Esto complica la naturaleza de sus relaciones con su propia sociedad y crea dificultades para muchos aspectos de su pensamiento.

Dichas dificultades pueden visualizarse en los estilos de pensamiento encontrados que caracterizan a diferentes conservadores. Como señalara Frank Meyer:

> "La tendencia a establecer falsas antítesis que obstruyen la confrontación fructífera se debe en parte al dilema inherente al conservadorismo en una era revolucionaria como la nuestra. Hay una contradicción real entre la profunda piedad del espíritu conservador hacia la tradición, la prescripción y la preservación de la fibra de la sociedad (lo que se ha denominado "conservadorismo natural") y el conservadorismo militante, más razonable, más consciente de los principios, que se hace necesario cuando las fibras de la sociedad se han subvertido violentamente, cuando los triunfantes principios revolucionarios y nocivos, cuando la renovación y no la preservación, están a la orden del día." [10]

Como resultado de todo esto, la relación del conservadorismo con la tradición desde la última parte del siglo XIX se ha hecho más compleja y menos inteligible que la relación que Burke tenía con las tradiciones de su propia época. Los lazos entre el conservadorismo y el tradicionalismo se debilitan con el avance de la modernidad.

El dilema que afronta el conservadorismo con respecto a la sociedad moderna también se refleja en el conflicto sobre el elemento tradicionalista y el elemento ligado a la ley natural del pensamiento conservador. Un crítico del pensamiento conservador, Morton Auerbach, comenta ciertos problemas del antiguo estoicismo que pueden ser útiles para explicar alguno de los conflictos del pensamiento conservador moderno. Auerbach escribe:

> "El estoicismo fue el ajuste del conservadorismo ante estas nuevas condiciones históricas. Los primeros estoicos, que vivieron hacia el fin del siglo cuarto y el principio del siglo tercero antes de Cristo, realizaron la transición inicial enfatizando que el individuo, que se encontraba ahora socialmente aislado, debía atender

[10] Meyer, Frank, *Freedom...*, *op. cit.*, p. 10.

a la sociedad mundial, a la "fraternidad entre los hombres", a la "comunidad". Más aún, en cuanto la moralidad ya no podía depender más de normas sociales claras, el individuo debía buscar los elementos universales de la moralidad —la "ley natural"— dentro de su propia conciencia y de su propia razón." [11]

Con la decadencia de las tradiciones respaldadas por el conservadorismo, con la decadencia, asimismo, de las relaciones comunitarias jerárquicas y rurales en el mundo moderno, muchos conservadores, como los antiguos estoicos antes de ellos, se volvieron hacia un modo de pensamiento sustentado en la ley natural, para tematizar la moralidad y la política.

Burke sostenía con certeza la idea de ley natural, y nunca tuvo mucha dificultad para desarrollar su concepción acerca de ella. Su pensamiento se mantuvo, en gran medida, dentro del contexto del modo de pensamiento tradicionalista. Justamente, los que respaldaban la idea de ley natural criticaron al mencionado autor no haber desarrollado con mayor detalle su concepción acerca de dicha ley. Pero en el contexto del pensamiento conservador, no era realmente necesario que Burke hiciera tal cosa para defender sus valores. Podía aún absorber, de una manera muy directa, ciertas tradiciones que no son tan accesibles para los conservadores modernos. En el conservadorismo natural de Burke puede hallarse un modo de pensamiento tradicionalista que es no-teórico, que es altamente empírico y pragmático, adecuado a su medio social. Un modo de pensamiento que se aparta de lo abstracto y que siempre enfatiza los detalles concretos de la sociedad.

Pero en el pensamiento de los conservadores del siglo XX puede encontrarse un estilo más teórico y abstracto. Muchos conservadores se vuelven a Voegelin y Strauss en busca de una orientación filosófica e introducen en su pensamiento una ley natural y un sabor racionalista. La decadencia de las tradiciones sustentadoras y el debilitamiento de las relaciones comunitarias orgánicas fuerzan al pensamiento conservador, a pesar de sus intenciones originarias, a hacerse más teórico y abstracto. Al mismo tiempo, esto trabaja en contra de la unidad interna del pensamiento con-

[11] Auerbach, Morton, *The Conservative Illusion*, New York, Imprenta de la Universidad de Columbia, 1959, p. 18.

servador. Mientras muchos conservadores se vuelven hacia modos de pensamiento más teóricos, más racionalistas y más respaldados por una ley natural, otros intentan todavía preservar los modos tradicionales de pensamiento, a pesar de las dificultades que ello acarrea.

El conservadorismo contemporáneo no está en una posición fácil frente a la modernidad. El énfasis en las tradiciones más adecuadas es una parte crucial de la visión conservadora acerca de lo que constituye el fundamento de un orden social sano y estable. Pero el conservadorismo tiene serios problemas para explicar cómo restaurar un conjunto de tradiciones que creen seriamente dañadas. Incluso, algunos conservadores afirman que es imposible restaurar artificialmente una cultura y un conjunto de tradiciones una vez que se han perdido o que han quedado reducidas a un mero remanente; no ven una solución política para este problema. Como señala T. S. Eliot:

> "Lo que se interroga en este ensayo es si hay ciertas condiciones, en ausencia de las cuales no se puede esperar la existencia de una cultura más alta. Si podemos responder, al menos parcialmente, este interrogante, nos pondremos en guardia contra el error de intentar poner en obra estas condiciones para *favorecer* el progreso de nuestra cultura. Pues, si hay alguna conclusión en este estudio, es que la cultura es algo que no podemos encarar deliberadamente. Es el producto de una variedad más o menos armónica de actividades, cada una de las cuales persigue su propio beneficio: el artista debe concentrarse en su lienzo, el poeta en su máquina de escribir, el servidor público en los problemas particulares que le presentan los que acuden a él, cada uno de acuerdo a la situación en la que se encuentra. Y aunque el lector considere que estas condiciones que nos preocupan son fines sociales deseables, no debe sacar la conclusión apresurada de que pueden obtenerse con la sola organización deliberada." [12]

Estas observaciones de T. S. Eliot se suman al pesimismo que muchos conservadores tradicionalistas sienten hacia la sociedad moderna.

[12] Eliot, T. S., *Notes towards...*, *op. cit.*, pp. 17-18.

La administración Reagan encontraría más fácil cambiar la economía, el presupuesto y la política de regulación que reparar el daño moral y cultural sufrido por la sociedad americana en las dos últimas décadas. Nuestro conocimiento acerca de lo que hay que hacer para contrarrestar el perjuicio infligido a la familia moderna, a la religión, a la educación y a la vida comunitaria, va a la zaga de nuestro conocimiento sobre el modo de perfeccionar el crecimiento económico y la estabilidad. El modo de ganar en el Congreso una votación sobre presupuesto o reducción de impuestos es relativamente simple si se lo compara con las dificultades para hallar una solución en materia de pornografía, de aborto o en lo que hace al burdo carácter de la televisión comercial y la música popular, a la decadencia de los logros académicos en nuestras escuelas, a la elevada tasa de divorcios y al debilitamiento de los lazos comunitarios. Un gobierno federal más eficiente y una economía más sana no ofrece soluciones a la enfermedad moral y cultural que aflige a la sociedad americana.

Acaso, cada tanto se plantea la necesidad de un "renacimiento religioso" o de un "despertar moral", y en la actualidad algunos americanos centran sus esperanzas en la "Adultez Moral". Pero si tenemos en cuenta la aguda crítica conservadora de la sociedad contemporánea, es difícil ver cómo pueden esos intentos llegar a producir un genuino renacimiento espiritual.

Hay otros problemas con respecto a la visión conservadora de la cultura y la tradición. Un problema fundamental surge a raíz del carácter apolítico de la visión conservadora de la cultura. Ese carácter, propio de la mayoría de las tradiciones morales que el conservadorismo considera muy importantes para una cultura incólume, puede verificarse examinando la colección de preceptos morales realizada por C. S. Lewis en el apéndice de *La abolición del hombre*. Dicha colección está tomada de las grandes religiones de la historia mundial y sólo contiene unas pocas ideas políticas. Hasta un conservador decididamente político como Quintin Hogg se ve forzado a admitir el sabor apolítico del pensamiento conservador, como consecuencia de su énfasis en la cultura:

> "Los conservadores no creen que la lucha política sea lo más importante. En esto difieren de los comunistas, socialistas, nazis, fascistas, y de la mayoría de los

miembros del partido laborista británico. Los más simples entre ellos prefieren con más sabiduría la caza del zorro. Para la mayoría de los conservadores la religión, el arte, los estudios, la familia, los amigos, la música, la diversión, los quehaceres, todas las alegrías y bondades de la existencia que tanto el pobre como el rico defienden incondicionalmente, están más arriba en la escala que su servidora, la lucha política."[13]

Pero la dificultad, para el pensamiento conservador, radica en que no es siempre fácil traducir sus valores culturales a posiciones políticas. Es difícil ver hasta qué punto los valores apolíticos de los conservadores están relacionados con su teoría política. Ciertamente, dichos valores pueden usarse en la función negativa de excluir a las teorías políticas más extremas e inhumanas y para atacar a los Estados que violan los valores más preciados. Sin embargo, es más difícil ver qué acciones políticas positivas debería encarar el Estado para preservar esos valores apolíticos.

Otro considerable problema hace a la actitud que habría que adoptar con las culturas y las tradiciones que existen fuera del tejido de la civilización occidental. Aquí, los conservadores deben elegir entre la devoción a la estabilidad y la devoción a la verdad. El compromiso con el orden en general, junto a los elementos tradicionalistas, relativistas y sociológicos del pensamiento conservador, lo llevan a afirmar que las sociedades occidentales deben esforzarse por preservar sus propias culturas y tradiciones. El modo tradicionalista del pensamiento conservador simpatiza con las tradiciones no-occidentales. Podemos recordar el ataque de Burke al asalto británico contra las tradiciones y la cultura nativa de India, o pensar en las críticas conservadoras a la agresión maoísta a las tradiciones apoyadas en Confucio, en China.

Sin embargo, hay en el pensamiento conservador elementos absolutistas, normativos y sustentados en una ley natural que lo conducen a comprometerse con la verdad y con las tradiciones y cultura que consideran más adecuadas. Este rasgo lleva a afirmar que muchas sociedades no-occidentales deberían alterar sus sistemas para acomo-

[13] Hogg, Quintin, *The Case for Conservatism*, Londres, Penguin Books, 1947, p. 10.

darse a ciertas creencias religiosas, morales y políticas propias de Occidente. Pero en un nivel sociológico, el pensamiento conservador sugiere que tal cometido sólo produciría caos en las sociedades no-occidentales. Por consiguiente, el conservadorismo está en una posición incómoda, pues no puede decirle al hombre occidental cómo reparar las tradiciones que han sido dañadas, ni puede decidir qué decir al hombre no-occidental.

Segunda parte:
La oposición conservadora a la revolución

La visión conservadora de las fuentes del orden en la sociedad puede iluminarse un poco más al examinar, desde dicha visión, la forma considerada extrema de sociedad desordenada. Esto conduce inmediatamente a la consideración de la visión conservadora acerca de la revolución. El conservadorismo sostiene que una sociedad que resulta víctima de la revolución es el caso clásico de sociedad desordenada, siendo justamente en una sociedad así donde pueden encontrarse los principales ejemplos de completa desorientación en la vida individual. Una sociedad que sufre la revolución muestra un fuerte contraste con la clase de sociedad que los conservadores consideran correctamente ordenada. Los miembros de esta última comparten tradiciones y valores en común, que los unen en una asociación pacífica. Por el contrario, en una sociedad revolucionada la población pierde las tradiciones comunes que sirven de base a la unidad moral y política.

Uno de los temas centrales del pensamiento conservador lo constituye su oposición a la revolución como estrategia para mejorar las condiciones de la humanidad y su rechazo a la idea de que con la revolución crece la simiente de una reestructuración justa de la sociedad. Precisamente, una de las razones por las cuales los conservadores se sienten tan alienados en el mundo moderno, se sustenta en su oposición generalizada a las revoluciones ocurridas en los últimos siglos.

Los conservadores, al oponerse a la idea de la revolución como estrategia para mejorar la humanidad en su

conjunto, sostienen que es un cometido muy dudoso que arriesga la vida de toda una generación en aras de la felicidad de las generaciones futuras. Los conservadores coinciden con Burke cuando escribe:

> "La carga de la prueba grava pesadamente a aquellos que rompen en pedazos toda la trama y contextura de su país, a los que no encuentran otro modo de asentar una adaptación del gobierno que se adecue a sus fines racionales, excepto el que se propone como la manera de atacar la presente alegría de millones de personas, y llevar a la ruina a varios cientos de miles más. En sus arreglos políticos, los hombres no tienen derecho a poner completamente entre paréntesis el bienestar de la generación presente. Acaso la única certeza moral que tenemos sea el cuidado hacia nuestro propio tiempo. Al futuro debemos tratarlo como si fuéramos guardianes; más que esforzarnos por incrementar la fortuna, hay que mantener el patrimonio a resguardo del azar."[14]

La desconfianza hacia la revolución como estrategia para mejorar la humanidad tiene una deuda considerable con lo que algunos autores denominan el "temperamento conservador". En efecto, para el conservadorismo, el riesgo y las incertidumbres de la estrategia revolucionaria representan un costo demasiado alto.

Lo que turba al conservadorismo es su análisis de la actitud mental del revolucionario. Como señaláramos en el capítulo dos, el conservadorismo sostiene que el orgullo es el mayor pecado del hombre. Acaso el estudio realizado por Eric Voegelin sobre los atributos psicológicos del gnosticismo, representa el análisis más sofisticado del orgullo (tal como lo define el conservadorismo). En dicho estudio sobre la mentalidad gnóstica, el orgullo está representado por el deseo individual de colocarse en el lugar de Dios. Según los conservadores, si bien todo hombre está sujeto, a veces, al pecado del orgullo, en el caso del revolucionario, el orgullo aparece en su forma más incontenible, arrogante, irreverente y peligrosa. Para ellos, el orgullo del revolucionario reside en la autoconfianza en su visión de la justicia ideal (lo que Voegelin denomina el mundo ilusorio gnóstico) que busca imponer al mundo, con soberbio

[14] Burke, Edmund, *An Appeal...*, *op. cit.*, p. 407.

desdén y desprecio hacia todo lo que se asocie al sistema que desea superar. Desde la perspectiva conservadora, el revolucionario busca convertirse y obrar como Dios.

Los conservadores afirman que el pensamiento revolucionario conduce a una situación en la cual los hombres se obsesionan tanto con una visión de la justicia ideal, y se llenan tanto de odio hacia el mundo que los rodea que, con las palabras de Burke, "Por odiar demasiado a los vicios, terminan por amar muy poco a los hombres".[15] Según el conservadorismo, esto lleva al revolucionario a sacrificar la vida de miles, a veces de millones de personas, intentando desembarazarse de los vicios de un sistema social. En nombre de la humanidad, en nombre de los ideales más elevados, se sacrifican vidas para "liberarlas". Según los conservadores, esto lleva a una distorsión en el alma del revolucionario, por lo cual su juicio moral se desvía a raíz del odio hacia el sistema existente: Burke escribe:

> "Esta gente está tan adherida a sus teorías acerca de los derechos del hombre, que olvidan totalmente su naturaleza. No abrieron ninguna perspectiva nueva a la comprensión, y detuvieron las que conducían al corazón. Pervirtieron en sí mismos, y en todos quienes los escucharon, todas las simpatías que habitaban el interior del hombre."[16]

En los acontecimientos de Camboya, durante la segunda mitad de la década del '70, se verifican los horrores creados por los revolucionarios deseosos de reconstruir la sociedad en nombre de cierta visión sobre un orden social purificado y justo. Allí el régimen de Pol Pot llevó a cabo, antes de la invasión final vietnamita, la matanza de más de un millón de personas de la sociedad librada de las corrupciones del pasado. Todo esto se realizó en nombre de la revolución. Los revolucionarios del siglo XX en Rusia, China, Camboya y en una multitud de situaciones menos visibles han ocasionado arrestos masivos, ejecuciones, campos de concentración y hambrunas con las que complementaron sus resplandecientes retóricas acerca del progreso masivo del hombre común. Los revolucionarios de este

[15] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 210.
[16] *Ibíd.*, p. 77.

siglo no han ahorrado ningún perjuicio para perseguir sus diversas utopías.

Pero los conservadores no sólo temen los efectos de la revolución por las vidas que se pierden, sino también por el impacto que ocasiona en los juicios morales y políticos de la gente. Según ellos, la revolución en una sociedad crea una situación por la cual los individuos se ven forzados a elegir entre extremos morales y políticos. Con lo cual la prudencia no puede ya actuar. Los conservadores sostienen que esta última debe guiar al individuo en la reflexión acerca de cuestiones morales y políticas. Pero el clima de extremismo creado por una revolución destruye el clima de moderación requerido para la operación de la prudencia. En la descripción realizada por Tucídides de lo que significó para las ciudades-Estados griegas la revolución en la guerra del Peloponeso puede hallarse una descripción propia del conservadorismo más clásico sobre lo que produce la revolución en la sociedad y en los juicios morales de los individuos:

> "Los sufrimientos desencadenados por la revolución sobre las ciudades fueron muchos y muy terribles, como ocurrirá siempre que la naturaleza humana sea la misma; aunque esto adopte formas cambiantes y varíe según la particularidad del caso. En la paz y la prosperidad los Estados y los individuos tienen mejores sentimientos, porque no se encuentran repentinamente confrontados con necesidades imperiosas; pero la guerra echa por la borda la posibilidad de satisfacer sencillamente las demandas cotidianas y ensaya con un patrón rudo que lleva a la mayoría de los caracteres humanos a un mismo nivel que sus fortunas. En consecuencia, la revolución sigue su suerte de ciudad en ciudad, y acarrea a los lugares que llega más tarde excesos mayores en el refinamiento de sus invenciones, como resulta manifiesto en la astucia de sus cometidos y en la atrocidad de sus represalias. Las palabras tienen que cambiar su sentido habitual y adoptar el nuevo. La audacia imprudente pasa por coraje de un verdadero aliado; la duda prudente por sospechosa cobardía; la moderación pone un velo que oculta la falta de valentía; la capacidad para ver las distintas perspectivas pasa por ineptitud para la acción. La violencia fanática se convierte en un atributo de la

valentía, la conspiración un medio lícito de autodefensa. El defensor de las medidas extremas siempre es honrado; su oponente es siempre sospechoso."[17]

Los conservadores temen que con el desvío de los juicios morales individuales la revolución contribuya a destruir la posibilidad individual de una vida virtuosa.

Resulta interesante observar algo que con frecuencia pasa desapercibido para muchos conservadores: el desorden moral que afecta a una sociedad que sufre la revolución compromete tanto a las fuerzas revolucionarias como a las contrarrevolucionarias. Las observaciones de Tucídides no distinguen entre el extremismo y el desorden moral que caracteriza a uno y otro bando. Acaso desde la perspectiva conservadora, lo trágico de esta caracterización del desorden moral existente en una sociedad revolucionada es que dicho desorden afecta incluso a aquellos que luchan contra las fuerzas revolucionarias. Los contrarrevolucionarios también resultan víctimas del desorden. Basta pensar lo que ocurrió con pensadores franceses como Joseph de Maiestre para comprender cómo se desenvuelve el pensamiento reaccionario para responder al caos creado por la revolución.

La principal objeción contra el rechazo generalizado que el conservadorismo hace de la revolución como estrategia para mejorar la condición de la humanidad sería la siguiente: los conservadores prestan toda su atención al costo de la revolución, a la violencia, la crueldad, el desorden moral implicados en la revolución. Pero no ven el costo involucrado en el mantenimiento de los sistemas cuestionados por la revolución. No consideran que el prolongado costo implicado en la preservación de algunos sistemas sociales puede ser mucho más alto que el acarreado por una revolución y aun superar los costos de la misma.

Aunque esta crítica puede ser adecuada en lo que hace a ciertos conservadores, no vale para todos. Basta leer los folletos anti-comunistas escritos por conservadores para ver su postura crítica con respecto al costo que acarrea el mantenimiento de ciertos sistemas sociales. Los trabajos de Alexander Solzhenitsyn se vinculan con esto; los regímenes totalitarios, donde los males acarreados por el gobierno

[17] Tucídides, *The Peloponnesian War*, John Finley Jr., ed., New York, Random House, 1951, p. 189.

son tan grandes y las posibilidades de reforma tan escasas, suministran situaciones donde muchos conservadores arriesgarían una revolución.

Asimismo, puede verse a ciertos conservadores prestar gran atención al costo de preservación de su propio sistema social cuando se examina sus críticas a la sociedad occidental. En este sentido, puede considerarse lo que dicen los críticos del aborto sobre el terrible precio que paga la sociedad por la aceptación del liberalismo secular. Los conservadores reconocen los defectos morales del hombre y por eso tienen en cuenta el costo de preservar un *status quo* dado.

Con todo, a pesar de que los conservadores ven ese costo, se oponen generalmente a la revolución como medio para resolver el problema. Pero esto no se debe a que no comprendan que a veces hay que recurrir a la revolución, particularmente en las naciones totalitarias. Aceptan incluso que si se está seguro de que con una revolución surgirá un sistema social notoriamente más justo en el lugar antes ocupado por un sistema social despreciable, dicha revolución estaría entonces justificada. Burke escribe:

> "Por lo tanto, sin pretender definir lo que nunca es posible definir, el caso de una revolución contra un gobierno dado, considero que ésta puede defenderse cuando se trate de remover un mal doloroso y apremiante."[18]

Con todo, los conservadores sostienen que la revolución introduce tales incertidumbres e imponderables en la ecuación que usualmente hay poca seguridad de que un sistema significativamente mejor surja de ella. Puede observarse aquí la importancia de lo que algunos autores denominan el "temperamento conservador", que incluye una aversión considerable al riesgo.

Los conservadores afirman que la revolución ayuda a crear tal clima en la sociedad que habitualmente genera un sistema social temible. Consideran que una sociedad revolucionada se caracteriza por cierto desorden moral que tuerce el juicio de los miembros de la misma, pero desconfían de la posibilidad de restaurar por la fuerza el orden perdido. Al perder la sociedad sus tradiciones morales co-

[18] Burke, Edmund, *An Appeal...*, *op. cit.*, p. 407.

munes que hacían posible la pacífica asociación entre los ciudadanos, y al forzar la revolución a adoptar opciones extremas tanto a quienes la llevan a cabo como a quienes se oponen a ella, los triunfadores se verán obligados a recurrir a la fuerza y al terror. Y el uso de estos métodos por parte de los revolucionarios victoriosos o de los contrarrevolucionarios genera mecanismos institucionales de opresión que se perpetuarán en el nuevo orden social, haciendo dudosa la aparición de un régimen justo. Esta perspectiva está respaldada por los resultados de muchas revoluciones acontecidas durante el siglo XX, donde puede comprobarse que ciertos partidos políticos totalitarios tomaron la conducción para vencer a los regímenes autoritarios injustos, creando más opresión que la ya existente.

Otra crítica a la visión conservadora de la revolución cuestiona su tratamiento de la mentalidad revolucionaria. Dicha crítica sostiene que el conservador está tan preocupado con la mentalidad revolucionaria que olvida las causas "reales" que en primer lugar dieron origen a dicha mentalidad. El radical sostiene que el conservador está tan comprometido con los "factores espirituales" (con las actitudes y las creencias del revolucionario) que pierde de vista los factores políticos, económicos y sociales que llevan a la situación revolucionaria. El radical sostiene que un grupo revolucionario está usualmente forzado a hacer lo que hace, a raíz de la opresión ejercida por el sistema existente. En el análisis de la revolución los conservadores centran la atención en lo que denominan la mentalidad revolucionaria, mientras los radicales atienden a la clase de factores que, según creen, daría origen a tal mentalidad. El enfoque conservador lleva a la condena del revolucionario, en tanto que el enfoque radical lleva a una suerte de explicación y justificación sociológicas del mismo. Pero los conservadores afirman que son los revolucionarios los que hacen la revolución y los que deben responsabilizarse por los frecuentes fracasos, pues no todas las sociedades injustas llevan a la revolución y muchas de las mencionadas sociedades se reformaron exitosamente.

Los conservadores usualmente desechan la revolución como estrategia para perfeccionar la humanidad, pero aquí cabría preguntarse qué alternativa suministran a los individuos que creen estar viviendo en un sistema que requiere un cambio considerable. Esto lleva a la visión conservadora con respecto al reformismo. Como se verá, los

conservadores consideran que la capacidad que tenga una sociedad para comprometerse en reformas exitosas constituye una fuente importante de orden y estabilidad.

Tercera parte:
La concepción conservadora de la reforma

Contrariamente a lo que haría esperar la imagen popular de los conservadores, los mismos reconocen que las sociedades existentes están llenas de defectos y que necesitan con frecuencia reforma. La idea de reforma juega un papel importante en su pensamiento político y social. Y ayuda asimismo a vislumbrar mejor ciertos aspectos de su oposición a la revolución.

Una de las principales razones aducidas por los conservadores en favor de las estrategias reformistas orientadas al perfeccionamiento de la humanidad es, justamente, su capacidad para ayudar a prevenir revoluciones. Afirman que la habilidad del Estado en la instrumentación de reformas exitosas, es una de las claves para su supervivencia. Burke escribe al respecto:

> "Un Estado sin medios para introducir algunos cambios es un Estado que no tiene medios para conservarse. Sin esos medios siempre correrá el riesgo de perder aquello que quiere preservar con más empeño." [19]

El corazón de esta concepción de la reforma reside en la creencia según la cual la principal tarea de la misma es la preservación de los rasgos básicos de la sociedad, afrontando los diversos problemas sociales de manera asistemática y variada. Klaus Epstein captura el espíritu del reformismo conservador cuando escribe:

> "La reforma conservadora busca siempre maximizar la continuidad; cuando encuentra una institución defectuosa, trata de reformarla antes de consentir su

[19] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 23.

abolición; busca, en lo posible, poner vino nuevo en viejos odres en lugar de crear instituciones completamente nuevas para satisfacer sus nuevas necesidades. Su acción siempre está orientada al reordenamiento de los elementos de la estructura propia de la sociedad existente, en lugar de intentar una reconstrucción total a nuevo; su trabajo de reforma debe realizarse más con esfuerzo que con cólera, en un espíritu de encorvado disgusto por el peso de la necesidad, y no con un espíritu gozoso y triunfal. La mencionada reforma reverencia lo que en el pasado fue valioso, aunque tenga que eliminarlo en aras del futuro y busca mantener modelos superiores de la sociedad en los que lo antiguo siempre estará por encima de lo nuevo." [20]

El incrementalismo propio de la estrategia reformista conservadora contrasta con el carácter excesivo del reformismo radical, como lo expresan estas palabras de R. J. White:

"Descubrir el orden inherente a las cosas, más que imponer un orden por encima de ellas; reforzar y perpetuar ese orden en lugar de disponer las cosas en base a ciertas fórmulas que no son más que construcciones; legislar de acuerdo con la naturaleza humana y no en contra de ella; perseguir con cautela objetivos limitados; enmendar aquí, podar allí; en suma, preservar el método de la naturaleza en la conducción del Estado —pues la naturaleza, como observara Burke, es la sabiduría sin reflexión, pero por encima de ésta—: eso es el conservadorismo. Su método es el aristotélico, su modelo el escéptico." [21]

Los conservadores conocen bien al reformismo radical que intenta una reconstrucción total de la sociedad. Dicho reformismo busca un cambio fundamental en la estructura social. Por su parte, el reformista conservador es mucho más cauteloso en cuanto a lo que realmente debe cambiarse, y mucho más escéptico con respecto al conocimiento que los reformistas dicen poseer cuando tratan de alterar la sociedad.

[20] Epstein, Klaus, *The Genesis...*, *op. cit.*, p. 18.

[21] White, R. J., *The Conservative Tradition*, Londres, A. and C. Black Limited, 1950, p. 3.

El problema más grave que debe afrontar tal reformismo hace tanto a la posibilidad de aplicarlo a diferentes sociedades como a la de encontrar los medios adecuados para defender los valores conservadores o para crear una situación que sea más favorable a los mismos. Al sostener que la reforma constituye la gran alternativa frente a la revolución, el reformista conservador se apoya en la importante premisa expresada por Burke:

> "En esto, como en la mayor parte de las cuestiones de Estado, hay un término medio. Hay algo además de la mera alternativa entre la destrucción absoluta y la existencia privada de toda reforma." [22]

La suposición de Burke, según la cual usualmente existe una alternativa viable entre la existencia sin reforma alguna y la revolución, es esencial al reformismo conservador. El problema se plantea porque en muchas sociedades hay buenas razones para dudar de la verdad de la suposición de Burke. En muchas sociedades las fuerzas que se oponen a las reformas requeridas son tan poderosas que hay pocas posibilidades para dichas reformas, aunque se las adopte en un tiempo que los oprimidos considerarían razonable. El reformismo conservador es poco aplicable en tales sociedades.

Al hablar sobre la reforma y la revolución en un régimen considerado totalmente corrupto y opresivo, pero incapaz de alguna reforma razonable, los conservadores se enfrentan con ese problema. ¿Qué puede decirle el conservador a aquéllos que, desde el punto de vista de los propios parámetros conservadores, viven bajo un régimen opresivo e incapaz de adoptar las reformas requeridas? ¿Qué puede decirle el conservador americano a los que en la Unión Soviética y en China se oponen al comunismo? Si rechaza sistemáticamente la revolución y tiene en cuenta los límites en la aplicación de su estrategia reformista, tendría poco que decirle a los millones de personas que, según él, sufren la mayor opresión. Aquí se comprueba que la oposición a la revolución no puede ser absoluta, a pesar de los riesgos terribles y los dudosos resultados de tal cometido. Justamente, en tales casos muchos conservadores justifican la revolución. Pero tal justificación no podría pronunciarse

[22] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 193.

sin la debida cautela o suponiendo ingenuamente un resultado positivo. Debe pronunciare exenta de furor.

La clave de la estrategia reformista conservadora reside en la capacidad que una sociedad tenga para comprometerse en la clase de reformas que satisfagan las necesidades de los oprimidos y preserven los rasgos básicos del orden social correspondiente. A su vez esto requiere dos cosas. Primero, las condiciones históricas de la sociedad deben ser tales que los requisitos antes mencionados no resulten contradictorios. Segundo, los que detentan el poder deben tener la voluntad y la inteligencia para afrontar las reformas necesarias. Pero esto nos lleva a la consideración de la concepción conservadora acerca del liderazgo dentro de la sociedad. La teoría conservadora del liderazgo es uno de los temas básicos de su pensamiento político. Se considera en ella que la preservación exitosa del orden social depende de la existencia de un liderazgo fuerte y sabio, de parte de la élite gobernante.

Cuarta parte:
El elitismo aristocrático

Históricamente, la visión conservadora acerca de quienes debían liderar y acerca de la mejor manera de organizar la sociedad, tuvo una decidida orientación elitista. Para responder a la pregunta sobre quiénes debían liderar, por estar excepcionalmente calificados para ello, los conservadores del siglo XVIII y de la primera parte del XIX dirigieron la mirada hacia la aristocracia. Pues consideraron que la calificación, la posición y las virtudes de la misma se tornaban, como consecuencia de su modo especial de vida y de su entrenamiento, especialmente apta para dirigir la vida política y el destino de la nación. Incluso adentrándose ya en el siglo XX, puede encontrarse a algunos conservadores que defienden la necesidad de que el liderazgo social se encuentre en manos de una aristocracia virtuosa. T. S. Eliot escribe:

> "En una sociedad saludablemente *estratificada*, los asuntos públicos no se comparten con igualdad de responsabilidades; la mayor responsabilidad debe recaer

sobre los que tienen ventajas especiales, sobre aquellos cuya autoestima y cuya preocupación por sus respectivas familias («que lo han apostado todo al país») es coherente con el espíritu público. La élite gobernante de la nación como un todo, debería estar constituida por aquellos que han heredado su responsabilidad de su influencia y posición, y que han incrementado constantemente sus fuerzas; con frecuencia, dicha nación debe estar liderada por individuos prósperos de talento excepcional." [23]

Los conservadores se sienten atraídos ante la idea del liderazgo político asumido por una aristocracia terrateniente, por diversas razones. El modo de vida sólidamente tradicional, característico de tal aristocracia, permitiría favorecer las tradiciones en general y, seguramente, intentaría preservar aquellas tradiciones consideradas esenciales, por los conservadores, para el buen ordenamiento de la sociedad. Los intereses de tal aristocracia constituirían un baluarte contra la revolución. Una aristocracia iluminada, pretendiendo evitar la revolución, trataría de prevenir a la gente contra la opción entre una existencia sin reforma alguna y la absoluta destrucción de la sociedad. Asimismo, los conservadores desearían que los procesos de reforma estuvieran guiados por la mencionada aristocracia, para que no hagan peligrar la estructura básica de la sociedad.

El problema que plantea esta veneración por el elitismo aristocrático reside en el hecho de que muchas aristocracias no se adecuan a los atributos asignados por los conservadores a la buena aristocracia. No están lo bastante iluminadas como para encarar reformas prudentes. Mientras que hay aristocracias que viven en un contexto histórico en el que las reformas que estarían dispuestas a hacer no conseguirían satisfacer las demandas de las fuerzas revolucionarias.

Basta pensar en la incompetencia de la aristocracia francesa anterior a la Revolución. Muchos conservadores, en tal sentido, contrastan el desastroso ejemplo francés con el ejemplo inglés, usándolos como tipos ideales para mostrar lo que las élites deben hacer y no deben hacer, como ejemplos de las formas saludable y degenerada de

[23] Eliot, T. S., *Notes towards...*, *op. cit.*, p. 85.

aristocracia. La aristocracia francesa no estuvo de acuerdo con lo que se espera de una buena aristocracia, en lo que se refiere a los deberes y las responsabilidades. Vivía para sus derechos feudales y no tuvo en cuenta el deber de suministrar liderazgo a la sociedad. En cambio, la superioridad de la aristocracia inglesa reside en su capacidad para mantener la voluntad de gobernar y liderar la sociedad, en su capacidad de adaptación a las cambiantes circunstancias económicas y políticas, y en su deseo de adecuarse a los deberes y responsabilidades que, según los conservadores, deben caracterizar a una élite gobernante. Con todo, gradualmente, a pesar de su adaptabilidad, la aristocracia inglesa comenzó a perder poder y espacio en la sociedad. Tuvo que ceder poder a otras élites. El mayor problema que debió afrontar la defensa conservadora del elitismo aristocrático lo constituyó la desaparición de la aristocracia terrateniente. Simplemente, lo que muchos conservadores afirmaron acerca de la aristocracia no correspondía a la realidad.

En América, la veneración conservadora al elitismo aristocrático también tuvo problemas. Ante todo, el conservadorismo americano careció del trasfondo feudal que ayudó a la formación del conservadorismo europeo. En segundo lugar, el elogio que muchos conservadores "tradicionalistas" hicieron de la aristocracia, estaba comprometido con la institución de la esclavitud (imposible de reconciliar con el humanismo teocéntrico conservador). Los conservadores agrarios del siglo XX, en Estados Unidos, tuvieron que proponer una visión romántica de la aristocracia sureña y se vieron ante la necesidad de defender la esclavitud o ignorarla. En tercer lugar, la industrialización de los Estados Unidos, con el consiguiente dominio de otras élites, convirtió al discurso conservador en favor del elitismo aristocrático en una curiosidad arcaica. Por último, a pesar de que los logros políticos e intelectuales de la aristocracia sureña fueron considerables, particularmente en el caso de la contribución de Virginia a la fundación de la República, tal aristocracia ya no existe.

En lo que hace al tradicional respaldo del elitismo aristocrático, el conservadorismo del siglo XX se encuentra con dificultades. La clase que, desde la óptica conservadora tradicional debía liderar la sociedad, se ha evaporado. Los conservadores ya no pueden señalar a una clase o grupo específicos como poseedores de una facultad especial de li-

derazgo. Con todo, a pesar de que ya no se puede confiar en una clase aristocrática gobernante, el conservador afirma que al menos debe preservarse el espíritu aristocrático como fuente necesaria de orden social. En el contexto de una sociedad moderna, industrial y avanzada, la veneración conservadora del elitismo aristocrático, incapaz de confiarse a clase alguna, debe tratar de encontrar individuos que se sientan aún motivados por los valores aristocráticos. Los conservadores afirman que la estabilidad y el ordenamiento apropiado de la sociedad moderna depende de hallar tales individuos. Incapaz de encontrar una clase social específica que ejerza el liderazgo en la sociedad, el conservador debe sostener la idea de una meritocracia, donde la posición y el liderazgo se basarían en la capacidad y el mérito individuales. Se trata de un cambio significativo en el pensamiento político conservador. La decisión de colocar la excelencia individual por encima de la clase social superior constituye una concesión básica a los principios del liberalismo del siglo XIX. Es una concesión social y política que señala la diferencia entre el conservadorismo contemporáneo y el conservadorismo aristocrático de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Asimismo, es una brecha a través de la cual entrarán a la estructura del conservadorismo otros aspectos del pensamiento liberal.

El análisis conservador de las fuentes del orden y el desorden sociales, incapaz de confiar en una élite aristocrática como fuente de estabilidad, afronta la cuestión del orden en el contexto de los sistemas políticos democráticos y modernos. Esto conduce inmediatamente a la consideración de las afirmaciones conservadoras acerca de la democracia moderna.

Quinta parte:
La respuesta conservadora a la política democrática

Uno de los problemas fundamentales del pensamiento conservador moderno lo constituye la necesidad de mostrar por qué medios es posible preservar algunos de sus valores más importantes, en el contexto de la política democrática moderna. En esta discusión los conservadores no siempre encuentran un medio favorable en el cual operar. Hay en él

ciertos aspectos de la sociedad moderna sobre los que no tienen prácticamente ningún control; y están obligados a verlos como elementos que por esencia producen desorden. Con todo, afrontan la tarea de mostrar cómo preservar o cómo ayudar a crear el mayor orden posible, bajo determinadas circunstancias.

Mientras los conservadores defensores del elitismo aristocrático fueron de entrada críticos ante el surgimiento de la democracia en los tiempos modernos, por su parte los conservadores angloamericanos fueron más receptivos ante la política democrática. Esto vale especialmente para América, donde muchos pensadores políticos conservadores veneran al grupo de los Padres Fundadores que ayudaron a crear un sistema político más democrático.

Los conservadores descubrieron que un sistema así puede, bajo circunstancias adecuadas, mejorar la estabilidad social suministrando medios pacíficos para el cambio social y político. Puede persuadirse a las mayorías democráticas, de manera que defiendan la propiedad privada y respalden un gobierno basado en el imperio de la ley y en el constitucionalismo. La democracia, al exigir que los gobernantes tengan respaldo popular a través de elecciones libres y competitivas, reclama asimismo que quienes alcanzan los cargos presten atención a los intereses de los gobernados.

Pero con esto no se quiere sugerir que los conservadores sean ingenuos en su aceptación de la democracia. Por el contrario, están preocupados por las cualidades de los líderes elegidos en los regímenes democráticos. Asimismo, les inquieta el faccionalismo democrático, por el daño que con frecuencia acarrea a la sociedad. Están de acuerdo con la posición de James Madison en el *Federalist Paper* número 10: las facciones son el mayor problema que afrontan los gobiernos populares. Para entender el respaldo conservador a la política democrática, es fundamental atender a la naturaleza calificada del mencionado respaldo. Como Madison, los conservadores están especialmente preocupados por hallar el modo de prevenir que las mayorías irracionales y populistas se vayan de las manos. Temen que un régimen democrático irrestricto sea tan peligroso como cualquier otro régimen; las mayorías populares pueden, tanto como los dictadores impopulares, abusar de los derechos individualistas. Los conservadores coinciden con

John Adams, que considera que la democracia, como cualquier otra forma de gobierno, debe limitarse:

> "El artículo fundamental de mi credo político es que el despotismo o la soberanía ilimitada o el poder absoluto es el mismo en la mayoría de una asamblea popular, en un concejo aristocrático, en una junta oligárquica o en un emperador solitario. Igualmente arbitrario, cruel, despótico, sangriento y diabólico." [24]

Los frenos que los conservadores quieren imponer a la democracia van de las restricciones culturales a las restricciones institucionales.

El primer freno reside en el área de las restricciones culturales. Los conservadores creen que un régimen democrático estable requiere una sociedad saludable fundada en tradiciones religiosas y morales que limiten la codicia e irracionalidad de la gente. Considera que la vida espiritual de la nación debe estar guiada por el aprecio aristocrático a la libertad humana y por un código aristocrático de deberes y responsabilidades cívicas.

Esto implica que hay que hacer que las mayorías democráticas y los líderes por ellas elegidos, respeten los derechos e intereses de los demás, en la sociedad. Para ello se requiere el mantenimiento de una cultura política que apoye el engrandecimiento individual y enfatice un código de conducta que exija que tanto los líderes como las mayorías populares no hagan cualquier cosa en la persecución de sus propios fines. Estos son los frenos internos a la democracia; los mismos requieren el desarrollo de la conciencia y el respeto por las posiciones de los otros ciudadanos.

Tales concepciones llevan a los conservadores tradicionalistas a preocuparse por el curso futuro de las prósperas democracias seculares contemporáneas. Se preguntan cómo podrán las democracias opulentas y seculares sobrevivir, siendo al mismo tiempo sociedades moralmente sanas y bien ordenadas. Ante todo, con la decadencia de la autoridad, la religión y las tradiciones morales, se han debilitado los frenos internos a la conducta de los líderes y las mayorías populares. En segundo lugar, se desconfía

[24] Adams, John, *The Works of John Adams*, C. F. Adams, ed., Boston, Charles C. Little and James Brown, 1850-1856, p. 174.

que un estilo de vida demasiado blando y confortable pueda moldear al espíritu aristocrático, con su especial aprecio a la libertad humana y la aceptación correspondiente de los deberes y las responsabilidades. Muchos conservadores se preguntan por la capacidad de las sociedades occidentales modernas para mantener una forma de libertad ordenada y virtuosa. Dudan asimismo de que los pueblos y los líderes de Occidente hayan mantenido la perspectiva y la disciplina requeridas para afrontar el desafío soviético.

Es importante observar que el mayor testamento acerca del vigor del espíritu humano y del amor a la libertad, en la segunda mitad del siglo XX, puede hallarse en la persona y la obra de Aleksander Solzhenitsyn, un individuo cuya visión del mundo es completamente extraña a la visión que la sociedad liberal y secularizada de Occidente tiene de sí misma. Podría incluso afirmarse que su crítica a la sociedad occidental es similar al ataque de los antiguos profetas hebreos a sus sociedades corruptas. Su crítica a Occidente sugiere que los líderes y la gente sufren, internamente, una decadencia moral y que, al mismo tiempo, ya no saben cómo afrontar a los enemigos exteriores.

Los conservadores consideran que el daño moral infligido a la cultura occidental durante las dos últimas décadas hace mucho más difícil el gobierno de estas democracias. Los líderes y los pueblos occidentales, al perseguir de manera materialista sus propios fines, pierden responsabilidad, están más sujetos al faccionalismo y se hacen más peligrosos para sí mismos y para los demás.

El deseo de limitar los poderes de las mayorías constituye precisamente una preocupación primordial para una política democrática calificada. Burke escribe:

> "Si lo retomo correctamente, Aristóteles observa que una democracia posee muchas semejanzas con una tiranía. Pero de algo estoy seguro, en una democracia la mayoría ciudadana es capaz de ejercer la más cruel de las opresiones sobre la minoría, cuando prevalecen, como suele ocurrir, fuertes divisiones; además, la opresión de la mayoría se termina extendiendo para sojuzgar a muchos, con mucha furia, del mismo modo que ocurre cuando hay un solo cetro." [25]

[25] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 153.

Por lo tanto, los conservadores están preocupados por desarrollar frenos institucionales para los poderes de las mayorías. Dichos frenos serían un complemento de los frenos culturales.

Los conservadores americanos prestan considerable atención a las teorías constitucionales que limitan y dividen el poder de las mayorías, dividen los niveles y poderes del gobierno y disponen las elecciones de manera de impedir las nociones populistas de representación política. Los conservadores están muy influenciados por los *Federalist Papers* cuando defienden una forma constitucional y limitada de democracia. Conservadores como Willmoore Kendall, oponiéndose a las formas populistas de democracia, han desarrollado considerablemente la noción de "voluntad deliberada", que sería indispensable cultivar en el pueblo para oponerla a su voluntad inmediata (que los conservadores temen por su índole temeraria). En consecuencia, los conservadores creen que un sistema político democrático debe tener frenos vigorosos de carácter constitucional e institucional, para contener los poderes de las mayorías coyunturales, pues los cambios en un sistema requieren mayorías cuya naturaleza se encuentre bien asentada. Los conservadores esperan que tal estructuración constitucional del sistema, enmendándolo a través de un lento proceso, pueda ayudar a prevenir los poderes de dichas mayorías coyunturales (y los movimientos de reforma por ellas generados), para que no se salgan de madre y dañen los rasgos básicos del sistema. El constitucionalismo es un medio para mantener al reformismo vinculado a las orientaciones conservadoras. Justamente, el constitucionalismo, el federalismo y un sistema de frenos y equilibrios fue la respuesta clave de los conservadores americanos al problema que implicaba hallar las estructuras institucionales requeridas para limitar de manera apropiada la política democrática, protegiendo al mismo tiempo sus valores.

Estrechamente ligado al constitucionalismo, se encuentra el imperio de la ley. Es uno de los medios más importantes, según los conservadores, para limitar la política democrática y sujetar los peligros y las irracionalidades que, según ellos, son inherentes a las masas bajo las condiciones de una democracia irrestricta. Los conservadores subrayan la importancia de un sistema legal que no esté bajo la influencia inmediata y directa de las mayorías

coyunturales y populares. Con todo, no respaldan el activismo judicial que, desde su óptica, otorga demasiado poder a la corte.

Por último, el problema de la centralización o no del poder gubernamental, involucrado en la discusión acerca de las fuentes del orden y del desorden en la sociedad democrática, es una cuestión institucional que preocupa mucho a los conservadores. Estos, especialmente en el siglo XX y en América, temieron la centralización del poder en el gobierno federal, considerándola uno de los peligros del sistema constitucional.

Con todo, su sentimiento general en favor de un sistema político descentralizado es anterior al período democrático de la historia occidental; no es algo sobre lo que se expresaron recién ahora. Tiene sus raíces en el período feudal de la historia occidental y se vincula con la orientación aristocrática global del pensamiento conservador. Las protestas de Justus Môser, un conservador alemán del siglo XVIII, lo expresan claramente. Este conservador vio al Estado-nación centralizado como un enemigo de la natural diversidad social.[26] Por ende, no hay nada nuevo en la protesta de los conservadores contemporáneos contra el gobierno "sobredimensionado". Con todo, su posición al respecto requiere un análisis más prolongado.

Antes de explorar sus ideas sobre la descentralización política, es importante observar que las visiones conservadoras acerca de la democracia no se limitan a enfocar la restricción de las mayorías imprudentes y desinformadas. Desde hace ya dos décadas, una cantidad considerable de conservadores viene criticando la presencia de élites liberales en la comunidad académica americana, en la burocracia federal y en los medios noticieros. En una serie de cuestiones, tales como el control local de la educación pública en los niveles primario y secundario, los conservadores se oponen, en nombre de las mayorías locales, a las mencionadas élites. La crítica a la así llamada "nueva clase" de liberales, conformada por científicos sociales con educación universitaria de clase media alta y por planificadores gubernamentales que viven a expensas de los gastos del Estado y del dominio ejercido sobre los gobiernos locales, ha prestado un matiz "neopopulista" a la "nueva derecha" y al pensamiento po-

[26] Epstein, Klaus, *The Genesis...*, *op. cit.*, p. 313.

lítico de individuos como Kevin Phillips. Se critica así, en nombre de las masas, a las élites. Con lo cual se origina una actitud diferente a la que usualmente se asocia con el conservadorismo, en lo que se refiere a la comparación entre las élites y los ciudadanos ordinarios.

Con todo, dicha actitud puede reconciliarse con las visiones de los conservadores tradicionalistas cuando, ante el ataque sufrido por valores similares, ensayaban una defensa de los mismos. Las diferencias derivan del hecho de que, en uno y otro caso, conviene recurrir a estrategias opuestas para enfrentar el ataque a los valores conservadores encarado por las élites liberales por un lado, o la amenaza a dichos valores de parte de las mayorías populistas, por el otro.

Este desarrollo reciente no sólo representa una nueva fuente de diferencias entre los conservadores, sino que muestra también los problemas que éstos deben enfrentar como consecuencia de sus tradicionales actitudes elitistas. El respaldo que tantos grupos elitistas prestan a las actitudes liberales, tal como se manifiesta en la sociedad occidental contemporánea, complica considerablemente las ideas de los conservadores tradicionalistas acerca del liderazgo político y social, agregando así una nueva preocupación ante la orientación adoptada por la sociedad moderna.

Todo el problema se vincula asimismo con el debate contemporáneo acerca de la descentralización política. Muchos líderes conservadores deben enfrentarse con élites liberales que tienen intereses creados en lo que respecta a la dominación federal del Estado y de los gobiernos locales.

Sexta parte:
Descentralización y comunidad

En lo que respecta a la cuestión institucional, la preocupación por el modo de realizar una sociedad ordenada y libre es fundamental para los conservadores y se relaciona con la necesidad de encontrar un balance entre la centralización y la descentralización de las estructuras políticas. El problema es considerable ya que los conservadores sub-

rayan no sólo el tema de la descentralización en lo que hace a ciertas cuestiones y estructuras políticas sino también, como ya veremos, el tema de la centralización. Los conservadores defienden la idea de un gobierno nacional fuerte capaz de afrontar el problema de las facciones internas y de servir al mantenimiento de la seguridad nacional ante posibles amenazas extranjeras. Al respecto, basta tener en cuenta las contribuciones al conservadorismo americano de Alexander Hamilton y John Adams; estos dos federalistas señalan la necesidad de un gobierno fuerte para proteger a la gente de su propia naturaleza, en lo que hace a sus aspectos más violentos e irracionales. Una sociedad ordenada y pacífica requiere un gobierno fuerte y efectivo. Hamilton considera asimismo que el desarrollo del potencial económico de la nación reclama un liderazgo nacional y una policía federal instruida.

Pero al mismo tiempo, muchos conservadores temen la centralización del poder administrativo en manos de los gobiernos nacionales y afirman que una sociedad adecuadamente organizada requiere considerables gestiones tendientes a obtener una descentralización administrativa y política. Uno podría preguntarse cómo es posible que los conservadores defiendan por un lado la idea de un gobierno fuerte y de una centralización política, mientras, por el otro, avalan la descentralización política y reclaman un gobierno limitado. Puede hallarse un indicio para reconciliar estas posiciones en la siguiente propuesta de Madison:

> "¿Qué es el gobierno sino uno de los mayores reflejos de la naturaleza humana? Si los hombres fueran ángeles no se requeriría gobierno alguno. Si fueran ángeles quienes gobernaran a los hombres no se requerirían controles externos e internos. Para armar un gobierno, administrado por hombres y destinado a los hombres, la mayor dificultad reside en esto: primero hay que capacitar al gobierno para que controle a los gobernados; segundo, hay que obligarlo para que se controle a sí mismo." [27]

Los conservadores americanos, además de tener en cuenta al constitucionalismo, atendieron al federalismo co-

[27] Madison, James, "Federalist Paper Nº 10", en *The Federalist Papers*, New York, The New American Library, 1961, p. 322.

mo solución institucional, ya en lo relativo al dilema planteado por Madison, cuanto a la dificultad de encontrar un medio para combinar los mejores rasgos tanto de la centralización como de la descentralización políticas. Según las cuestiones políticas, los valores y las circunstancias involucrados en cada caso, los conservadores se inclinan hacia una u otra perspectiva.

Cuando se trata del orden público y de la seguridad nacional, los conservadores reclaman un gobierno federal fuerte. Pero cuando se trata de proteger la libertad y los valores de la comunidad, defienden la descentralización política. Los conservadores americanos, que respaldan la naturaleza federal del sistema político americano, tal como lo concibieran los Padres Fundadores, coinciden con Alexis de Tocqueville cuando escribe:

> "Suponiendo que las villas y los condados de los Estados Unidos estuvieran mejor gobernados por una autoridad remota, y desconocida, que por funcionarios provenientes de su propio medio —admitiendo, para continuar con la argumentación, que el país estaría más seguro y que se emplearían mejor los recursos sociales—, si toda la administración se centrara en una sola mano, preferiría a pesar de ello una planificación opuesta, inducido por las ventajas *políticas* que los americanos obtienen con su sistema. Si bien es útil tener una autoridad vigilante que proteja la tranquilidad de mis deleites y que conjure todos los peligros que puedan amenazarme, sin que tenga que preocuparme yo mismo; con todo, poco provecho obtendría si la misma autoridad es el señor absoluto de mi libertad y mi vida, si absorbe toda la energía de mi existencia, si cuando languidece todo languidece con ella, si cuando duerme todo debe dormir, si cuando muere, el Estado mismo debe morir." [28]

Puede verse en la afirmación de Tocqueville la médula misma de todas las futuras protestas que los conservadores manifiestan contra la excesiva centralización política y burocrática. En tal sentido, la administración Reagan representa esta perspectiva, al tratar de invertir las tenden-

[28] Tocqueville, Alexis de, *Democracy in America*, vol. I, New Rochelle, N.Y., Arlington House, 1966, p. 77.

cias centralizadoras características de los últimos quince años.

Con todo, puede cuestionarse el reclamo conservador en favor de la descentralización política, desde el punto de vista de sus propios valores. Los conservadores temen la irracionalidad de las mayorías populistas pues consideran que, con frecuencia, hacen peligrar la estabilidad social y la libertad humana. Pero, justamente, cuando tanto en las áreas locales como en las estatales se ensaya la descentralización política y administrativa, aparecen con frecuencia las mayorías populistas más peligrosas e irracionales. El tratamiento injusto sufrido por los negros americanos bajo las mayorías fanáticas de los estados sureños y de las comunidades que pretendieron guiarse por teorías constitucionales conservadoras y por nociones de descentralización política y administrativa, son en tal sentido un ejemplo clásico. En diversas oportunidades los conservadores americanos no encontraron la manera de contener a aquellos que utilizaron sus teorías constitucionales y su aprecio a la descentralización como medios para proteger prácticas sociales y políticas reñidas con los valores propios del humanismo teocéntrico.

Es importante observar que el respaldo prestado por los conservadores al sistema federal descentralizado, especialmente en lo que hace al gobierno local y al gobierno estatal, se relaciona con la veneración conservadora a la idea de comunidad; al respecto escribe Burke:

> "El primer principio de los sentimientos públicos (un principio que hay que cuidar como algo muy preciado) reside en la pertenencia y el amor a un pequeño grupo, a una subdivisión, dentro de la sociedad. Es el primero de la serie de vínculos que nos conducen al amor a nuestro país y a la humanidad." [29]

El desencantamiento experimentado por los conservadores hacia la sociedad moderna se expresa entre otras cosas con la protesta contra la decadencia de la comunidad rural, unida por relaciones sociales sustentadas en la jerarquía y el respeto. Los conservadores sostienen que en la vida comunitaria existen fuertes relaciones afectivas que son esenciales para una sociedad ordenada y moralmente sana.

[29] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 55.

Asimismo, consideran que las comunidades pequeñas y con jerarquías bien delimitadas son fundamentales para el desenvolvimiento moral y emotivo de los individuos. T. S. Eliot captura un arquetipo de la veneración que experimentan los conservadores tradicionalistas hacia la vida comunitaria:

> "Es importante que un hombre pueda sentirse, no como un mero ciudadano de una nación cualquiera, sino como un ciudadano perteneciente a una parte peculiar de su país, con lealtades locales. Estas últimas, como ocurre con la lealtad a la clase, brota de la lealtad a la familia. Ciertamente, un individuo puede llegar a tener la devoción más alta hacia un lugar donde no ha nacido y hacia una comunidad con la que no lo unen lazos ancestrales. Pero pienso que debemos aceptar que hay en esto algo artificial, algo demasiado consciente, si lo comparamos con una comunidad de gente con fuertes sentimientos locales y con una procedencia en común. Considero que por lo menos debemos aguardar una o dos generaciones para alcanzar una lealtad que sea heredada y no el resultado de una elección consciente. En términos generales, parecería que lo mejor es que la gente viva en el lugar donde ha nacido. La familia, la clase, la lealtad local se sustentan unas a otras, y cuando una decae, las otras sufren también una decadencia." [30]

Los conservadores valoran considerablemente la seguridad y el sentido que las relaciones comunitarias estables pueden suministrar, según ellos, a la vida individual. Consideran que, en general, la sociedad moderna experimenta un desorden creciente, tanto en lo que hace a la estabilidad social como al sentido de la vida individual, a raíz de la decadencia de la vida comunitaria. Al respecto, señalan un amplio espectro de causas: el crecimiento del Estado nacional, con su tendencia a expandir y centralizar el poder, la industrialización y la urbanización de la sociedad, la movilidad creciente de la población, y la influencia ejercida por el espíritu racionalista sobre las creencias y las costumbres, decisivas para las relaciones comunitarias rurales.

[30] Eliot, T. S., *Notes towards...*, *ov. cit.*, p. 51.

Asimismo, es importante comprender que la veneración manifestada por los conservadores hacia la comunidad se encuentra en última instancia fundada en la creencia en la familia como la unidad social más importante. Las relaciones familiares son el núcleo de las relaciones comunitarias. Gran parte de la crítica actual que los conservadores hacen a la sociedad y a las políticas del gobierno federal, se centran en la decadencia de los valores familiares tradicionales.

El tono pesimista de la teoría conservadora, en lo que hace a los efectos de la sociedad moderna sobre la comunidad y los lazos familiares tradicionales, se explica si tenemos en cuenta que es difícil ver cómo sea posible restaurar la clase de relaciones comunitarias y de lazos familiares necesarios para una buena sociedad, cuando han resultado dañados.

Séptima parte:

Las concepciones conservadoras acerca de la propiedad y de la división del trabajo

Un estudio sobre la concepción conservadora acerca de las fuentes del orden social sería incompleto si no atendiera a su actitud en lo que hace a la propiedad y a la división del trabajo. Los conservadores consideran a la propiedad como esencial para la libertad humana, la familia y la estabilidad social. Rossiter sostiene:

> "La propiedad hace posible que el hombre sea libre. Nadie puede gozar de independencia y privacidad si debe contar con otros —personas o agencias, especialmente gubernamentales— para obtener comida, abrigo y confort material. La propiedad brinda un lugar donde estar y ensayar opciones libres; garantiza una esfera en la cual es posible ignorar al Estado. La propiedad es la técnica singular más importante para la difusión del poder económico. Es esencial para la existencia de la familia, unidad natural de la sociedad. Suministra asimismo un incentivo fundamental para el trabajo productivo. Tal como es, y como siempre será, la naturaleza humana desea adquirir y poseer,

como motivos esenciales para el progreso. Por último, la propiedad es un poderoso agente conservador, pues brinda sustento y sustancia al temperamento que ayuda a estabilizar la sociedad."[31]

Sin embargo, a pesar de que los conservadores defenderán siempre la propiedad privada frente a la expropiación socialista, a veces no coinciden con la índole de la propiedad privada que están defendiendo. La observación detenida de la posición conservadora mostrará que en realidad está dominada por dos concepciones distintas acerca de la propiedad y la división del trabajo. Por una parte, está la concepción "tradicionalista", de orientación básicamente precapitalista. Por el otro, está la concepción "liberalista", que tiene una perspectiva altamente capitalista.

La defensa de la propiedad tal como la ensayan los conservadores, constituye una de sus creencias institucionales básicas, en lo que hace al ordenamiento adecuado de la sociedad. Históricamente, los conservadores "tradicionalistas" realizaron una defensa de la propiedad de la tierra y de los derechos y obligaciones vinculados a dicha propiedad con una orientación decididamente aristocrática y agraria. Además, tal posición tiene una deuda importante con la veneración conservadora a las grandes familias. Burke escribe al respecto:

> "El poder de perpetuar nuestra propiedad en nuestras familias es algo muy valioso y tiende además decididamente a la perpetuación de la sociedad misma. Hace a nuestra debilidad servidora de nuestra virtud, pone un elemento de benevolencia incluso en nuestra avaricia. Los poseedores de patrimonio familiar y de la distinción que asiste a la posesión hereditaria (como los más preocupados por ella) son la seguridad natural para su transmisión."[32]

La posición conservadora "tradicionalista" sostiene que una sociedad basada en familias terratenientes de larga data hace posible un medio capaz de contribuir al desarrollo de individuos bien reputados que llevan al ápice la libertad humana. Los defensores de esta posición afirman

[31] Rossiter, Clinton, *Conservatism in...*, *op. cit.*, p. 38.
[32] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, pp. 60-61.

que las familias terratenientes asumen la clase de obligaciones y deberes que resultan vitales para el desenvolvimiento del tipo adecuado de ciudadano. Los poseedores de la tierra no sólo tienen la obligación de preservar a sus familias sino que también tienen obligaciones con la comunidad más amplia. Pero la índole de la propiedad valorada por estos conservadores contrasta sobremanera con las relaciones de propiedad dominantes en la sociedad occidental contemporánea. Tal visión de la propiedad está sustentada en el contexto de una división del trabajo de naturaleza bastante simple y propia de un ámbito rural.

Una sociedad donde la división simple del trabajo origina lo que ciertos autores llaman una "propiedad dura" es la que presta apoyo a la visión antes mencionada. Se trata de una clase de propiedad con respecto a la cual el individuo mantiene una relación muy directa e incluso, a veces, total. En una familia que tenga la propiedad de una tierra, los individuos que la constituyen mantienen una relación muy concreta y perdurable con dicha tierra. Karl Mannheim atrapa la esencia de esta concepción de la propiedad en su estudio sobre el primer conservadorismo germano:

> "Acaso la peculiar naturaleza de la concretez conservadora pueda verse mejor en su concepto de *propiedad*, que contrasta con la moderna idea burguesa respecto de la misma. En tal sentido, recomiendo un ensayo muy interesante de Môser donde se traza la desaparición gradual de la vieja actitud hacia la propiedad, comparándola con el concepto moderno de propiedad, que ya comienza a mostrar su influencia en nuestra época. En su ensayo *Von dem echten Eigentum* muestra que la vieja «propiedad genuina» estaba unida a su poseedor de un modo totalmente diferente al actual. Antes, existía una peculiar relación recíproca y vital entre la propiedad y su poseedor. La propiedad en su antiguo sentido «genuino» conllevaba ciertos privilegios para su poseedor —por ejemplo, le daba voz en los asuntos de Estado, le daba el derecho a cazar, a ser miembro de un jurado. En tal sentido, se encontraba estrechamente unida a su honor personal, siendo por ende *«inalienable»*." [33]

[33] Mannheim, Karl, *From Karl...*, *op. cit.*, p. 162.

Esta propiedad es muy distinta a la propiedad "blanda" que domina en la sociedad industrial avanzada. Es una propiedad que constituye una parte de la existencia diaria del poseedor; no existe en un papel o almacenada en una bodega. La visión "tradicionalista" se ve obligada a considerar que las relaciones humanas basadas en la propiedad "blanda" son indirectas y "abstractas".

Al considerar la concepción "tradicionalista" acerca de las condiciones de trabajo en una sociedad rural, oponiéndolas a las existentes en una sociedad industrializada, comprenderemos mejor lo que hace a la concepción de la propiedad antes mencionada. Los conservadores "tradicionalistas" tienden por una parte a idealizar la vida del artesano medieval y su relación con el producto de su trabajo, y por la otra se muestran muy preocupados por la clase de vida del trabajador industrial y por su propia relación con los productos que fabrica.

La concepción "tradicionalista" considera que la sociedad industrial padece un desorden esencial, a raíz de su compleja división del trabajo y del carácter "abstracto" de sus relaciones de propiedad. Desde esta concepción se sostiene que en una sociedad más simple el individuo es capaz de comprender su lugar y la contribución que hace a la sociedad en su conjunto. La vida tiene para el individuo un sentido. Por el contrario, en una sociedad basada en una complejísima división del trabajo, donde las relaciones de propiedad "duras" se ven reemplazadas por relaciones "blandas", la comprensión individual se ve obstaculizada. El individuo no puede comprender su lugar en la sociedad moderna ni la naturaleza de su contribución a la misma; ante la incomprensible complejidad que debe afrontar, su autoestima resulta herida y su vida se muestra carente de sentido. Comparadas con las relaciones humanas concretas propias de una sociedad basada en la propiedad "dura", las relaciones sociales modernas se manifiestan abstractas y alienadas. Pero hay más, porque de acuerdo con esta visión, la actividad política de los individuos y los grupos sólo percibe a la sociedad compleja desde la perspectiva estrecha que determina la división total del trabajo, con lo cual dicha actividad tiende a hacerse más irracional y contradictoria a medida que la mencionada división gana en complejidad. El conocimiento simple, capaz de funcionar en una sociedad sencilla, resulta inútil en una sociedad compleja. Con el aumento de la división del trabajo, la sociedad

deviene más compleja y la racionalidad política resulta cada vez más difícil de alcanzar.

Es interesante observar que la concepción "tradicionalista" de la propiedad desemboca en una crítica a la sociedad industrial moderna que tiene mucho en común con la crítica a la sociedad capitalista avanzada tal como la realiza el pensamiento de cuño socialista. Como señalara Karl Mannheim, al referirse al pensamiento conservador:

> "Para Hegel la esencia de la propiedad residía en que «Hago de una cosa el vehículo de mi voluntad», y afirmaba también que «la racionalidad de la propiedad consiste, no en la satisfacción de nuestras necesidades, sino en el auxilio prestado a la personalidad, permitiendo que ésta se eleve por encima de la mera subjetividad.» Es interesante notar aquí algo que ya hemos observado: el modo en que la oposición de izquierda al pensamiento capitalista burgués aprende de la oposición de derecha al pensamiento burgués. El carácter abstracto de las relaciones humanas bajo el capitalismo, enfatizado constantemente por Marx y sus seguidores, es un descubrimiento original de observadores provenientes del campo conservador." [34]

Pero la crítica conservadora de tendencia "tradicionalista" difiere de la crítica socialista, ya que la primera está dirigida a la sociedad industrial en sí misma, mientras la segunda lo hace a una forma particular suya, el capitalismo.

Sin embargo, hay otra concepción conservadora acerca de la propiedad y la división del trabajo que mira con ojos más favorables a la sociedad industrial, especialmente en su forma capitalista. La concepción "liberalista" venera tanto la índole de propiedad como las relaciones vinculadas a ella, propias del empresario privado. Mientras la visión "tradicionalista" es de orientación rural, la "liberalista" es industrial. Mientras el conservador "tradicionalista" observa la pertenencia desde la óptica familiar, el conservador "liberalista" la concibe desde la óptica individual. Una visión manifiesta constantemente inquietud y desconfianza hacia la sociedad industrial y capitalista, mientras la otra acepta la sociedad industrial y desea defender al capitalismo. La visión conservadora "liberalista" acerca

[34] *Ibíd.*, p. 163.

de la propiedad y la división del trabajo muestra la gran influencia que el pensamiento liberal clásico ha ejercido sobre el pensamiento de muchos conservadores contemporáneos. En ese sentido, tienen especial importancia los trabajos de William Graham Sumner, Ludwig von Mises, Friedrick Hayek y Milton Friedman. La visión "liberalista" se sustenta en la conceptualización de un sistema económico que básicamente es el del *laissez-faire*. Los conservadores que adhieren a esta concepción se comprometen pues en la defensa de las creencias liberales de los siglos XVIII y XIX, vinculadas al derecho a la propiedad privada y a la economía de mercado, contra el liberalismo reformista del siglo XX.

Los conservadores "liberalistas" afirman que la visión "tradicionalista" peca de romanticismo en lo que hace a la sociedad feudal y rural. Los conservadores "tradicionalistas" descuidarían las desventajas de la sociedad rural. El incremento de la división del trabajo, propio de la sociedad industrial, incrementa la base material de la sociedad y permite un nivel de civilización más elevado. La posición "liberalista" sostiene que la sociedad industrial hace posible un aumento de la diversidad y del potencial de la vida individual. Asimismo, la industrialización de la sociedad constituye una etapa significativa en la historia de la humanidad. Los conservadores "liberalistas" admiran mucho lo que, según ellos, es la creatividad del empresario privado y la clase de libertad propia de la sociedad capitalista. Comparten, en ese contexto, la defensa del capitalismo industrial avanzado, tal como la ensaya Ludwig von Mises en su *Human Action*. Allí el autor les recuerda a los nostálgicos de la sociedad rural, los siglos de pobreza, ignorancia, enfermedad y degradación humana que caracterizaron al orden preindustrial. Para los propietarios de las grandes plantaciones, o en el caso de un próspero hacendado como Jefferson, ciertamente la vida rural tiene muchas virtudes. Pero considerar sólo los costos de la industrialización sin tener en cuenta las miserias de la sociedad preindustrial, implica desequilibrar el juicio referido a las dos sociedades.

El pensador conservador se ve en dificultades cuando se lo interroga sobre el costo del proceso de industrialización en las así llamadas naciones "subdesarrolladas". Una de las tendencias del pensamiento conservador advierte a tales naciones sobre los costos de la industrialización,

mientras la otra urge para realizarla. La mayoría de los conservadores adoptan una de las tendencias; desean lo mejor de cada uno de los mundos: quieren que las naciones en desarrollo sigan el modelo americano de capitalismo industrial, y quieren asimismo evitar el daño ocasionado por el experimento americano a los valores tradicionales. Lo que nunca queda claro es el modo a través del cual esto puede realizarse.

Sin embargo, ambas tendencias comparten algunas cosas. Las dos veneran la "propiedad dura", sea la del hacendado o la del empresario privado. Ambas visiones tienen una postura crítica hacia la propiedad de las grandes corporaciones, que consideran como una "propiedad blanda". Con frecuencia, las dos posiciones se entremezclan, de manera acrítica y según las conveniencias, en el pensamiento de los conservadores individuales que intentan revitalizar, en el contexto de la política contemporánea, la defensa de la propiedad del pequeño hacendado y del hombre de negocios de poca monta. Y, lo que es más importante, ambas visiones afrontan un problema histórico similar. La índole de propiedad que valoran está amenazada por la evolución económica de la sociedad moderna. Los defensores de la posición "tradicionalista" han advertido, desde los comienzos mismos de la revolución industrial, que la sociedad moderna tendía a desprestigiar su clase de propiedad. Muchos defensores de la visión "liberalista" (basta pensar en Joseph Schumpeter y en su veneración al industrial pionero; asimismo hay que tener en cuenta su análisis de la evolución capitalista) comprendieron que la evolución del capitalismo corporativo socava la forma de propiedad respaldada por ellos. Hay que tener en cuenta que, frecuentemente, las élites corporativas sustentan políticas económicas colectivistas que se oponen a los pequeños hacendados y hombres de negocios de escasa relevancia. Ambas tendencias llevan al conservador a adoptar una actitud crítica hacia la sociedad moderna.

Sin embargo, a pesar de los puntos en común manifestados por las mencionadas tendencias, no hay que olvidar sus diferencias; las mismas crean tensiones considerables en el pensamiento conservador y amenazan su unidad interna. Pero los ataques de los movimientos liberal y socialista, durante el siglo XX, disminuyen la importancia de las diferencias teóricas que, con respecto a la propiedad, existen dentro del conservadorismo. Tales movimientos cri-

tican, en nombre de la igualdad, las concepciones conservadoras acerca de la propiedad. Precisamente, con respecto a esta cuestión existe un acuerdo fundamental entre ambas escuelas del pensamiento conservador: ambas tendencias avalan ciertas desigualdades en lo que hace a la distribución de la propiedad, de los ingresos y de las riquezas.

Los conservadores consideran a la desigualdad en la distribución de la propiedad como una consecuencia natural de la libertad que goza la gente. Coinciden al respecto con las afirmaciones de John C. Calhoun:

> "Ahora bien, como los individuos tienen significativas diferencias entre sí en lo referido a la inteligencia, la sagacidad, las energías, la perseverancia, la habilidad, las costumbres relativas a la industria y la economía, el poder físico, la posición y la oportunidad, la desigualdad entre aquellos que poseen estas cualidades y ventajas en un grado elevado, y aquellos que no las tienen, aparecerá como un efecto necesario, si todos son libres de mejorar sus propias condiciones." [35]

La desigualdad económica es algo inevitable en una sociedad libre.

El pensamiento económico conservador comienza con una creencia en el carácter natural de las desigualdades existentes entre los individuos y en la importancia de permitir que los individuos gocen de una libertad considerable para tratar de mejorar las condiciones de sus vidas. Al respecto, Calhoun presenta el argumento conservador clásico, al discutir acerca de la relación entre libertad e igualdad:

> "Se acepta que es esencial a la libertad en un gobierno popular que los ciudadanos estén parcialmente unidos y que sean iguales ante la ley. Pero ir más allá y hacer de la igualdad la *condición* esencial para la libertad llevaría a destruir tanto a la libertad como al progreso. Porque la desigualdad de condiciones es la consecuencia necesaria de la libertad y, al mismo tiempo, resulta indispensable para el progreso. Para comprenderlo hay que tener en cuenta que el deseo de mejorar la propia

[35] Calhoun, John C., *A Disquisition on Government*, Indianapolis, Bobss-Merrill Company, 1953, p. 44.

condición es la clave del progreso individual y que el mayor impulso para esto reside en dejar a los individuos libres de juzgar por sí mismos la mejor manera de lograrlo, siempre que no se oponga a los fines del gobierno y asegure para todos los frutos de sus esfuerzos." [36]

Los conservadores consideran que la libertad personal, la iniciativa y la oportunidad de adquirir propiedad privada para uno y su familia son esenciales en el progreso humano y para el desarrollo de mejores patrones de vida. Por eso la mayoría de los conservadores contemporáneos aceptan la concepción "liberalista" de la propiedad y desean defender al capitalismo industrial, a pesar de las reservas planteadas por los "tradicionalistas". Justamente, el mejor ejemplo reciente de una defensa conservadora de un sistema económico basado en la propiedad privada y en las reglas del mercado, puede hallarse en la obra de George Gilder, *Wealth and Poverty* (New York, Basic Books, 1981).

La aceptación de tal sistema tiene consecuencias importantes para el pensamiento político conservador, que posee mucho en común con las ideas liberales sobre la función adecuada del gobierno en la sociedad, tal como se manifestaron durante el siglo XIX. Importantes al punto de implicar la aceptación de las diferencias de clases como algo inevitable y de los conflictos dentro de la sociedad. Basta recordar las observaciones de Madison en el *Federalist Paper* Nº 10, donde señala que las facciones se originan en las diferencias económicas existentes entre los diversos grupos de una sociedad:

"La diversidad existente en las aptitudes que poseen los hombres, que dan origen a los derechos de propiedad, no constituye un obstáculo menor para el intento de uniformar los intereses. El primer objetivo del gobierno es proteger tales aptitudes. De la protección de aptitudes distintas y desiguales, orientadas a la adquisición de propiedad, resulta inmediatamente la posesión de grados e índoles de propiedad diferentes; y de su influencia sobre los sentimientos y concepciones de los respectivos propietarios sobreviene una división de la sociedad en partes e intereses diferentes.

[36] *Ibíd.*, pp. 43-44.

"Por lo tanto, las causas latentes de la facción arraigan en la naturaleza humana; y podemos verlas por doquier, con diversos grados de actividad, según las circunstancias de la sociedad civil." [37]

Como Madison, muchos conservadores piensan que el faccionalismo plantea serios peligros a la sociedad, pero están comprometidos con una creencia en la propiedad privada que hace de las facciones algo inevitable. Consideran que la solución comunista al problema de las facciones, a través de la abolición de la propiedad privada, es, para usar las palabras de Madison, "un remedio peor que la enfermedad". Como Madison, desean defender ciertos medios culturales e institucionales capaces de limitar el daño que pueden producir las facciones y las clases sociales, tanto a sí mismas como a la sociedad.

Si tenemos en cuenta las consideraciones realizadas por los conservadores acerca de las fuentes del orden y del desorden en la sociedad, tendremos sobradas razones para preocuparnos por el futuro de la sociedad moderna. La teoría conservadora sugiere que las condiciones necesarias para una sociedad bien ordenada, están dañadas. Los conservadores consideran que las tradiciones morales y religiosas correctas, la vida cultural, el liderazgo aristocrático, la descentralización política y la vida comunitaria, han retrocedido en la sociedad moderna. La teoría conservadora sobre el orden social reclama condiciones que han sido dañadas por la industrialización, la secularización, la centralización administrativa y la racionalización de la sociedad moderna. Teniendo en cuenta su posición acerca de las fuentes del orden, no puede sorprender que a veces los conservadores se manifiesten pesimistas sobre el modo de restaurar el orden en la sociedad moderna. Si la teoría conservadora es correcta, la sociedad moderna tiene problemas serios ante sí.

Los conservadores necesitan convencer a las élites y a las mayorías populares contemporáneas sobre la importancia de volver a las tradiciones y valores antiguos, de respaldar reformas prudentes para evitar las revoluciones, de descentralizar la vida política y administrativa del país, de reconstruir el sentido comunitario y de reavivar la búsqueda orientada al ennoblecimiento del esfuerzo individual.

[37] Madison, James, *op. cit.*, pp. 78-79.

La clave de su análisis del desorden en la sociedad moderna reside en la cuestión del liderazgo en una sociedad democrática. En su acusación al liderazgo liberal, tal como se muestra en las sociedades occidentales de las últimas décadas, se deplora que las élites hayan dejado en un estado de abandono generalizado valores conservadores imprescindibles para una sociedad ordenada, libre y moralmente sana. Para los conservadores, el curso futuro de la sociedad moderna depende de su capacidad para conducir a los países en una dirección muy diferente de la actual.

6. La relación entre la razón teórica y la razón práctica en el pensamiento conservador

Uno de los temas centrales del pensamiento conservador hace a la necesidad, en el pensamiento político, de un equilibrio entre la razón teórica y la razón práctica. Por un lado, el conservador sostiene que existen ciertas verdades religiosas, metafísicas y morales sobre Dios, el hombre y el universo que deben ser objeto de la razón teórica, pero que, al mismo tiempo, el pensamiento político no debe perder de vista. Asimismo, sostienen que las complejidades del mundo político son tales que el pensamiento sobre problemas políticos específicos debe basarse en consideraciones empíricas y pragmáticas. El conservador considera que el tipo de razonamiento político adecuado requiere una correspondencia ajustada entre los razonamientos teóricos y prácticos. Vamos ahora a abordar los problemas que se le presentan al conservadorismo en el mundo contemporáneo cuando intenta satisfacer esta exigencia.

Uno de los mayores problemas es el de mostrar la relación existente entre sus creencias religiosas (su principio cosmológico) y sus principios morales (basados en su humanismo teocéntrico y en su teoría de la ley natural) por un lado, y los temas políticos específicos por el otro. No es una tarea fácil, pues no siempre está claro el tipo de acción política determinada por los principios religiosos y morales de los conservadores. Existen muchos individuos que tienen creencias religiosas, valores morales y preferencias culturales de cuño conservador, pero cuyas concepciones políticas son liberales. Los conservadores no tienen el mo-

nopolio de la ortodoxia religiosa y de la adhesión a la moral tradicional y a los valores culturales. Hay muchos liberales que creen en Dios, ordenan su vida personal en base a principios morales muy estrictos y se preocupan por la decadencia de los patrones culturales.

Por añadidura, los conservadores están con frecuencia en desacuerdo entre sí en lo que hace a las consecuencias políticas de sus principios religiosos y morales. Las diferencias políticas entre conservadores "tradicionalistas" y "liberalistas" se refieren al problema de trasladarse de lo abstracto a lo concreto. Esto no sólo dificulta la armonía interna del pensamiento conservador, sino que nos lleva a preguntarnos si el conservadorismo contemporáneo ha tenido éxito en el intento de relacionar sus modos teórico y práctico de razonamiento.

Hay que preguntarse por qué el conservadorismo tiene problemas para resolver esta relación y, asimismo, hay que preguntarse por qué distintos conservadores, partiendo de principios similares, arriban a conclusiones políticas opuestas. El pensamiento conservador tiene dos importantes características que ayudarán a explicar estos problemas.

La primera razón hay que buscarla en el rechazo al pensamiento político doctrinario, de carácter programático. Los conservadores se oponen al tipo de pensamiento según el cual los programas políticos se deducen lógicamente de un conjunto de principios generales, que resolverían todos los asuntos políticos refiriéndolos a la teoría. Para un conservador, declarar que sus proyectos políticos son *el programa conservador*, el único justificado por los principios conservadores y deducido a partir de ellos, sería violar la precaución que hay que tener para no caer en el racionalismo político.

Esto no significa que los conservadores jamás adelanten programas políticos a manera de solución para diversos problemas. La administración Reagan sostiene, claramente, una cantidad de programas que considera necesarios para llegar a ser un país más fuerte. Para la década del '80 hay una agenda conservadora que reclama la restricción del crecimiento del gasto público, el recorte de las tasas, la reducción del alcance de las regulaciones gubernamentales, la descentralización de las estructuras políticas y la expansión del poderío militar americano. Algunos de estos puntos implican nuevos programas, pero muchos implican

simplemente la modificación de programas ya existentes. La despreocupación por la inspiración teórica de tales políticas y por la unidad sistemática de estos programas, destinada a evitar la incoherencia y la falta de objetivos globales, hacen que estas propuestas no puedan fundirse en una representación ideológica orientada a la completa reestructuración de la sociedad americana. A pesar de la jactancia de algunos partidarios de Reagan que hablan de una "revolución conservadora" y de los lamentos de sus críticos, que piensan que se está desplazando todo un sistema que ellos contribuyeron a crear, la ejecución de la mayoría de los objetivos de Reagan dejaría intactas las características básicas del sistema actual. Habría cambios importantes en la dirección del país —desechables desde el punto de vista de los conservadores—, pero la sociedad no sufriría una transformación radical. Deberán recortarse algunos programas sociales, pero el monto total del gasto público permanecería en los cientos de billones de dólares. El país que dejaría un Estado benefactor conservador sería el opuesto al que dejaría un Estado benefactor liberal.

Es factible que la administración Reagan pueda lograr que el debate sobre las cuestiones cotidianas se realice en términos favorables para ella, ya que Reagan ha lanzado al liberalismo americano un considerable desafío retórico. De todos modos, los programas de Reagan no son pragmáticos en el sentido que esta palabra tiene para los partidos más radicales de Europa, donde pueden encontrarse programas de cambio total. Si examinamos las propuestas de Reagan, encontraremos que los conservadores discrepan entre sí con respecto a su contenido, y discuten si dicha propuesta va demasiado lejos o no avanza lo suficiente, en lo que hace al cambio de dirección del país.

La segunda razón hay que buscarla en la naturaleza pluralista del sistema de valores conservador. No hay fórmulas concretas que rijan la multiplicidad de valores; por ello cuando discuten asuntos políticos específicos, los conservadores eligen libremente y acentúan valores y principios diferentes, lo que origina desacuerdos. Asimismo, a raíz de esto hay también diferencias entre ellos en lo que respecta a los asuntos públicos que merecen mayor atención.

Una de las mayores desavenencias del conservadorismo americano de los años '80 se refiere a las demandas conflictivas que recibe la administración Reagan de parte de quienes creen que la mayor prioridad le corresponde a los

problemas económicos de la nación o que, contrariamente, creen que hay que tratar en forma prioritaria los asuntos sociales. El primer grupo incluye a los conservadores "liberalistas", que están influenciados por el liberalismo del *laissez-faire.* Estos creen que la salvación del país reclama la reducción de las cargas impositivas, el impulso a la iniciativa y al ahorro privados, la limitación del crecimiento del gasto público y la reducción de la intervención gubernamental en la regulación de los negocios. Con este grupo trabajan los conservadores que aspiran a un sistema federal menos centralizado.

El segundo grupo comprende a los conservadores inspirados en creencias religiosas y valores "tradicionales". Estos creen que para salvar al país es necesario hacer algo frente a la secularización creciente de la sociedad, frente al aborto, la pornografía y la decadencia de los valores familiares tradicionales. Para consternación de varios grupos religiosos de la Nueva Derecha, la administración Reagan, hasta ahora, ha prestado mucha más atención a los reclamos del primer grupo.

Ambos grupos invocan principios teóricos importantes para el conservadorismo, pero no pueden coincidir con respecto a los temas prioritarios. Para peor, sus propuestas no siempre son coherentes. No se puede reducir el impacto del gobierno federal sobre la vida individual, y pasar al mismo tiempo por alto una reforma constitucional sobre el aborto ilegal. Las diferencias entre estos grupos son, en varios aspectos, una repetición de las diferencias que existían ya entre las dos escuelas de pensamiento, la "tradicionalista" y la "liberalista". Pero, al menos por tres razones, el conflicto presenta diferencias.

Ante todo, la discusión actual se sitúa en un momento en que el conservadorismo es bastante fuerte en el país, y tiene el aval de una importante cantidad de victorias (la más significativa es la elección que llevó a Ronald Reagan a la presidencia). Ahora los conservadores deben enfrentar el problema de las prioridades, al mismo tiempo que tratan de gobernar y conservar el poder político en una sociedad democrática. Los debates anteriores se desarrollaron bajo circunstancias políticas muy distintas. En segundo lugar, los defensores de cada bando, en la discusión actual, tienen más publicidad que los oradores de una década atrás. Tanto el bando de los que enfatizan la economía como el de la "Nueva Derecha" religiosa, llevaron tan

lejos la lógica de sus posiciones que ciertos oradores sobrevivientes de épocas anteriores, que defendieron las viejas posiciones "liberalista" y "tradicionalista", se alzaron para reclamar moderación. En tercer lugar, quienes participan actualmente de las controversias han desarrollado una base organizativa mucho más fuerte desde la cual promover sus respectivas posiciones.

En consecuencia, la relación entre la razón teórica y la razón práctica en el pensamiento conservador es de índole diversa, es muy ambigua y susceptible de gran variedad de interpretaciones. Desde la perspectiva del que reclama coherencia en la relación mencionada, el conservadorismo no logra alcanzar una postura clara. Podría incluso criticarse a los conservadores el hecho de no actuar de acuerdo a su propia exigencia, que requiere la existencia de una estrecha relación entre ambas, en el contexto del pensamiento político. No obstante, antes de evaluar la validez de esta crítica, hay que examinar con mayor detalle la posición conservadora.

Podemos comprender mejor dicha posición si examinamos las afirmaciones de C. E. Lindblom sobre los valores a considerar en la elaboración de un plan de acción política. Lindblom comparte con muchos conservadores el rechazo al modo de pensamiento político propio del racionalismo. Su discusión sobre el crecimiento desarticulado en materia política no sólo capta la esencia de la crítica conservadora al pensamiento racionalista, sino que contiene también importantes consideraciones acerca de los valores (y los principios generales objeto de la razón teórica) que deben tenerse en cuenta cuando se afronta cuestiones de política práctica.

Según el prístino ideal racionalista, deberían seguirse cuatro pasos al afrontar las cuestiones antes mencionadas:

1) los valores se sitúan según un orden de preferencia y todos los valores deben residir en el lugar jerárquico adecuado (proyectándose así una teoría programática de la ética);

2) se analiza la situación social y se ponen en marcha todas las alternativas técnicamente factibles;

3) se evalúan las alternativas establecidas, en base a la escala preferencial de valores previamente determinada, para estimar los costos y los beneficios de cada alternativa;

4) por último, se llega a una decisión basada en la alternativa que más se acerca al cumplimiento de los altos valores contenidos en el sistema.

Es importante tener presente que según el ideal racionalista, los pasos 3) y 4) no pueden darse si, antes, no se completan los pasos 1) y 2).

Lindblom cuestiona la cordura del paso 1) y su relación con los pasos siguientes. Considera que este paso no es factible y que no refleja de manera adecuada la función de los valores en el proceso de elaboración de un plan de acción.[1] Sostiene asimismo que los valores tienen cierta utilidad marginal, según las circunstancias y que, con frecuencia, pueden y deben cambiarse las preferencias, a medida que se van realizando esos valores. El método racionalista, según Lindblom, para el abordaje de las cuestiones axiológicas en la formación de políticas omite el hecho de que el valor *x* puede ser preferible al valor *y* en una escala de valores hipotética y original, pero dejar de serlo en otras situaciones, si mantener esa preferencia exige sacrificar otros valores.

Con este paso el ideal racionalista intenta proporcionar una imagen a priori de los objetivos políticos que deberían fijarse, esforzándose por evaluar las políticas alternativas específicas. Pero Lindblom afirma que no tiene sentido ordenar jerárquicamente todos los objetivos que uno tiene, sin atender a los costos que acarrearían, y esos costos no siempre pueden conocerse sobre una base apriorística.[2] Un ordenamiento original de preferencias debería responder por adelantado al problema de los costos. Lo que reclamaría una intuición y comprensión sobrehumanas que nos hicieran capaces de agotar conceptualmente todas las relaciones posibles entre los aspectos marginales de los valores y evaluar todos los costos marginales que acarrearía la aceptación de un valor en desmedro de otro. Por lo tanto, la primera objeción pronunciada por Lindblom es de naturaleza epistemológica.

Los programas de Reagan deben entenderse desde la óptica incrementalista, que armoniza con el espíritu del re-

[1] Lindblom, C. E., "The Handling of Norms in Policy Analisis", en *Allocation of Economic Resources*, M. Ambramovitz, ed., Stanford, Imprenta de la Universidad de Stanford, 1958, p. 163.

[2] Lindblom, C. E., "Timbergen on Policy Making", en *Journal of Political Economy*, 66, 1958, p. 535.

formismo conservador. Esto no significa que se desechen cambios considerables, sino más bien que las propuestas de Reagan no constituyen una suerte de representación racionalista orientada a la transformación revolucionaria de la sociedad americana.

Dada la plataforma común que comparten Lindblom y los críticos conservadores del pensamiento racionalista, es más fácil comprender ciertas características básicas de la teoría moral conservadora, y la naturaleza de la relación que los conservadores consideran corresponde establecer entre el razonamiento teórico y el práctico en política. Ante todo, se facilita ahora la comprensión de un problema serio de la teoría moral conservadora. Si bien los conservadores creen en un ordenamiento moral absoluto del universo y adhieren a la teoría de la ley natural, siempre hubo ambigüedades en lo que respecta al valor relativo y a la relación exacta entre la virtud, el orden y la libertad. Es evidente ahora que la mencionada ambigüedad es inevitable, pues se refiere al rechazo de la posibilidad de estudiar la relación entre los tres valores (con sus respectivos méritos) a partir de alguna fórmula racionalista. Tratar de formalizar esa relación y ordenar los valores de acuerdo a un modelo a priori para que sirvan como pautas universales en la formación de una política, sería para los conservadores violar las prevenciones contra semejante procedimiento; sería tratar de determinar por anticipado lo que no es posible conocer de antemano.

Aunque los conservadores se sienten motivados por valores generales y se comprometen con numerosas posiciones teóricas, no sancionan planes de acción específicos sin considerar antes sus consecuencias prácticas. Incluso la sanción de la economía de suministros realizada por la administración Reagan, aunque inspirada en las ideas del liberalismo del *laissez faire*, se apoya en una evaluación —que no todos los conservadores comparten— de las consecuencias prácticas.

Hay un concepto importante para ilustrar la relación que, según los conservadores, debería existir entre el razonamiento teórico y el práctico. Los conservadores sostienen que lo que el hombre cree haber aprendido a través de la especulación teórica, sus estimaciones sobre los valores y principios más importantes, sólo podría relacionarse con la acción política a través del espíritu de moderación y de compromiso. Consideran que, debido a los límites de

la razón humana, esos elementos son fundamentales para alcanzar una relación sólida entre la teoría y la práctica. Dichos límites se reflejan en la incapacidad humana para establecer con éxito una escala jerárquica de todos los valores y están alimentados por la naturaleza compleja y cambiante de las circunstancias políticas.

Por lo tanto, si bien los conservadores sostienen que la virtud debe ser la preocupación de todo individuo, no concluyen que corresponde instrumentar un plan de acción política que fuerce a todos los hombres a vivir una vida virtuosa. El énfasis puesto por el conservador en el compromiso y la moderación lo lleva a considerar que, según las palabras de Burke:

> "Es mejor fomentar la virtud y la benevolencia, dejando a la voluntad en libertad, aunque haya algunos desvíos que tratan de convertir a los hombres en meras máquinas e instrumentos de la benevolencia política. El mundo entero vencerá con la libertad, sin ella la virtud no puede existir." [3]

En este sentido, la posición de Burke tiene mucho en común con la posición de Tomás de Aquino, quien afirma que si bien existe una ley natural, no sería sensato tratar de idear una ley humana que prohíba todo lo que está prohibido por la ley natural. La moderación básica de la posición de Aquino puede verse en la siguiente afirmación:

> "...la ley es definida como una regla o medida para los actos humanos. Ahora bien, una medida debe ser homogénea con lo que mide, como queda establecido en la *Metafísica* X, text. 3, 4 (Aristóteles), con lo cual distintas cosas se miden con distintos patrones. Dondequiera que se impongan leyes a los hombres, las mismas deben preservar su condición para que, como afirma Isidoro, la ley esté «en lo posible tanto de acuerdo a la naturaleza, como de acuerdo a las costumbres del país»... Ahora bien, la ley humana está construida por infinidad de seres humanos, la mayoría de los cuales no son perfectos en su virtud. En todas partes las leyes humanas prohíben sólo los vicios más atroces, principalmente aquellos que lastiman a los demás y

[3] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, p. 126.

atentan contra la sociedad humana, vicios como el robo y el asesinato. Pero no se prohíben todos los vicios que los virtuosos evitan.

"El propósito de la ley humana es conducir a los hombres a la virtud, pero no repentinamente sino de modo gradual. En lugar alguno se imponen a la multitud de hombres imperfectos las cargas de quienes ya son virtuosos, exigiéndoles, por ejemplo, que se abstengan de todo mal." [4]

La posición de Aquino (compartida por la mayoría de los conservadores) indica que la naturaleza del hombre es tal que la existencia no se puede estructurar directamente, siguiendo los descubrimientos del razonamiento teórico. Implica también tolerancia con los defectos humanos. En verdad, es este espíritu tolerante, esta renuencia a apresar al género humano en una camisa de fuerza ideológica, lo que ayuda a diferenciar un verdadero conservador de un revolucionario de izquierda (que está atraído por la visión de una sociedad futura e ideal) y de un reaccionario de derecha (que está motivado por la visión mítica de una edad dorada remota).

Esto no significa que los conservadores ignoren sus valores morales cuando hacen recomendaciones sobre el contenido de la ley pública. Consideran que la ley debe fomentar la virtud, juntamente con la libertad y el orden; no aceptan el argumento de tantos liberalistas que consideran que la ley debe, de algún modo, permanecer neutral con respecto a los valores morales, sino que consideran inatendible esa exigencia. El verdadero problema reside en saber hasta dónde es razonable continuar defendiendo modelos morales, cuando se trata de evitar el intento, políticamente insensato e imposible, de convertir a la ley en un arma contra toda acción mala que uno pueda imaginar. Al tiempo que sus principios morales los llevan a considerar el aborto, la pornografía y la homosexualidad como moralmente malos, no se ponen con todo de acuerdo sobre los alcances de la ley al respecto. Aquí se torna difícil establecer un correlato entre las ideas morales del conservador y su postura práctica con respecto al contenido de la ley pública. El interés

[4] Aquino, Thomas, *The Political Ideas of Saint Thomas Aquino,* Dino Bigongiari, ed., New York, Hafner, Publishing Company, 1953, p. 68.

por la virtud debe equilibrarse con el reconocimiento de la imperfección humana y de los límites para las acciones de gobierno. Esto implica también la necesidad de reconciliar los valores y perspectivas de los "tradicionalistas" y de los "liberalistas".

Los conservadores critican el pensamiento político racionalista pues consideran que plantea de manera unidireccional la relación entre la razón teórica y la razón práctica. El racionalista adapta su pensamiento político práctico a su razonamiento teórico, como quien ajusta los medios a los fines; el conservador, por su parte, considera que a veces es necesario ajustar los propios fines, según los medios disponibles. Es decir que este último está dispuesto a comprometerse en la ejecución de sus objetivos, e incluso a adaptarlos para que puedan funcionar en un reino imperfecto.

Una objeción habitual a la crítica conservadora dirigida contra el pensamiento político racionalista, señala que los conservadores, en realidad, atacan a un espantapájaros, en el mejor de los casos a pensadores de una época muy anterior. Sin embargo, tal objeción no es justa. Basta pensar en *A theory of Justice* de John Rawls para ver que lo que los conservadores llaman pensamiento político racionalista sigue aún vivo. Toda la teoría de Rawls —que sirve de brillante justificación para varias afirmaciones claves de la teoría política liberal— comienza por imaginar qué principios racionales y dignos de estima elegirían los individuos si estuvieran, al organizar la sociedad, en una situación inicial de hipotética igualdad, según la cual los principios políticos más importantes contarían con una base apriorística. La teoría en cuestión representa el perfecto punto de intersección entre el pensamiento político racionalista y el liberal. Toda la teoría de Rawls parte de lo que denomináramos el primer paso del ideal racionalista acerca del modo de relación de los valores con la elaboración de una política.

También en la derecha del espectro político hay una forma de racionalismo. Los defensores del anarco-capitalismo, quienes consideran que las vías públicas, la policía y las fuerzas armadas deberían ser manejadas por corporaciones privadas, dogmatizan la creencia conservadora en la propiedad privada. Algunos fundamentalistas religiosos olvidan las observaciones de Aquino y de Burke sobre los límites en el alcance de la ley para la protección de los valores naturales, y dogmatizan las ideas conservadoras acerca de la ley natural. El racionalismo político de dere-

cha se siente atraído por importantes principios conservadores, pero viola las preocupaciones que tienen los conservadores con respecto al pensamiento político doctrinario. Estos grupos están comprometidos con un tipo de programas que reclaman tanto la abolición de toda regulación estatal de los negocios, como la sanción de una reforma constitucional que prohíba los abortos, con lo cual se modificaría radicalmente la sociedad americana y la relación entre el gobierno y los gobernados.

En lo que hace al pensamiento político, el conservador prefiere llevarse por la prudencia y no por el razonamiento abstracto. Pero, ¿qué es lo que guía a la actuación de la prudencia? ¿Cómo puede la prudencia enseñar a los hombres el modo de adaptar los valores importantes a las circunstancias políticas? ¿Y cómo enseñarles a modificar sus objetivos políticos a la luz de las circunstancias coyunturales? Para responder a estas preguntas esenciales acerca de la relación entre el razonamiento político teórico y el razonamiento práctico el conservador se remitirá a la experiencia histórica. Se considera que la historia puede ayudar a determinar si los propósitos políticos son o no los atinados. Clinton Rossiter desenvuelve detalladamente la idea de la historia como educación política del hombre:

> "En todos los casos la historia es la maestra más confiable que tiene el hombre. No es mera palabrería, ni las mentiras que la vida puede afirmar sobre la muerte, o que la muerte puede afirmar sobre la vida. Es un espejo donde la nación puede encontrar una imagen honesta, un libro donde leer la verdad terrible. La naturaleza y las capacidades del hombre, los propósitos y peligros del gobierno, los orígenes y los límites del cambio —los conservadores insisten en que el pasado es el mejor lugar para aprender estas cosas. Sin las enseñanzas de los hombres y de los hechos, sin las tradiciones que institucionalizan dichas enseñanzas, ¿qué recursos tendríamos en la lucha por una supervivencia civilizada?" [5]

La cita ayuda a entender por qué la tradición y la costumbre son tan importantes para los conservadores.

[5] Rossiter, Clinton, *Conservatism in...*, *op. cit.*, p. 44.

El conservador cree que la tradición y la costumbre representan, a menudo, la sabiduría colectiva de la experiencia histórica del hombre. Entendemos mejor por qué la decadencia de las creencias y las tradiciones perjudica el intento conservador de relacionar la teoría y la práctica a través de la prudencia. Stanley Parry capta lo esencial de este problema que la modernidad plantea al pensamiento conservador:

> "La razón opera con eficacia sólo cuando se mueve en el contexto de una tradición saludable. Pero en Burke esto lleva a la defensa de la tradición contra las formas racionalistas de la razón. Nunca se planteó el examen del principio de limitación desde otro ángulo: ¿cuál es la función de la razón cuando la tradición está enferma? ¿Cuáles son los límites de la razón cuando la tradición no le ofrece un contexto? La formulación de Burke es pues inadecuada en cuanto se trata de una formulación *ad hoc*, cuyos términos fueron dictados por la necesidad de la defensa de una tradición que todavía era saludable." [6]

La modernidad, con su ataque a la tradición, no sólo debilita a la razón política efectiva, sino que deterioraría también a las condiciones necesarias para un comportamiento moral responsable. Burke sostiene:

> "El prejuicio permite una aplicación rápida en una emergencia; previamente suministra a la mente un curso uniforme de virtud y sabiduría, y no permite que el hombre dude en el momento de decisión, cayendo en el escepticismo y el desconcierto. El prejuicio hace de la virtud un hábito, y no una serie de actos desconectados entre sí. Precisamente, por medio del prejuicio el deber se convierte en parte de la naturaleza del hombre." [7]

Pero cuando la tradición y el prejuicio comienzan a derrumbarse el hombre pierde, según el conservador, su sentido de orientación, y la posibilidad de relacionar exito-

[6] Parry, Stanley, *Reason and...*, *op. cit.*, p. 108.

[7] Burke, Edmund, *Reflections on...*, *op. cit.*, pp. 105-106.

samente los aspectos morales generales y los objetivos políticos prácticos se torna cada vez más dudosa.

Luego de examinar con más detalle las afirmaciones conservadoras acerca de la relación entre la razón teórica y la razón práctica, es necesario ahora evaluar las críticas que consideran que los conservadores no logran mantener su propia posición al respecto. El mero hecho de que varios conservadores usen principios similares y obtengan consecuencias distintas no quiere decir que su posición sea incoherente. No es algo excepcional que los adherentes a una teoría política deriven conclusiones prácticas diferentes a partir de un conjunto de principios comunes. Desacuerdos similares pueden encontrarse entre los liberales, los marxistas y los utilitaristas. La relación abierta y aun ambigua que, según los conservadores, debe existir entre el razonamiento teórico y la práctica en política sólo resulta absurda e incoherente si se la juzga desde la posición racionalista según la cual esta relación puede formularse y estudiarse sobre una base apriorística.

La existencia de muchos conservadores que, recurriendo a los mismos principios, justifican medidas políticas muy distintas, no prueba que la relación entre la razón teórica y la razón práctica sea, en el pensamiento conservador, completamente incoherente. No obstante, puede servir de base para cuestionar la armonía interna del pensamiento político conservador y para interrogarse acerca del significado exacto de dicho pensamiento en el siglo XX. En la conclusión trataremos con mayor detenimiento este problema, al examinar la difícil posición del conservadorismo en la sociedad moderna.

De todos modos, el pensamiento conservador contemporáneo tiene otros problemas mucho más difíciles en lo que respecta a su capacidad para mantener la exigencia de relacionar adecuadamente los modos teórico y práctico del razonamiento político. Como ya hemos señalado, el conservador considera que a veces es necesario adecuar los propios principios teóricos y ajustar prudentemente los propios fines, según los medios disponibles. El supuesto subyacente es que el proceso de ajuste prudente de los objetivos a los medios políticos disponibles y a las circunstancias sólo dará resultado si se reacomodan estratégicamente las cuestiones teóricas, de manera tal que no se las traicione. El conservador no interpreta tal reacomodamiento como si fuera la traición a los valores y principios básicos; se con-

sidera más bien que con esta manera de proceder pueden llegar a cumplirse en buena medida los objetivos, aun cuando fueran prudentemente ajustados a las circunstancias.

En una sociedad fundamentalmente conservadora es fácil mantener este supuesto, normalmente válido. Estaríamos en el "conservadorismo natural", donde el problema de la relación entre la razón teórica y la práctica no es grave en absoluto. En cambio, en la sociedad moderna se plantean dificultades considerables. La modernidad impone un ambiente general que resulta incompatible con ciertos valores conservadores. Si bien el conservador contemporáneo está dispuesto a reacomodar algunos objetivos, para adecuarlos a los medios y circunstancias disponibles en la sociedad moderna, puede con todo tornarse difícil distinguir entre el compromiso prudente y la traición a los valores e intereses básicos. La relación exitosa entre los modos de razonamiento teórico y práctico se hace más difícil para el conservador cuando las necesidades electorales lo compelen a dejar a un lado sus verdaderas preferencias. Hay pocas garantías de que un reacomodamiento prudente alcance, en la sociedad moderna, resultados favorables a los valores conservadores básicos. En dicha sociedad hay varios principios conservadores que se muestran muy remotos, abstractos y extremadamente difíciles de relacionar con los asuntos políticos prácticos. La modernidad produce confusiones y dificulta una correspondencia adecuada entre la razón teórica y la razón práctica, en el contexto del pensamiento conservador.

La moderación y el reacomodamiento que, según el conservador, deben guiar la relación antes aludida pueden acarrear consecuencias dudosas, pues el conservador se enfrenta ahora con un orden social influido por el liberalismo. El espíritu de reacomodamiento debe atender a los problemas inherentes a la necesidad de persuasión en una sociedad liberal. Para persuadir a los otros hay que recurrir al menos a ciertas premisas básicas propias de aquellos a quienes se busca convencer. Un conservador acaba por verse forzado a plantear algunas propuestas políticas en términos atractivos para los liberales. Por ende, nos encontramos ante la dificultad de distinguir ciertas posiciones conservadoras en materia de economía y política, con referencia a las posiciones que detentan las diversas formas de pensamiento liberal. El pensador conservador se ve con frecuencia obligado a emplear en sus propuestas políticas

y económicas algunas formas dominantes en el pensamiento liberal, suponiendo que no las hubiera absorbido ya de manera inconsciente.

Esto se debe, en parte, a la plataforma común que el pensamiento conservador comparte con el liberalismo. Ambos se entrecruzan en diversos puntos. Los conservadores americanos están especialmente influidos por las nociones liberales clásicas vinculadas a la libertad económica. No debe sorprender que muchas de las ideas reformistas más importantes (como ser la negación al impuesto sobre rentas, el plan referido a la educación y la variedad de propuestas orientadas a limitar el gasto y los impuestos gubernamentales), dirigidas a respaldar o promover la modificación del Estado benefactor, hayan sido formuladas por Milton Friedman, un clásico pensador y economista liberal. Esto genera en el conservador americano un problema de identidad filosófica y complica aún más la relación entre la razón teórica y la razón práctica. Lo cierto es que el razonamiento político práctico está, en varios conservadores contemporáneos, configurado por la perspectiva teórica del liberalismo del *laissez-faire*.

En tal sentido, el impacto de la teoría de la economía de suministros sobre el conservadorismo americano en general y sobre la administración Reagan en particular, constituyen el ejemplo más reciente. Dicha administración se arriesgó considerablemente al construir gran parte de su política doméstica en base a la mencionada teoría, mientras se hacían oír las dudas que sobre la misma tenían muchos conservadores. Es ciertamente una ironía que al plantear alternativas frente al liberalismo contemporáneo, los conservadores contraigan deudas con otras formas del pensamiento liberal.

Se revive así la dificultad de hallar una definición de la naturaleza del conservadorismo contemporáneo. Pero dicha dificultad podrá visualizarse mejor si examinamos con más detenimiento la posición global de los conservadores ante la sociedad moderna.

Conclusión: Conservadorismo y modernidad

Cualquier intento de sintetizar el significado del pensamiento conservador tiene que vérselas con la tensión entre conservadorismo y sociedad moderna. Si bien el conservador de ninguna manera rechaza todos los aspectos de la modernidad, las percepciones más claras acerca de la naturaleza del pensamiento conservador provienen del examen de su crítica a los pilares de la misma. El desarrollo de dicho pensamiento en los últimos trescientos años se ha dado en un contexto donde los conservadores tuvieron que combatir la evolución del pensamiento moderno, que discurría a través de lineamientos seculares, racionalistas, positivistas, liberales y socialistas. En algunos casos, el pensamiento conservador, tal como se da en algunos representantes, debe mucho a esos sistemas de pensamiento; se lo puede ver en el impacto de las diferentes formas de liberalismo sobre el pensamiento político y económico de los conservadores. Pero si bien estos últimos han tomado mucho del pensamiento liberal, en lo que se refiere a su orientación filosófica se oponen a él y a otras formas dominantes del pensamiento moderno.

Aunque rotular a los conservadores de reaccionarios es un viejo juego retórico, a menudo engañoso e injusto, esta acusación puede, en ciertos casos, ser reveladora. Cuando se despoja al término de sus connotaciones peyorativas, esta acusación tiene una parte de verdad y nos revela mucho acerca de los conservadores y de sus críticos. Pues la acusación capta la hostilidad subyacente y el rechazo, de parte de los conservadores, de mucho de lo que la modernidad ha llegado a propulsar y trasunta, asimismo, que la

mayoría de los acusadores han tomado partido por la modernidad.

Dicha modernidad puede comprenderse atendiendo a varios fenómenos interrelacionados, que se refuerzan mutuamente. En primer lugar, hay una secularización de la vida humana y del modo de pensar que el hombre tiene sobre sí mismo y sobre el universo. En segundo lugar, hay una racionalización (en el sentido de Weber y Mannheim) de la existencia humana, tanto en lo que hace al modo en que los hombres deben vivir, como al modo en que deben pensar. En tercer lugar, se da una industrialización de la sociedad occidental que se expande luego al resto del mundo. En cuarto lugar, hay una gran centralización del poder en manos de los Estados nacionales. En quinto lugar, se produce una decadencia de la comunidad. Por último —y debido en gran medida a los fenómenos antes mencionados—, se produce una decadencia de los valores religiosos, morales, culturales y políticos tradicionales. La combinación de todos estos fenómenos ha contribuido a crear una sociedad donde el conservador, ciertamente, no puede sentirse cómodo.

Tal sociedad es esencialmente distinta al tipo de sociedad basado en un modo de vida y pensamiento teocéntricos, que valora en gran medida el "misterio" y considera los aspectos no racionales de la existencia como sagrados e irreductibles. La sociedad contemporánea ataca a diario los valores fundamentales para la concepción conservadora de la buena sociedad. La modernidad imposibilita una sociedad donde puede florecer el "conservadorismo natural" y crea, entre el conservador y su sociedad, una suerte de estado de alienación permanente. Podemos ahora comprender ciertas paradojas y dificultades que veíamos al examinar el pensamiento conservador. Según la interpretación vulgar de este pensamiento, el conservadorismo simplemente representa una racionalización de lo que es; este estudio sugiere que se puede entender mejor al conservadorismo teniendo en cuenta su crítica a la modernidad. La respuesta conservadora a la modernidad aborda los niveles político, personal y cultural de la existencia humana.

Políticamente, el conservadorismo representa la desconfianza hacia las siguientes tendencias políticas y económicas, dominantes en la sociedad moderna: la centralización del poder y de la autoridad por parte de los gobiernos nacionales; la acumulación de poder en el Estado, por en-

cima de la vida de los individuos; el desgaste de los gobiernos locales y comunales; la decadencia de la vida rural; la pérdida de los sentimientos y los vínculos comunitarios; la evolución de la economía de las sociedades industriales avanzadas según lineamientos que deterioran las relaciones que caracterizan a la "propiedad dura"; y el crecimiento del estatismo moderno. Además de enfrentarse a estas tendencias, los conservadores también se oponen a lo que Voegelin denomina movimientos políticos gnósticos, especialmente a la forma dominante del gnosticismo moderno: el comunismo.

De todos modos, es importante señalar que el significado político del conservadorismo no es el aspecto dominante del pensamiento conservador. Los conservadores son renuentes a hacer de la política lo más importante de la vida, y considerarían ridículo que su pensamiento sea definido en base a su significado político. Para tomar un ejemplo: el significado cultural del conservadorismo en la sociedad moderna es, con frecuencia, más fácil de percibir que su significado político preciso. De hecho, entre las mejores críticas conservadoras a la sociedad moderna, hay varias que se apoyan más en la crítica cultural a la calidad de vida moderna que en la crítica política. Esto se debe en parte a que cuando el conservador habla sobre el orden y el desorden sociales, enfatiza los factores espirituales. A veces se interesa más por los asuntos vinculados a la religión y a la filosofía que por las cuestiones vinculadas a las instituciones políticas.

Hay una dimensión pesimista en la respuesta conservadora a la modernidad, dado que sugiere que el desorden es inherente a ésta. Los conservadores no ofrecen salidas a través de una gran revolución que reconstruiría a la sociedad y a los seres humanos. Tampoco hay esperanzas de que la evolución natural de la sociedad resuelva por sí misma los problemas más importantes. Pero al referirse a ese pesimismo es importante señalar que no se pretende con él pronunciar profecía sobre la perdición de la raza humana; estas profecías están asociadas a diversas formas del pensamiento gnóstico e imaginan que antes del surgimiento de un mundo superior debe acaecer una destrucción total. El pesimismo conservador no es una racionalización emocional elucubrada por un fracasado. No sirve como mecanismo psicológico a ciertos individuos que pretenden dañar al resto de la humanidad por no vivir confor-

me a sus ideales o por no aceptar su teoría política. El pesimismo que tomamos en consideración, forma más bien parte de la visión trágica de la historia propia del pensamiento conservador.

Actualmente, los conservadores subrayan las tragedias espirituales y culturales que transmite, según ellos, la sociedad moderna. Sostienen que ésta es esencialmente desordenada y que constituye un entorno insano para el individuo. Sin embargo, no recurren a la amenaza de la perdición o del fin escatológico de la existencia, para castigar al mundo por rechazar sus creencias.

Si bien están muy preocupados por el estado de la sociedad moderna, no son dados a las visiones de perdición sino que están dispuestos a tratar de preservar aquellos rasgos de su existencia que consideran que merecen defenderse. De hecho, enfatizar sólo el aspecto pesimista de la visión conservadora de la sociedad moderna, soslayaría por completo la actitud ambivalente que la mayoría de los conservadores despliega hacia la modernidad. Si bien formulan severas críticas a la calidad de la vida moderna, normalmente encuentran en la existencia en esta época suficientes bondades como para afirmar que vale la pena defender algunos aspectos de dicha existencia. La moderna sociedad industrial ha creado un mejor nivel de vida y ha permitido muchas libertades personales, que la mayoría de los conservadores ansía defender. Si bien en sus críticas a la sociedad moderna los conservadores contemporáneos parten de los valores "tradicionalistas", la mayoría acepta la concepción "liberalista" que considera que la industrialización de la sociedad bajo el capitalismo democrático constituyó un importante paso adelante para la humanidad. Queda así de manifiesto el dilema de los conservadores contemporáneos: desean defender a la vez los beneficios de la modernidad en Occidente y los valores socavados por la sociedad moderna. Gozan de ciertos frutos de la modernidad pero se quejan del precio que ha pagado la humanidad.

Uno de los conservadores críticos de la sociedad moderna, Eric Voegelin, hace la siguiente evaluación de los logros del pensamiento moderno, secular, científico y racionalista:

> "El gnosticismo, en consecuencia, movilizó las fuerzas humanas para la construcción de una civilización por-

que en su dedicación ferviente a una actividad intramundana, esperaba el premio de la salvación. El resultado histórico fue estupendo. Los recursos humanos que emergieron bajo tal presión fueron una revelación en sí mismos. Su aplicación al trabajo civilizatorio mostró el magnífico espectáculo de la sociedad occidental en progreso. No importa cuán fatuos puedan ser los argumentos superficiales; la extendida creencia que hace de la civilización moderna la civilización por excelencia está justificada por la experiencia; su autoadjudicación del sentido de salvación ha hecho de Occidente, en efecto, un apocalipsis para la civilización."[1]

Pese a la perspectiva rural de ciertos pensadores conservadores "tradicionalistas", es importante señalar la aceptación decidida, de parte de algunos conservadores contemporáneos, de los beneficios de la tecnología moderna, que se complementa con el aprecio a los avances de las ciencias físicas. Hoy, en la política americana, varios conservadores son entusiastas defensores de los programas espaciales y respaldan el desarrollo de la energía nuclear, mientras pueden verse a algunos liberales que dudan de la conveniencia de aumentar el gasto público en esas áreas. Asimismo es significativo el ataque conservador a lo que ellos mismos llaman "ambientalismo extremo". La respuesta conservadora contra este movimiento está influenciada por la defensa "liberalista" del capitalismo industrial, mucho más que por la idealización "tradicionalista" de la vida rural. Hay conservadores que llegaron a la conclusión de que los descubrimientos científicos y las innovaciones tecnológicas son elementos esenciales de la herencia americana que requieren ser defendidos. Esto coloca al conservador en una posición paradójica en la consideración del "cambio".

En consecuencia, los conservadores contemporáneos son optimistas con respecto a la sociedad moderna en lo referido al progreso científico y tecnológico, pero con frecuencia son pesimistas en lo que hace a la decadencia de ciertos valores tradicionales. Voegelin capta adecuadamente el espíritu de quienes ven en la moderna civilización occidental tanto la decadencia como el progreso:

[1] Voegelin, Eric, *The New Science...*, *op. cit.*, p. 130.

"Por un lado, como ya se sabe, en el siglo XVIII comienza una corriente literaria que continuamente hace referencia a la decadencia de la civilización occidental; más allá de los recelos que puedan existir hacia esas afirmaciones, es innegable que los teóricos de la decadencia tienen un respaldo. Por otro lado, si algo caracteriza a este período, es la vitalidad expansiva en las ciencias, la tecnología, el control material del medio ambiente, el crecimiento de la población, el aumento del nivel de vida, de salud y de comodidad, la educación masiva, la conciencia y responsabilidad sociales; de nuevo, más allá de los recelos, es innegable que los amantes del progreso tienen un respaldo. Este conflicto de interpretaciones nos plantea la espinosa cuestión acerca de cómo puede una civilización progresar y, al mismo tiempo, decaer." [2]

Voegelin, desde esta perspectiva, considera que los valores espirituales quedan sacrificados en aras de logros materiales. El conservador no busca negar o anular los enormes logros científicos, tecnológicos o económicos alcanzados por la sociedad moderna; con todo advierte al hombre moderno que a veces se ha pagado un precio demasiado alto para acceder a ellos:

"La muerte del espíritu es el precio del progreso. Nietzsche revela este misterio del apocalipsis occidental, al anunciar que Dios había muerto y que lo habían asesinado. Aquellos que sacrifican Dios a la civilización son los que cometen constantemente el asesinato gnóstico. A medida que todas las energías humanas se orientan a la gigantesca empresa de la salvación a través de la acción intramundana, el hombre que se compromete en esta empresa se aleja cada vez más de la vida del espíritu. Pero la vida del espíritu es la fuente del orden en el hombre y en la sociedad; en consecuencia es precisamente el éxito de la civilización gnóstica la causa de su decadencia." [3]

Los conservadores consideran que, generalmente en la sociedad moderna, hay que defender al reino de la exis-

[2] *Ibíd.*, pp. 128-129.
[3] *Ibíd.*, p. 131.

tencia personal. No se puede llegar a comprender acabadamente el pensamiento conservador si no se atiende al sentido que este pensamiento confiere al nivel personal. El principio cosmológico, la teoría moral, el humanismo teocéntrico, todo esto en los conservadores guarda una relación directa con la índole de vida que el individuo debe tratar de cultivar. Es, efectivamente, mucho más sencillo ver las implicancias que tiene el conservadorismo para la vida individual que verificar las consecuencias políticas de sus principios más generales. El conservadorismo considera que, en el nivel personal, el individuo debe tratar de cultivar una vida basada en la devoción a Dios, a la familia, al amor y la amistad, y a la relación espiritul entre los seres; en suma, que la conducta personal debe basarse en lo que denomináramos humanismo teocéntrico.

En un contexto donde el conservador encuentra amenazadas sus creencias religiosas y filosóficas, en una sociedad que, según él, padece de un desorden que le es inherente, es comprensible que se realce el sentido de la existencia personal. Pero ciertamente, en el contexto no-conservador de la sociedad moderna, no es una tarea fácil tratar de ordenar la vida individual según las orientaciones conservadoras. Justamente, el pensamiento conservador sugiere que se trata de un intento particularmente difícil. Pero es aquí, en el nivel de la existencia individual, donde puede verse todo el sentido del conservadorismo en la sociedad moderna; pues los conservadores consideran que la lucha por el alma individual debe realizarse donde los riesgos son más grandes. El conservadorismo no promete estas orientaciones, especialmente en la sociedad moderna. Sin embargo, con respecto a la vida personal y al desarrollo individual, el conservadorismo alcanza su claridad mayor y su compromiso más alto.

Pero el sentido último del conservadorismo en la sociedad moderna debe buscárselo en el nivel cultural. Pues el compromiso conservador con la vida personal del individuo lleva inmediatamente a su compromiso con la calidad de la vida y cultura modernas. Gran parte del pensamiento conservador de los últimos tres siglos hay que comprenderlo como una continua protesta cultural contra los diversos estilos de vida adoptados por el hombre moderno. Basta pensar, en tal sentido, en los trabajos de T. S. Eliot o de Ortega y Gasset. En el pensamiento conservador, la protesta cultural contra la calidad de vida moderna es

una constante; y sobrevuela con frecuencia sus afirmaciones acerca de las cuestiones políticas y económicas. Asimismo, hay que reconocer que a medida que la sociedad moderna se adecua cada vez más a los valores actualmente dominantes, el nivel cultural se convierte en uno de los aspectos más cruciales para el pensamiento conservador, sirviéndole de base continua para el criticismo social. Pero no es posible separar las afirmaciones conservadoras acerca de la vida cultural, de su visión sobre la índole de vida que el individuo debería tratar de cultivar. Los sentidos conferidos al nivel personal y al nivel cultural, dentro del pensamiento conservador y en el contexto de la sociedad moderna, están estrechamente unidos y constituyen el corazón del conservadorismo.

Pero en el siglo XX, el mayor problema que debe enfrentar el pensamiento conservador es el siguiente: cómo proteger los valores vinculados a su visión de la existencia humana y a su visión de la cultura, de aquellos valores ostentados por la sociedad moderna y el Estado. Aquí reside el punto más débil del pensar conservador. Sería razonable esperar una teoría política que ofreciera una clara idea acerca del modo de proteger o hacer avanzar sus valores más importantes: en el caso del pensamiento político conservador, de proteger sus valores más importantes del impacto de las actuales decisiones políticas y de los desarrollos característicos de la sociedad presente. En el contexto de la sociedad moderna es difícil distinguir entre lo público y lo privado, lo no-político y lo político; asimismo, es difícil encontrar áreas de la existencia personal que no estén afectadas por la política.

La respuesta que muchos conservadores ensayan ante el problema en cuestión se eleva contra el aumento de los poderes y responsabilidades del Estado-nación e intenta resguardar ciertos aspectos de la vida del individuo frente al embate del control y la regulación estatales. Esta respuesta, obviamente, muestra todo lo que el conservadorismo tiene en común con el liberalismo clásico. Aquí es posible comprender el sentido político del conservadorismo en relación con lo opuesto a él: la erosión de los derechos de propiedad, el crecimiento del sector público de la economía a expensas del sector privado, y la regulación gubernamental de la vida individual, en continuo crecimiento. Por eso la administración Reagan intenta reducir impuestos, disminuir el crecimiento del gasto federal, reducir la regu-

lación gubernamental de los negocios y descentralizar la autoridad política en el sistema del gobierno federal americano. Tales propósitos sirven a muchos objetivos importantes defendidos por los conservadores.

Sin embargo, tales propósitos no constituyen una respuesta adecuada a los diversos peligros que amenazan a los valores conservadores en la sociedad moderna.

Aunque los conservadores tuvieran éxito en su lucha contra las tendencias políticas y económicas que dominan a la sociedad moderna (y es difícil llegar a vislumbrarlo), se podría dudar si esa victoria se traduciría en una protección adecuada de sus valores culturales y personales más importantes. En tal sentido, la posición política de la mayoría de los conservadores contemporáneos, si bien suministra algunos medios de protección de ciertos valores ante una violación flagrante, con todo no sirven para proteger a otros valores de los desarrollos subyacentes que se asocian al avance de la sociedad moderna. Pensemos algo improbable, imaginemos que los conservadores tienen éxito en el intento de detener el crecimiento de los poderes y responsabilidades de la nación-Estado a expensas de la vida del individuo, la erosión de los gobiernos comunales y locales, la expansión del comunismo y la multiplicación de los movimientos políticos revolucionarios. Aunque los conservadores salgan políticamente victoriosos, con todo debería dudarse si tal victoria conseguiría proteger otros importantes valores de los desarrollos sociales y filosóficos que subyacen en el avance de la modernidad. La teoría política conservadora no ofrece un camino real para afrontar estos fenómenos y los peligros que plantean a los valores conservadores básicos.

Puede presentirse aquí el peligro de un vuelco real en la relación entre la razón teórica y la razón práctica en el pensamiento político conservador. Mientras, por un lado, los conservadores pueden en última instancia tener éxito al sugerir modos con los cuales sea posible defender ciertos fines y valores políticos, por el otro no ofrecen un medio con el cual tratar con éxito los peligros que amenazan a sus valores personales y culturales más importantes. Parte del problema se refiere a la debilidad inherente a la posición, que muchos conservadores comparten con los liberales clásicos, que conceptualiza la solución de los problemas fundamentales que enfrenta el hombre moderno en base a la

reducción del papel de la nación-Estado en la regulación de la vida individual. Ciertamente uno puede tener en cuenta la diversidad de principios políticos y de valores conservadores que peligran a raíz del crecimiento de la moderna nación-Estado. Esto ayudaría a explicar la atracción, completamente justificada, que muchos conservadores sienten hacia algunos aspectos económicos y políticos del liberalismo clásico. Pero hay peligros cruciales que se originan más allá del alcance de las actividades estatales; muchos peligros surgen a partir de desarrollos dentro de la sociedad global y se ubican fuera del marco de la visión liberal clásica acerca del modo de proteger los valores básicos. El problema aquí no es tanto que la posición política de muchos conservadores sea "errónea" porque no puede descubrirse cómo, desde ella, proteger valores conservadores importantes, sino más bien que tal posición ha sido, simplemente, inadecuada para proteger otros muchos valores no menos importantes. Aunque la sociedad moderna se convirtiera a un sistema económico presidido por el *laissez-faire*, esto por sí mismo no garantiza que la vida del individuo o que la vida cultural de la nación resultará estructurada de acuerdo a los valores del humanismo teocéntrico, para tomar un ejemplo.

Lo que violenta al ser humano, para el conservador, es la alienación del hombre con respecto a la religión tradicional, a los valores morales y a los vínculos sociales. Como escribe Robert Nisbet:

> "La liberación moderna que hace el individuo de los lazos tradicionales de clase, religión y reino, lo han hecho libre en efecto, pero no en el testimonio de innumerables trabajos de nuestro tiempo, donde dicha libertad está acompañada no sólo del sentido de liberación creativa, sino también de desencadenamiento y alienación. Que comienza por ser alienación del hombre con respecto a la certeza moral histórica, para continuarse como alienación del hombre por su prójimo." [4]

Según Nisbet el hombre moderno, de manera creciente, se separa del orden social:

[4] Nisbet, Robert A., *The Quest for Community*, New York, Imprenta de la Universidad de Oxford, 1953, p. 10.

"Por alienación entiendo el estado de la mente por el cual el orden social deviene remoto, incomprensible, o fraudulento; más allá de las esperanzas y los deseos reales, dicha alienación invita a la apatía, al cansancio o, incluso, a la hostilidad. El individuo no sólo que no se siente una parte del orden social; sino que ha perdido el interés en formar parte del mismo." [5]

De acuerdo a la interpretación conservadora de la alienación, la modernidad ataca constantemente aquello requerido por los hombres y por la sociedad para que su existencia tenga sentido. Nisbet escribe:

"Ante todo está la alienación con respecto al pasado. El hombre, ya se lo ha dicho, es una criatura sujeta al tiempo; el pasado y el futuro son tan importantes, para su natural sentido de la identidad, como el presente. Si se destruye su sentido del pasado, perderá sus raíces espirituales; podrá abocarse a una actividad febril y momentánea pero no a un proyecto viable en relación al futuro. En nuestra época, como hemos escuchado infinidad de veces, el pasado y el presente no son, para mucha gente, categorías meramente separadas, sino discontinuas; en todo caso, es mucha más gente que el pequeño grupo que busca conscientemente huir de su pasado." [6]

La ignorancia de la historia, que los conservadores observan en las recientes generaciones, coincide con la reducción en la demanda de estudios históricos que puede comprobarse, durante las tres últimas décadas, en las universidades e institutos. Para los conservadores, quienes carecen de una concepción fundamental de su pasado, carecen asimismo de orientaciones para su futuro.

Si bien la teoría política conservadora se mostró insuficiente para conjurar los peligros planteados por la modernidad a sus valores básicos, esto no significa que carezca de toda validez y que no afirme nada importante sobre el hombre moderno. El pensamiento conservador, desde la óptica de su humanismo teocéntrico, pre-moderno en lo que hace a su orientación básica, tiene, ciertamente, mucho que

[5] *Ibíd.*, p. IX.
[6] *Ibíd.*, p. X.

decir al hombre moderno. La modernidad, caracterizada por un modo muy diferente de percibir al hombre y a su puesto en el universo, ha liberado una serie de energías vitales y creativas que transformaron la existencia material humana. Ciertamente, los conservadores no podrían desatender los logros científicos y tecnológicos de la era moderna. La sociedad moderna creó oportunidades inéditas para el individuo y libró al hombre de infinidad de horrores que se abatían sobre su existencia individual. Con todo, los conservadores consideran que el costo espiritual fue demasiado alto. Señalan en tal sentido la conciencia desgraciada del hombre moderno y la soledad que experimenta el individuo en la sociedad actual. La modernidad trajo consigo considerables tristezas; pesa, sobre mucha gente, un sentimiento de vaciedad y de ofuscación espiritual. El conservadorismo, a través de su humanismo teocéntrico, ofrece al individuo una vía de pensamiento acerca de su propia existencia y de su puesto en el universo capaz de expandir los estrechos horizontes que caracterizan al pensamiento moderno. Con sus valores personales y culturales, los conservadores ofrecen al hombre moderno la oportunidad de descubrir un nuevo modo de vida que conferiría más sentido a la vida individual.

Ante el pensamiento conservador se alza entonces un desafío que coincide, por su magnitud, con las posibilidades que se le presentan. Hay muchos valores básicos para los conservadores que ejercen considerable atracción sobre la gente que, en contrapartida, siente relativamente carentes de sentido los valores y la cultura contemporáneos. Para hombres que viven en una sociedad que sufre las consecuencias de la decadencia de los valores religiosos tradicionales, de los vínculos familiares y de las relaciones comunitarias, la visión conservadora de la existencia humana debería resultar fuertemente atractiva. Pero si por una parte el pensamiento conservador puede aprovechar las oportunidades que se le presentan gracias al atractivo potencial que ejercen ciertos valores básicos, por la otra debería idear una teoría política capaz de afrontar el embate lanzado por la modernidad contra sus valores más importantes.

INDICE

Este libro se terminó de imprimir
durante el mes de octubre de 1985 en
Del Carril Impresores,
Av. Salvador María del Carril 2639/41,
Buenos Aires